



PROHIBIDO CONTAR VERDADES

JORGE ZÚÑIGA FLORES

Prohibido Contar Verdades

Jorge Zúñiga Flores

Prohibido Contar Verdades

© 2019

ISBN: 9781073107544

Sello: Independently published

Prohibida la reproducción parcial o total de las características gráficas en este libro por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico.

A Krista Carvajal,
una mujer que a pesar de no
parecernos, tenemos mucho
en común

I wish that for just one time,
you could stand inside my shoes
You'd know what a drag it is to see you
- Bob Dylan

1

No siempre la vida universitaria marca a uno. De hecho, muchas de las personas que conozco o que he conocido, me comentaron alguna vez entre reuniones de trabajo académico, que les encantaba la universidad porque llegaba uno a sentir un grado de independencia, un sitio donde puedes construirte un nuevo tú, un nuevo inicio o una nueva carta de presentación. A veces me pongo a dudar de las personas que dicen extrañar la escuela.

En algunos casos, si tu extrañaras la escuela, estás diciendo que admites las llamadas de atención, el jalado de ojeras por parte de la auxiliar de turno, el hecho de reprobar ese curso o materia que no te gusta (que por lo general es física o matemática) y demás cosas. Dudo mucho que alguien extrañe por un momento ese tipo de vida.

La universidad era un nuevo comienzo que toda persona que va a estar en ella debe pasar, debe temer, pero debe vivir. Había pasado ya 2 años desde que Juan aprendió a convivir en esa universidad a ejecutar su nueva carta de presentación. No le fue fácil. No por el hecho de no creérsela para aprobar los cursos, sino por el hecho de formar vínculos de amistad. Era un tipo tímido, pero con ganas de comerse al mundo. Dos años después era el mismo, pero pensaba quizás diferente.

Había logrado un cierto nivel de madurez y tenía más claro lo que quería para su vida. Era la primera semana de la universidad y el comedor principal estaba repleto en su mayoría por becarios en todas sus mesas. Grupos de 4 o 5 estudiantes las ocupaban y había una cola larga esperando las raciones de la comida diaria, muy básico para cualquier campus. Juan no tenía apetito alguno y se dispuso a ir a la Casa Guzmán a sentarse en un cómodo sofá y decidió leer *Los Miserables*. Era un libro que Juan lo había tratado como meta personal.

El profesor de literatura Pancho Navarro (que en paz descanse), señaló alguna vez en su curso de literatura que dicho libro era una de las más grandes obras de la literatura, que tenía el mismo nivel que Hamlet de Shakespeare, que Ulises de Joyce o que tenía tanta aventura como los cuentos de Verne. Había dicho alguna vez en su clase: *“Si alguno en esta sala quiere dedicarse a la literatura o ser un pinche escritor en secreto, tiene que leer este libro. Si no, absténganse a escribir”*, dijo provocando las risas de las cachimbada. Ese era Pancho.

Los que han estudiado a partir del 2016 no lo entenderán, pero siempre considere que una manera de ser bautizado en la Ruiz era recibir un coscorrón del querido profesor Navarro. Imponía disciplina mediante la comicidad, y eso es muy difícil para el mundo en el que vivimos hoy.

Era la clase de profesor que todo estudiante quería tener y creo que fue el perfecto puente de la vida escolar hacia la vida universitaria. No era de gritar ni de llamar la atención, ni mucho menos de resonar a todo aquel que no hacía caso. Lo que imponía era una suerte de orden a la ligera. Como buen dotador de artes, entendía, creo yo, la vertiginosa vida juvenil. Por eso, sus coscorrones era una forma de adaptarse a esa vida tan ajetreada, pero a la vez cómica y risible.

Una vez, trabajábamos uno de los capítulos de Don Quijote de la Mancha. Eran las 11 o 12 por lo menos, y como que a esa hora no sabíamos decir si queríamos salir a tomar un poco de aire o pedir que prendan el aire acondicionado, porque era un marzo caluroso. Pancho, como siempre, llevaba sus lentes grandes y a cada rato se pasaba la mano a su cabello. Todos coincidíamos de que el peinado del profesor era posible gracias a los dotes de la energía eléctrica, pues siempre parecía muy despeinado el pobre docente.

- Tienen que entender muchachos la complejidad que tiene esta obra. Esta pieza fundamental de la literatura universal vio la luz en 1605, en pleno nacimiento del siglo XVII. Dulcinea es un imaginario presente en la vida del quijote y también por su puesto para la vida de Sancho. ¿No lo crees así Juan? – dijo acercándose a Juan poniéndole una cara de asombro y abriendo bien los ojos.
- Pues sí, lo creo. – dijo nervioso el pobre. Emilia tuvo que contener la risa.
- ¿Has leído el capítulo?
- ¿El que estamos viendo?
- ¿Cuál otro más Juan? – Muchos empezaron a reír.
- No – dijo apenado.
- Ven aquí – dijo con voz resignada. Hizo que Juan agache su cabeza y Pancho le dio su merecido coscorrón.

Ese era el espíritu del profesor Francisco Navarro, quien cariñosamente todos llamaban Pancho, de aquel dotador de arte refugiado tiernamente en la fe. Son el tipo de profesores que te dejan un mensaje oculto que agarra significado años después cuando te dices a ti mismo

que fuiste feliz sin darte cuenta. Ese momento cumplía todos los requisitos para que perdure en el tiempo y difícilmente aquello se podrá borrar uno de la memoria.

2

Habiendo pasado media hora, los estudiantes iban y venían en la casa Guzmán. Unos minutos después de que Juan había logrado cierta concentración, entró Carlos por el lado izquierdo del lugar. Era uno de los pocos amigos cercanos de la universidad, aunque a veces renegaba de él. Iba exhausto y caminaba de forma indignada.

- ¡Carlos! – dijo Juan ni bien noto su presencia.
- Juancito – respondió – Disculpa. No te había visto. Mas bien, antes que nada. ¿Has visto a Liliana?
- No. ¿Por qué?
- ¿Cómo que por qué? ¿No te has enterado?
- ¿Enterarme de qué? Soy el último en enterarme de cualquier cosa. – dijo Juan a regañadientes

Carlos no perdió tiempo y le mostró un comunicado redactado por el consejo estudiantil. En el, mostraban su profunda indignación a la universidad por contratar a Elena Torres como profesora de Teología e Introducción al Derecho. Bajo la perspectiva del consejo, el estilo de enseñanzas morales no iba acorde a la universidad, y que era un grave error contratarla como docente. Invocaban a todos los alumnos interesados a una reunión de emergencia para el miércoles 15 a las 2 en punto.

Juan había escuchado aquel nombre antes y se acordó inmediatamente de un par de entrevistas que había escuchado en la radio cuyo tema era la unión civil y de unos cuantos discursos moralistas que sinceramente a nadie le interesaba.

A él le encantaba renegar cada vez que la veía o escuchaba en cualquier medio de comunicación.

- ¿Cuándo publicaron esto?
- Lo vi en una publicación en Facebook y yo me encargué de pasarlo a Word para hacerlo más notorio. De hecho, iba a pegarlo cerca a la fotocopiadora o en la entrada del comedor.
- ¿Sabes algo de Francisco?
- ¿Qué tiene que ver él? Si es el más feliz. – dijo Carlos
- Cholo, acaban de declararle la guerra a su vieja. ¿No crees que lo mínimo que puede pasar es que Francisco le menta la madre a Lili o a

alguien del consejo?

- ¿Para qué?
- ¿Cómo que para qué Carlos? Francisco es el primero que quiere que su madre este enseñando en la Ruiz. Y te puedo apostar que incluso lo quiere más que el propio rector o quien quiera que haya tenido la idea de traerla – dijo Juan y al terminar se tomó la cara - ¿En serio fue idea de la Ruiz?
- Ni siquiera una fuerza sobrenatural ha querido desgraciar la tranquilidad aquí. – dijo Carlos – Me niego rotundamente a creer que la idea de traerla haya salido de aquí. Serían unos huevones. Traer a esa mujer es lo equivalente a una santa inquisición.
- Y somos jesuitas, ¿verdad? – dijo Juan provocando la risa de su amigo.

- Por supuesto estas en contra. ¿Verdad? – dijo Carlos
- Mira, su nombramiento me va y me resbala. Puede haber otras terroristas de la religión si quieren, pero ella no. Las veces que la veo en programas o en el celular me da pena. Es como una mujer que quiere tener la razón a todo, y yo aborrezco a esa clase de personas. Por lo general, terminan siendo incompetentes.
- ¿Vas a ir? Creo que hasta cierto punto es importante que tus vayas, para que la reunión este balanceada.
- Tú sabes que nunca he sido bienvenido a ese colectivo. Lo comprobé el año pasado cuando fueron las presidenciales. Ya no veía las horas para que terminaran las elecciones. Si te contara todo el bullying que me hicieron.
- Vamos pues Juan. Por esa pavada puedo comprenderlo – dijo Carlos – pero aquí están en juego intereses de la universidad huevon. Tienes que estar ahí.
- ¿Tengo?
- Bueno, eres de la Ruiz ¿No? ¿No defendías las causas humanistas?
- Lo siento. Anda y representame. No puedo estar en esa reunión. Si quieren botarla, háganlo. Pero me sentiría incómodo estar rodeado de personas con quien no me llevo bien.

Juan se paró y no tuvo reparo en despedirse de Carlos de una forma agridulce. En su mente, si quiera ir a batallar o dar pelea verbal. Necesitaba

hacer sentir su voz de protesta, en especial a Mónica, una estudiante de tendencia izquierdista. Apoyaba cualquier idea de hacerle a Elena Torres una especie de callejón oscuro.

Intervenir en esa asamblea era una buena oportunidad. Sin embargo, cuando sus deseos iban en un crescendo rápido, se acordó de los personajes que iban a estar. No era malos, pero por cuestiones meramente políticas y por lo tanto meramente estúpidas, había cierto roce y malestar.

Por algo, los políticos en la Ruiz eran llamados fosforitos. Armado el problema, armada la huelga, solían decir algunos. Muchos simpatizantes izquierdistas que iban de huelga en huelga marchaban contra cualquier medida por parte del gobierno de turno que “infrinjan” a los estudiantes. Lamentablemente, la Ruiz no era exclusiva de aquellas marchas. Dicho colectivo se pronunciaba con la esperanza de ganar más adeptos.

Hay estudiantes que de verdad les encanta perder el tiempo en alguna manifestación que, al final de cuentas, no llevará a nada. *La época de Hugo Blanco se terminó y las marchas de San Marcos también, amigos míos.* Eso pensaba Juan.

3

Al llegar a la avenida Bolívar, Juan no dudó en ponerse los audífonos, según decía para aislarse de ese ruido gris llamado Lima. Fue al paradero de siempre y se puso a esperar a que pase la línea 11 o la 32-B, buses que lo dejaban más cerca de su casa por ese entonces. Mientras venía los carros venir de su lado, volteó y se dio cuenta que, al otro lado de la calzada, una chica le estaba alzando la mano.

Parecía gritar, pero Juan no podía oír porque escuchaba a Charly García. Se dio cuenta que era Juliana. Tras cambiar el semáforo en rojo, ella cruzó y fue directo a su amigo a intercambiar palabras.

Tras ello, quedaron (y al decir quedaron significa que Juliana obligó a Juan) en subir a la 40, línea de buses que la dejaba a ella en su casa y a él en la Avenida San Luis, un poco lejos para ir a pie, pero no era cosa seria. Tenían suerte porque había varios asientos desocupados.

- ¿Vos te enteraste de Lili? – preguntó Juliana
- Justo me encontré con Carlos y me contó lo que pasó. Quiere que este en la reunión.
- Yo voy a ir. A mí me da asco que esa mujer enseñe en la Ruiz. Da ganas de irse a la católica enserio. – dijo ella
- ¿Y qué? ¿Quedarte sin plata?
- Amigo, vos estás hablando con alguien que tiene plata. Así que déjate de preocupar, che. – dijo Juliana cruzando las piernas y poniéndole la mano en la mejilla.
- ¿Sabes? Leí un artículo donde señalaba una pregunta interesante. ¿Qué prefieres? ¿Estudiar tu maestría en la católica o comprarte una casa o un departamento? Porque ambas cosas tienen el mismo precio. No te preocupes, que sé que me vas a responder la casa.
- Vaya, no lo vi desde esa lógica. – dijo ella reflexionando - Pero enserio Juan, conforme pasan los años la Ruiz se está volviendo cada día más cerrado.
- Lo entiendo, pero no es para que digas eso. ¿o acaso quieres ir a estudiar más abajo? Si es así, tienes suerte de que la 40 llegue hasta la católica.
- Si lo pones como tú dices, no. – dijo Juliana
- Si quieres ir mañana, anda y ve. – dijo Juan retomando el diálogo

anterior - Pero te digo lo que le dije a Carlos. Yo podre estar en contra, pero por cuestiones de ciertas personas que no puedo ver, me abstengo a ir.

- ¿No vas por Mónica? – dijo ella.
- No es solamente Mónica. Ella me cae bien, pero te apuesto que el miércoles va a hacer un recital absurdo sobre sus ideas políticas y tantas cosas. Para mi resulta un tanto incomodo observar su supuesta indignación. Es como si Eva Perón y Zuleika Esnal hubieran hecho el amor y de esa transmutación salió ella.
- ¿Quién es Zuleika Esnal?
- Una argentina progresista que le falta huevo. Parece que nunca se lo dieron porque la chica para amargada cuando habla. - dijo el haciendo reír a Juliana
- Bueno, yo mañana voy a ir. Si quieres te cuento como fue.
- Vale, pero yo estoy preocupado por algo.
- ¿Qué cosa? - dijo ella mientras miraba su celular
- Lamentablemente, tu y yo somos amigos de Francisco, y en el comunicado, la firma de Liliana está en la parte final. Le dije a Carlos que lo mínimo que va a hacer él es mentarle la madre. Y si Lili fuese hombre, olvídate le puede dar un puñete.
- Juan, ¿En serio crees que haga eso? – preguntó Juliana
- ¿Tú no? ¿Soy el único que vela por la integridad de Liliana acaso? Me encontré con Carlos también me dio a entender de que no cree que pase cualquier cosa.
- Bueno, yo también lo creo capaz, pero hay dos posibilidades. Si lo hace, posiblemente lo haga fuera del campus o en los alrededores. De pasar eso, te apuesto que se va a armar un escándalo en el grupo de Facebook de la Ruiz. Si no lo hace, posiblemente quede como el niño que no hizo nada por su madre.
- En ambos va a tener rabia.
- Relájate, Juan – dijo Juliana - Francisco tiene mierda en el cerebro, pero no tanta. No es como su madre. Lo más probable es lo primero. Y eso si es que se da, porque ese huevon grita un culo, pero a la hora de la hora se caga de miedo.

4

Era ya el martes 14. El parque Colombia amaneció mojada y llena de gotas de agua de una manguera que duró bastante tiempo abierta. El sol se hizo un poco más fuerte y el cielo estaba celeste, libre y despejado.

En su cuarto, Emilia estaba profundamente dormida sin la capacidad de mover un músculo. Las sábanas blancas tapaban sus pechos, pues estos estaban descubiertos, ya que así le gustaba dormir. No quería separarse del colchón para nada. Eran las 9 de la mañana de aquel día y la familia, que Doña Emilia la abuela querendona cuidaba desde arriba, se preparaba para toda actividad que le tocaba hacer. Rafaela y Marco, sus hermanos mayores, habían salido muy temprano a laborar, no sin antes dejar el desayuno listo.

Doña Consuelo se dirigía al baño cuando vio que la puerta del cuarto de Emilia todavía seguía cerrada. Se acercó y la abrió.

- Oye, son las 9 de la mañana – dijo Doña Consuelo - ¿Te vas a quedar a dormir todo el santo día?
- Si, me gustaría hacer eso – dijo Emilia con el cansancio de una resaca
- Qué pena hijita. Esta no es tu casa. Además, hoy empiezas la universidad. Así que antes de que te vayas, quiero que hagas unas cosas. ¿Entendido?
- Si jefa. – dijo a regañadientes
- Te espero en 10 minutos, ni uno más Emilia

Era poco usual esas llamadas de atención por parte de su madre. Emilia lo tomó a la ligera y argumentaba que había dormido poco. Haciéndole caso a su madre, se fue a tomar una ducha rápida y se puso su ropa de diario. Al bajar, encontró a su padre Luis Felipe en el centro de la mesa del comedor leyendo su periódico.

- Hija, hoy vuelves a la universidad. ¿verdad?
- Si papá. Hoy inician las clases. – dijo Emilia
- ¿Lista? Pensé que volvías el lunes y no hoy.
- No, nada que ver. Llevo Gerencia I hoy en la tarde. Lo bueno es que es uno de los últimos para acabar humanidades.
- ¿Y será fácil?
- Papá, ningún ciclo es fácil. Todas las personas se matan por aprobar sus cursos. Pero debo decir que me ha ido excelente en el ciclo pasado. Por eso, no creo que haya razones para que mi promedio

baje.

- ¿Y ya no vas a estudiar con tus amigos de humanidades? – dijo Doña Consuelo sentándose con una taza de leche caliente
- Solo los que estudian mi carrera. Y a Juan supuestamente lo voy a ver hoy. Espero encontrarlo. Así por así no lo veo.
- Mas bien hija, sé que no te gusta ir a misa y eso. Pero te pido que nos acompañes en la misa que le vamos a hacer a tu abuelita por su cumpleaños en abril. Hemos estado viendo nuestros horarios del trabajo y nuestros jefes nos dieron oportunidad de salir más temprano ese día.
- ¿Qué día cae 13?
- Cae jueves – dijo su papá revisando el calendario
- Mira papá, no sé. Ese día tengo varios cursos. No te aseguro que pueda ir. Además, al inicio del ciclo, los profesores se ponen bien espesos y dejan cualquier cantidad de trabajos.

Pasó unas cuantas horas de aquel desayuno y Emilia se puso a ayudar a su mamá en las cosas de la casa, hecho sin precedentes en la familia. Se puso a regar el jardín de la casa, luego su madre le pido que la acompañe al mercado que quedaba cerca de su casa en la Avenida del Rio y, por último, ayudó a su madre a cocinar el almuerzo. Emilia aceptó con la condición de que se acuerde de que tenía clase a las 4. *Hija, una vez que ayudes a tu madre a hacer algo no te va a quitar tiempo alguno. ¿De dónde sacaste ese lado perezoso? No es ni de tu papá ni el mío,* dijo.

A falta de minutos para las 4 de la tarde, Emilia se alistaba para la universidad. Vistió algo simple. Un polo gris de su promoción del colegio, un short negro y se hizo algo simple en cabello. No era de modas ni de arreglarse de forma exuberante para ir a la universidad y mucho menos en los primeros días. Al despedirse de su madre, avanzó unas cuantas calles cercanas y vio que en la calle de al frente había un chico que iba caminando rumbo a paseo de los Andes.

Ese es mi Juan, dijo ella. Hacía tiempo que no lo había visto físicamente, por lo que encontró el momento perfecto para sorprenderlo. Aceleró el paso sigilosamente sin que se dé cuenta. Llegó a la calle y ya estaba a unos 10 metros detrás de él. Fue ahí que le cerró los ojos y lo contuvo con sus manos.

- Ya perdiste huevon – dijo ella. Juan reconoció su voz
- Debo asumir que es alguien a la que le doy mi cariño y que tiene las manos frías, por cierto. Además, el complejo de pandillera no va

- contigo. - dijo el tocando sus manos y adivinando quien era.
- Correcto joven, que bueno que te hayas dado cuenta. – dijo ella volteándolo. Juan le dio un cálido abrazo cuando la miró
 - Te extraña mucho. ¿sabias?
 - Oye nos hablamos mucho por el celular. - dijo ella
 - Pero debes entender que no es lo mismo. No veía las horas de verte.
 - Qué lindo hablas mi Juan – dijo ella y se dispuso a coger el brazo de Juan para que pueda ir con él. Tenía frío y se comenzó a acurrucar al entrar a la Universidad. Ya estando adentro, siguieron hablando.
 - ¿Qué clase tienes? – preguntó el
 - Gerencia I. De hecho, tengo en clase dentro de unos minutos
 - Muy bien, entonces aprovechemos para ponerlos al día – dijo Juan. La llevó a cafetería y ambos optaron por sentarse a tomar un café.
 - ¿Alguna vez te han dicho que te ves tierna con lo que llevas puesto? Y ni que decir de ese cuerpazo que te manejas. – preguntó Juan
 - Parezco una bebe, ¿verdad? Estoy tan acostumbrada a que me digan bebe.
 - Ten cuidado que estas legalizando la pedofilia con tus palabras – dijo Juan riéndose mucho.
 - Cállate la boca, baboso. – dijo ella. Se pasaron los 10 minutos como una garua al ras. Siempre quería sacar el máximo provecho de tiempo cuando paraba con ella. No quería que nadie le interrumpiera ni que nadie lo llamara. Era solo para ella en ese momento. Maldijo quizá, para sus adentros, cuando dieron las 5 de la tarde.
 - Bueno – dijo ella – no me pienso perder la primera clase de Gerencia I. Me sentiría culpable si es que me vuelve a pasar la misma mierda que el ciclo pasado.
 - ¿Por lo que paso en Antro? – dijo el refiriéndose a Antropología
 - Si ese mismo, ni me lo recuerdes. Hefgott todavía ha dejado secuelas. Bueno, te dejo. – dándole un beso en la mejilla de despedida y tomándole el hombro. – Cuídate mi Juan. Te veo más tarde.
 - Cuídate, mi Emilia.

5

Juan llegó a la cafetería de la universidad y encontró a Carlos y a Lili teniendo una plática. Él no dudó en preguntar que había sido de la reunión del consejo estudiantil.

- ¿En que quedó la reunión del COES? – dijo Juan
- Bueno, hemos optado por una opción diplomática, aunque debo decir que no es de mi agrado dicha decisión. – dijo Lili
- Y créeme que yo tampoco. Y para que diga eso, créeme que no me gustó para nada – dijo Carlos
- Hemos acordado de no hacer ninguna especie de trifulca con la designación de Torres. Lo que hemos dicho con la cabeza fría es que al fin y al cabo la Ruiz escoge a sus empleados. Además, alguien dijo que hace tiempo hubo una profesora fujimorista que todo el mundo recuerda. Sin embargo, algunos alumnos que se inscribieron han decidido retirarse de esos cursos. La mayoría de ellos son estudiantes que ya tienen tiempo acá.
- Yo me lo supuse al principio. No hay forma de que los cachimbos renuncien al curso. – dijo Carlos
- Déjame adivinar. ¿La que propuso eso fue Mónica? – dijo Juan
- ¿Hablaban de mí? – dijo Mónica quien había escuchado a Juan desde adentro de la cafetería
- Si, claro. Estábamos diciendo de lo que se había propuesto en el consejo. – dijo Juan
- Todo sea por el bien de la Ruiz. Liliana te estaba buscando. ¿Crees que podrías darme tu carné para sacar sala de estudio? Hay un libro de Weber que debo leer para la próxima semana.
- No veo por qué no. Espérame en la biblioteca que ya voy para allá.
- Vale y gracias - se despidió de Juan y Lili. Ella no tenía ni la menor idea de quien era Carlos. Liliana, por su parte, no le agradó para nada haberse encontrado con ella. Le quería tirar el carné en su cara.
- Asumiré por tu mirada de pocos amigos que te llega al pincho Mónica – dijo Juan.
- Detesto las personas que se quieren quedar con el protagonismo. Mónica es buena estudiante y hasta cierto punto me cae bien. Pero es la líder que nadie escogió. Aun así, debo admitir que tiene muy

buenas ideas para el COES.

- ¿Cómo cuáles? - preguntó Carlos - ¿Hacer que los cachimbos vean *El Capital* como una biblia?
- No seas payaso huevon. No digas eso ni en broma que ahorita te oyen y van a hacer eso. – dijo Juan.
- Luego les cuento sobre aquello. Pero hay algo que debo contarte Juan, por si no lo sabias. Quizás ya lo sabes. ¿Sabías que Juliana estaba presente en la reunión, ¿verdad?
- De hecho, la vez que me la encontré me dijo que iba a estar ahí. A mí me invitaron, pero sinceramente me resbalaba ir ahí. ¿Qué pasó? – dijo Juan
- Mas allá de hacer sus diálogos absurdos y cargados de política, propuso a Juliana para que sea secretaria del Consejo. – dijo Lili. Juan quedó algo estupefacto al oír eso. Principalmente porque Juliana era una persona bastante relajada como para proponer algo nuevo en el consejo estudiantil.
- ¿Así? ¿Y qué dijo ella? ¿Aceptó?
- Lo está pensando la bonaerense. Pero parece que sí. Al menos para el siguiente consejo estudiantil sería una buena opción.
- Algo debe haberle convencido a Juliana para que Mónica la haya atracado, porque así nomás no atraca la flaca de una, y mucho menos ella que no es santa de su devoción. – dijo Carlos – Seria paja que haya una bronca entre Mónica y ella. Todo cuenta para botar a Céspedes.
- Buen punto. – dijo Juan – La próxima elección votaré por ella siempre y cuando haya decidido lanzarse. No es mala idea de que sea secretaria.

6

Llegó el sábado. En su casa, Juan se levantaba tras oír los llamados de doña Vero, su querida madre. Ella estaba acostumbrada a tomar desayuno los fines de semana con sus hijos, Juan y Carmen, la hermana mayor que trabajaba en una clínica como jefa de marketing desde hace varios años. Eran las 9 y Juan bajó al encuentro con su madre.

- ¿Y cómo te ha ido en tu primera semana hijo?
- Bien mama, algo fregado.
- ¿Por qué lo dices?
- Te tengo que contar algo. – dijo Juan luego de dar un suspiro profundo
- ¿Qué has hecho Juan?
- No, no te preocupes. No he hecho nada ni lo pienso hacer.
- Sino....
- La universidad ha contratado a Elena Torres. Esta señora es muy criticada no solo en mi universidad sino por todos los jóvenes de 18 a 30 años. – dijo Juan
- ¿Y qué ha hecho para recibir el odio? – dijo ella al tomar de su taza
- Literalmente, nacer. Pero digamos que ha sido una mujer que ha estado metida en los colectivos religiosos, de esos de con mis hijos no te metas, que Cipriani, que los gays, etc. La cosa es que, a esta señora, la Ruiz no tuvo mejor idea que contratarla como profesora de teología y de Introducción al Derecho.
- Me imagino que la Ruiz debe estar patas arriba.
- Decir eso es muy poco. La señora no pudo dictar sus primeras clases porque secretaria académica le mandó un aviso para que no dictara hasta el miércoles. Hasta ayer las cosas estaban normales, pero los estudiantes que ya tienen tiempo en la Ruiz y que le faltaba ese curso, decidieron por retirarse como señal de protesta.
- Ay, si serán unos zánganos. – dijo Doña Verónica – A la primera trifulca, se hacen de la vista gorda y se van. Todavía recuerdo la fama que ganaron cuando salieron en una marcha en la Plaza San Martín. Hubo un chico que gritaba frente la cámara. Si serán salvajes.
- Mamá, es por una causa justa.
- ¿Llamas causa justa a retirarse de una clase comenzado recién el ciclo? No es así hijo. Ellos tienen que estudiar.

- Mamá, ¿Qué te puedo decir? Es la Ruiz. Pero para ser sincero, prefiero cualquier persona que enseñe esos cursos antes que a ella. – habiendo terminado lo que estaba diciendo Juan, bajó Carmen de las escaleras con una alegría deslumbrante, como era habitual. Saludó a su madre y a Juan con un beso en el cachete, señal de que andaba de buen humor.
 - Te manda saludos Andrea. Ayer fue el matrimonio de Joaquín en Miraflores. Hubiera ido pero literal cuando ella no está, soy yo la encargada porque si no la oficina es un caos. Muy lindo desde principio a fin. Vi una foto en donde se subieron a un Ford Lincoln 1966. Su familia es de plata así que puede darse esos lujos.
 - Ya te he dicho que no seas envidiosa hija – dijo Doña Vero.
 - No estoy siendo envidiosa mamá. Lo decía por el carro que tenía papá. Tu no lo llegaste a ver Juan, pero teníamos un Ford Galaxy color rojo que solía manejar papá por varios años. Hasta que lo tuvo que vender cuando tu tenías un año. Ya no podía manejar. De hecho, ¿Se llegó a subir al carro?
 - Creo que sí. Tenías 6 o 7 meses. – dijo doña Vero
 - No se vale pues, no me voy a acordar de nada. - dijo el
- En ese momento, llamaron a la puerta. Doña Vero pidió a Juan que abra la puerta principal. Él se acercó a la ventana y vio a la persona que estaba allí.
- No lo puedo creer – dijo Juan. Se volvió pálido y no dudo en correr a su cuarto a arreglarse – Carmen, ¿Podrías atenderla?
 - Lo siento, estoy tomando mi desayuno.
 - Con todo gusto la atendería, pero estoy desarreglado. ¿Podrías por favor?
 - ¿Quién es? ¿Mi cuñada?
 - Carmen, cállate.
 - Ay pero que mal humorado es este señor.

Doña Vero puso orden en esa discusión absurda de hermanos. Se paro y fue a la puerta. *Por favor, ¿Tanto escandalo para abrirla a Milena? Adelante hija,* dijo. No era una chica cualquiera. Casi era como de la familia, y digo casi porque no había un lazo sanguíneo. Milena estudiaba en la Ruiz con Juan.

Era hija de un buen amigo de la familia, un señor que se le conocía con

el nombre de Antonio, pero que cordialmente todos en la casa le decían compadre. Antonio era muy querido en las salinas, una pequeña comunidad a 60 kilómetros al sur de Lima. La familia de Juan se había hecho parte importante entre sus habitantes. Volviendo al tema, la hija del compadre quería estudiar ingeniería industrial porque era muy buena en matemáticas, pero no hallaba la universidad adecuada.

En uno de los tantos viajes que hizo la familia al sur, el compadre Antonio contó los innumerables problemas para encontrar un sitio muy acorde a su presupuesto. Fue así como Doña Vero le comentó acerca de la universidad donde estaba Juan. Le convenció tanto que ni bien la familia Zavaleta se fue de las Salinas, el compadre le dijo a Milena de que averigüe todo lo referente a la Ruiz. Le buscó un cuarto donde poder vivir durante el ciclo y encontró uno que estaba a pocas cuadras del campus. En los fines de semana, Milena había agarrado la costumbre de levantarse temprano y dirigirse a la casa de Juan y de su familia.

- Hola buenos días, señora. Lamento interrumpir. – dijo Milena
- No interrumpes nada hijita. Adelante estás en tu casa. Justo estamos desayunando. ¿Has tomado algo?
- No, a decir verdad, no señora. Pero no se preocupe.
- No me digas eso hija. Usted acá se alimenta bien. Carmen, sírvele un tamal.
- No señora, tamal no. ¿Tendrán pan integral?
- Vale creo que si tenemos un par. – dijo algo extraña Doña Vero

7

Habiendo terminado el desayuno, Milena fue por Juan a su cuarto, quien desde que ella tocó la puerta, no había bajado.

- Pensé que le habías dicho a tu mamá de que era vegetariana. – dijo ella cerca a la puerta.
- Me olvidé enserio. Además, no sabía si ibas a venir. Mucho menos a las 9 de la mañana de un sábado, donde supuestamente uno debe estar encerrado en su casa sin ganas de salir de ella.
- Si, lo sé. ¿Qué tal te ha ido? – preguntó ella
- Bien supongo. Llevo 3 cursos de carrera y uno de humanidades que es Metrin – refiriéndose a Metodología del Trabajo Intelectual
- ¿Recién acabas humanidades? Pensé que lo habías acabado cuando llevamos teología.
- Oye voy a mi ritmo, no me presiones. Así que déjame ser. – dijo Juan
- ¿Y alguna novedad con Emilia?
- No ninguna, a decir verdad. Como siempre, sigo templado de ella. Pero la flaca no ve esa huevada. Nada nuevo. Nada cambian en las vacaciones.
- Juan, ya van varios ciclos que sigues templado de ella. ¿Le has dicho algo al menos?
- ¿Qué le voy a decir, Milena? – le dijo a ella cuestionándola
- Pues que te gusta mucho pues. Que desde el día que la conociste sentiste algo por ella y todas las cosas que deberías haberle dicho hace tiempo. Te digo algo. Hay varios compañeros de la universidad que piensan que son enamorados. No me sorprende porque cada vez que me hablan de ti, siempre dicen que está contigo.
- Francisco es uno de ellos. Nos vio esta semana juntos saliendo de la cafetería. Por caminar agarrados de la mano no nos pueden llamar pareja pues.
- ¿Por qué no? – dijo Milena
- Por el simple hecho de que no significaba nada.
- Juan, por dios. Pareces un niño. ¿Qué te pasa? Si sientes algo, lo que debes hacer es llevarla a un sitio a conversar, a comer, yo que se.
- Milena, hablas de eso como si fuese una cosa sencilla.
- Es que Juan, lo es. Sino que te haces bolas por una simple huevada.

- Me cago de miedo, eso es todo. No quiero oír un no por respuesta. Sería muy doloroso y creo que lo sabes. Es mucho tiempo que llevo esta nota en mi cabeza.
- Te entiendo Juan – dijo Milena sobándole la espalda – Mira, te voy a contar algo. Hace un par de ciclos. ¿Te acuerdas de yo estuve con un chico de nombre Luis? Bueno. La que pidió para estar fui yo, no él. – Juan se quedó estupefacto
- ¿Milena, es enserio? – Juan se paró intempestivamente
- Te hablo muy enserio Juan. Me gustaba mucho hasta que me dijo para hacer cosas. Ya te imaginaras.
- Ah ya veo. Es que lo tuyo es muy diferente. Ningún estudiante con un mínimo de razón es capaz de decirte que no, mucho menos a una chica bonita como tú. Por eso el tipo se la llevó fácil, porque no tenía que decirte o hacerte algo. Además, creo haberte dicho antes de que eres la chica más linda de la carrera.
- ¿Oye, y por qué no de la Ruiz?
- Porque ese puesto es exclusividad de Emilia – Milena se atinó a reír - ¿Sabes que es lo que me gustaría? Que se hagan amigas. En parte porque me gustan que mis amigas se conozcan entre sí. Y, por otra parte, para que te des cuenta de que es un amor de mujer.
- Bueno, es de piscis. Algo de bueno debe haber en su corazón.
- Yo soy piscis.
- Y yo soy cáncer y según el horóscopo, tu y yo seríamos la pareja perfecta – Juan se quedó en silencio y no supo que decir – era broma idiota.

Juan y Milena habían congeniado bien desde que ella ingresó a la Ruiz, allá por el 2015. Se tenían un mutuo aprecio al otro, aprecio muy especial y fuera de lo común. Juan era el tipo de personas que hacían bromas en cierto tono, de levantar la voz cuando alguien no tiene razón, de hablar cualquier estupidez, etc. Sin embargo, cuando estaba con Milena se convierte en una versión reservada, una edición con filtro. Milena actuaba de lo más normal con Juan. Se sentía a gusto con él y veía en Juan a un hombre al menos maduro y que sabe lo que quiere.

A diferencia de varios mocosos en la universidad donde todo lo ven fiesta y sexo y cualquier otro tipo de desperdicio ruin, con Juan tenía puntos en común. Ella era un amante del arte y de la música clásica. De hecho, fue Juan

quien sugirió que lleve el curso de Historia del Arte I y II como sus electivos para su malla curricular.

Podían hablar de Tchaikovsky, de Liszt, de algún libro que habían leído, etc. En esta universidad, era raro no hablar de arte. Usualmente había grupos de amistades donde unos llevaban una guitarra, otros se dedicaban al ajedrez, otros pintaban en el jardín con sus manos como la clase que solía dar Pancho Navarro al final del curso en el malecón Cisneros. Pero el gran defecto de estudiar ingeniería industrial es que el tema artístico se quedó en los 3 primeros ciclos, y en adelante los números la secuestraron. Y a pesar de que su secuestro tenía su aprobación, le daba cierta espina no poder ir a un curso de literatura o de arte. Por eso veía en Juan como un aliado en esos temas.

8

Juan se encontraba leyendo un par de lecturas de uno de sus cursos en una de las mesas del comedor central. Era miércoles y Lima hacía el esfuerzo de llover. En un sector del comedor se encontraban un grupo de 5 cachimbos. Un grupo de 2 niñas y 3 niños conversando con la voz alta como si todavía siguieran en un colegio.

Fue muy incómodo para los veteranos que trataban de comer, que trataban de conversar y que trataban de leer; como era el caso de Juan. Fue ahí que a lo lejos notó la presencia de Juliana. Sin embargo, no estaba sola. Estaba con un chico. Lo conocía en la Ruiz, pero nunca había entablado una conversación con él. Cuando estas en la Ruiz no llegas a conocer a todo el mundo, y sin embargo todo el mundo prácticamente te conoce a ti.

- Quiero presentarte a Fernando. – hizo el saludo que todo chico hace a esa edad – Estudia administración. Acabamos de salir de clase. Alucina que vive cerca de mi casa, o bueno vive más abajo. La cosa es que tomamos el mismo carro para ir y venir.
- A mira tú. – dijo Juan
- A decir verdad, en todo este tiempo en la Ruiz nunca te he topado en la 40. Debe ser por los horarios y esas cosas – dijo Fernando
- ¿Pero si nos has visto por los salones o en los pasillos? – dijo Juan
- Si claro – dijo Fernando – La universidad es muy pequeña para que nadie sepa la vida del otro.

En ese momento, sonó el celular de Fernando y él había pedido disculpas a Juan y Juliana para poder contestar.

- ¿No te parece lindo? – dijo Juliana
- ¿Desde cuándo a Juliana Romagnoli Martínez le parece algo o alguien lindo? – preguntó Juan
- Ay no seas exagerado Juan. A mí me parece lindo desde que lo conocí.
- dijo Juliana en tono extraño
- ¿Te gusta no?
- No, no me gusta. Sino que me parece lindo.
- Ah. Dices que es lindo, pero no te gusta. Es muy raro eso y más si viene de tu parte. – dijo Juan – Mira Juliana, no te hagas bolas conmigo. Si te gusta, fresh. Anda y ve. Hasta cierto punto se le ve buen tipo. – *“Si te equivocas, es tu problema”*, dijo en su mente.

- Yo se Juan que vos necesitas más tiempo para conocerlo. Pero ya varias amigas me han dicho que es un buen tipo. Claro, hubo un par de compañeras que no voy a decir su nombre que me han dicho que debo pensarlo bien. – dijo eso tras cruzar los brazos en la mesa
- ¿Quieres te dijeron eso?
- Nada, son pavadas. Trato de no hacerles caso, pero en parte esas amigas lo dicen por algo.
- De seguro lo dicen porque te quieren – dijo Juan tomándole en hombro. Fernando regresó
- ¿Quién era? – pregunto Juliana
- Era mi ex trabajo. Quieren que vuelva a trabajar.
- ¿Dónde trabajabas? – preguntó Juan
- Trabajaba en Café de Lima como mesero en los últimos 6 meses. Es una cafetería top que queda en Miraflores. Sali en enero porque me estaba cansando. Hacia buenas propinas y el local era muy cómodo. Hasta que comenzó octubre y llegó Ximena.
- ¿Quién es ella? – preguntó Juliana con una preocupación poco vista
- Es la actual encargada de la cafetería. Tiene para rato. Como ellos no me botaron, quieren que vuelva. Pero la verdad lo veo muy difícil.
- ¿Por qué? – dijo Juan
- Porque en esa cafetería explotan un culo. O por lo menos desde que ella está ahí. Por ejemplo, ella tiene a su hermana de recepcionista. Bien rica la chica...
- Ay que asco – dijo Juliana.
- Si quieres a ti te digo que estas el doble de rica para que te sientas mejor. – dijo Fernando. Juliana se puso roja y se acomodó el cabello para ocultar sus nervios – La cosa es que esa chica es una completa irresponsable. Y es una gilera de mierda. Le pedía agua a los baristas, que le cubrieran turnos completos y tanta mierda. Y Ximena para variar, no le dice nada.
- Pero le hubieras reclamado en todo caso – dijo Juan

- Esa loca que chucha me va a hacer caso. – dijo acomodándose en el asiento para poder hablar mejor – Un amigo me dijo que la cafetería está mal. Que los meseros a duras penas duran 1 mes. Que no friegue la paciencia.
- Además, no es la única cafetería que existe. – dijo Juliana

- Me cansé de trabajar en ambiente así. Quizá necesite un relajo de todo esto. Por eso me he metido en 6 cursos. Cuando trabajaba solo me pude meter a 3. Bueno me tengo que ir. Debo regresar a mi casa para ver unos temas. Los veo luego. Un gusto Juliana. – dijo Fernando.

Juliana se quedó fijamente viendo cómo se iba Fernando. Quería que Juan lo notara, pero él estaba concentrado en sus hojas. Tenía que leer para un control de lectura y no podía perder su tiempo en las adulaciones.

- Oye, mírame che.
- ¿Qué pasó?
- No sé, dime vos ¿Te parece Fernando un buen tipo?
- ¿Quieres que sea honesto? – dijo Juan
- Es lo mínimo, ¿No?
- Pues a decir....

No pudo completar la oración porque al frente suyo, vio a Emilia que estaba conversando con un sujeto. No lo había visto antes. Era un desconocido, lo cual es muy extraño en esa universidad, porque todos se conocen. Los únicos que no son conocidos son los cachimbos, pero ese es un trámite que solo el tiempo soluciona. Por un instante Juan pensó en interrumpir, pero se vería descortés y no quería ser etiquetado con el rótulo de acaparador ni de metiche.

- Juan te estoy hablando a vos. Mírame. – dijo Juliana haciendo un chasquido con sus dedos.
- Ahh Juliana lo siento.
- ¿A quién miras? – lo dijo y no dudo en voltear intempestivamente. – Ahh, Emilia. Cánsate, Juan en serio. ¿De verdad?
- No molestes Juliana en serio. – dijo Juan – No estoy para oír tus cachivaches. Dejémoslo ahí

Juliana era una de las personas que reaccionaba mal cada vez que oía la palabra Emilia. Había oído ese nombre en los últimos ciclos y era más que claro que no podía pasar a esa mujer, todo eso sin haberla conocido claro está. Juliana movió su cabeza en forma de negación.

Lo que hizo Juan fue tomar sus separatas e irse a un lado distante del campus. Habiéndose despedido de Juliana de una forma diplomática, caminó rápidamente hacia la biblioteca sin decir nada. Juliana ya estaba acostumbrada a este tipo de reacciones. Juan, a veces no te entiendo, pensó.

9

Francisco no la pasaba muy bien a medida que el ciclo avanzaba. Por supuesto que estaba muy contento de que su madre Elena Torres se convirtiera en docente de la Ruiz. Sin embargo, eso le trajo dificultades para estar en el campus.

Había dividido a la carrera de derecho en 2 trincheras y cada vez que pasaba por alguien opuesto a sus ideas, estos se les quedaban viendo. Pero tenía suerte de que tenía un sinfín de libros que leer, proyectos que presentar y demás responsabilidades para mantener la mente ocupada.

El mismo miércoles, pero a unas horas más tarde, Francisco estaba tomando un café con un par de galletas mientras leía separatas sobre derecho constitucional, texto largos e incomprensibles pero importantes para la vida de un futuro abogado.

- Hola corazón ¿Qué tal va tu día?
- Hola, mamá. Acá algo cansado terminando un par de lecturas que me dejaron para leer. – dijo Francisco limpiándose la boca con la servilleta - ¿Tienes clase? No te veo a esta hora.
- Lo que pasa es que hemos tenido una reunión con los profesores. Ya sabes de los exámenes, de cómo me está yendo a mí con los chicos y esas cosas. Por cierto. ¿Ya hiciste tu tarea?
- Sí claro, ya la hice ayer en la noche. Soy libre, por así decirlo.
- Ahh, me estaba olvidando. – dijo ella dando un tono de sorpresa – Tengo un regalo para ti. Con todo este tema de la universidad y de tantas peleas, me había olvidado en dártelo. Lo tenía en la cartera. No puedo creer que no lo viera – Saco un papel que estaba doblado en 4 y se lo dio a Francisco. – Esto te manda tu papá. - Al verlo, noto que era un cheque con \$1500 dólares que estaba a nombre de él.
- Vaya – él se quedó anonadado
- Es su regalo de cumpleaños. Sabes que esta ahorita de embajador y no puede venir así por así. Hace muchos días está preguntando por ti, por cómo te está yendo a la universidad y todas esas cosas. No deja de pensar en ti.
- ¿Me está comprando?
- No hables así hijo, es un regalo de cumpleaños. Yo sé que el dinero no va a comprar nada referente a ti hijo, pero es su forma de acercarse.

Hace buenas semanas ha estado preguntando por ti.

- Mamá no empieces, es mejor que este en Chile. La casa está más tranquila.
- Ya te dije que no hables así hijo. Con todos sus defectos, es tu padre.
- ¿Quieres que te haga acordar todas las estupi...?
- ¡Francisco! – alzó la voz Elena
-todas las cosas que dijo sobre su matrimonio? Que no se haga porque yo todavía tengo en la cabeza la pelea de ustedes.
- Francisco, le estás hablando tu madre, así que bájame la voz – dijo Elena con el ceño fruncido – Número uno. Y número dos, tu padre y yo no pasamos por un buen momento, pero es una cosa que pasa en todos los matrimonios hijo, date cuenta. Además, hay algo que te quiero contar. Tu papá quiere que pasemos las vacaciones de medio año con él en Santiago.
- ¿De verdad?
- Si corazón, quiere eso. Que seamos la familia que alguna vez fuimos.
- Ahh mira tú. Bueno, es una lástima. No pienso ir. Tú sabes que paso las vacaciones con Luciana. Estoy pendiente de ella y no voy a desperdiciar ese momento. Por cierto, ahí viene. Así que cambiemos de conversación porque no me gusta que nos vea peleándonos.
- Hazme el favor de guardar el cheque y pobre de ti que se lo enseñes.
- Mamá no empieces
Luciana era la enamorada de Francisco. Al igual que su madre, no lo veía a esa hora de la tarde, pero encontró un momento justo para mantener un dialogo con los 2. Llevaba en sus manos un par de libros muy pesados que Francisco ayudó a ponerlos en la mesa.
- Señora Elena, ¿Cómo esta? Es un gusto de verla. – dijo saludando a la profesora – Hola amor.
- Hola hijita – dijo sonriente – Estaba aquí hablando con Paquito unas cosas
- ¿Qué cosas?
- Mira Lu – dijo Francisco inhalando profundamente, ya que no quería contárselo a su enamorada. - Mi papá quiere que este en Santiago para vacaciones. Le estoy diciendo a mi mamá que no quiero ir porque en vacaciones tu y yo la pasamos juntos.
- Pero es tu familia Francisco, deberías pasar tiempo con él.
- Por eso me cae bien Lucianita, entiende muy bien la situación – dijo

Elena – Además hijita, hay algo de que contar y que tu enamorado sordo no me dejó terminar. El papá de paco quiere que vayamos los 3.

- ¿Los 3? – se dijo Luciana tartamudeando – ¿Es decir usted, Francisco y yo?
- Si hijita, lo que estas oyendo.
- Señora me encantaría mucho. Me gustaría conocer Chile. Muchas gracias por tenerme en cuenta. – dijo Luciana y se paró a abrazar a su futura suegra. Francisco no hizo ningún gesto. Se la quedó mirando a su mamá. - Escuchaste amor, nos vamos a ir a Santiago.
- Si mi amor, si lo oí – respondió Francisco – Me alegra verte así.
- Bueno, señora ha sido un gusto verla por aquí. Disculpe por no quedarme más rato, pero justo acaba de pasar un compañero de grupo. Agradézcale a Don Luis y saludelo de mi parte.
- No te preocupes hijita. Él te estima mucho y le hare llegar tus saludos.
- Gracias, señora. Mi amor nos vemos más tarde. Te llamo para irnos juntos.

Luciana se despidió de Francisco con un beso fuerte. Agarró sus cosas y se fue con una sonrisa de oreja a oreja. Al irse, Francisco se la quedó viendo con una cara molesta.

- Cámbiame de cara Francisco. No me hagas esas escenas
- Si quieren vayan ustedes dos. No quiero ver a mi padre.
- Espérate a Julio y vas a cambiar de opinión, hijo. – dijo Elena – Tengo que retirarme. Ah, y se me estaba olvidando una cosa. Pobre de ti que sigas buscando a Liliana Suarez. Ha pasado cierto tiempo donde la universidad se ha relajado y no quiero que lo arruines.
- Mama, tienes suerte. – dijo el – Hasta ahora no la encuentro. He visto a todo el mundo de la Ruiz excepto a ella. Y no me pidas que no le diga nada porque lo que hizo fue una barbaridad.
- ¡Francisco! No hagas nada. – dijo ella alzando la voz.

La profesora Elena tomó sus cosas y se fue a otro ambiente de la universidad, un lugar para dejar de pensar temas personales. Francisco había perdido las ganas de seguir leyendo. Por un lado, se encontraba con un sentimiento de mentira. No quería ir a Santiago, no quería ver a su padre, no quería que Luciana viera una escena donde solo se podía divisar las alzas de

voz, y mucho menos si fuera en otras tierras. Y, por otro lado, sintió restricción por no decirle sus 4 verdades a Liliana. Tenía que hacerlo, porque se habían metido con su madre.

Si hay algo que no puede tolerar bajo ningún punto de vista era que se metieran con ella. A él lo envolvía una indiferencia cada vez que recordaba a su padre. No siempre esa ira fue constante. Hasta hace algún tiempo, él lo quería.

Todo cambio meses atrás cuando él estaba en su habitación y de la nada había escuchado las voces altas de su padre y su madre. Al oírlo, se bajó de las escaleras muy despacio para no ser observado. No podía recordar la conversación en sí pero nunca podrá olvidar ese *Tú me engañaste con esa fulana de cuarta. ¿Qué crees? ¿Qué no me he dado cuenta?*. Se escuchaba hasta arriba y al bajar en las escaleras, vio que su padre le alzó la mano y le dio una cachetada tumbándola al sofá grande de la sala. Se quedó inmóvil y fue corriendo a su cuarto, tratando de olvidar lo que sus ojos presenciaron. Desde ese momento, hubo algo que se acabó y que se fraccionó en pedazos y no pudo volver a ser el mismo: La noción de paternidad.

10

Emilia cursaba la carrera de administración y se había hecho amiga de varias personas, ya que no había una gran cantidad de alumnado a diferencia por ejemplo de Psicología o Ingeniería Industrial. Siempre fue puntual en las entregas de trabajos, redactando documentos, sacado operaciones y demás cosas. Lo que aborrecía en verdad era hacer grupos, porque hubo unas ocasiones que se reunió con irresponsables o carentes de raciocinio.

Fue así, que luego de haberse despedido de Juan aquel martes donde todas las personas aún se seguían encontrando en el campus, subió hacia el 3° piso donde se iba a realizar la clase de Gerencia I. Al entrar, lo primero que notó fue a una pareja de jóvenes que estaban sentados adelante, como si el curso fuera importante. Detrás de ellos, había 3 amigas que parecían muy unidas.

Emilia encontró un asiento en el centro del salón, lugar que no era ni tan bueno porque no podía ver la pizarra y no había llevado sus lentes, ni tan malo porque usualmente eran agarrados de punto los alumnos que se sientan al fondo. Al costado de ella, hubo un morral color negro encima de una carpeta, la cual estaba muy desteñido, por no decir muy usado. Llegó el profesor Octavio luego de realizar un trajín desde su casa hasta ese salón.

Al momento de ingresar, se disculpó con todos por la demora. *Profesor, disculpe. Había estado en el baño, ¿Puedo ingresar?. No se preocupe, adelante,* dijo el profesor. Aquel alumno fue al asiento donde había dejado aquel morral y no dudó de mirar a quien tenía como colega a su lado. Emilia jugaba con sus dedos mientras lo miraba.

Habiendo pasado la rutina introductoria de toda primera clase y después de haber señalado las responsabilidades que debía tener el delegado del salón, informó al alumnado que debían realizar un trabajo grupal, el cual debía ser entregado en las siguientes semanas. La mayoría de los presentes voltearon a su derecha o izquierda para preguntar a sus compañeros respectivos si accedían. Otros, no sabían que decir ni que opinar. En este grupo, se encontraba Emilia, Gonzalo y otro chico que parecía cachimbo en la parte de atrás. Gonzalo vio a Emilia e inició una conversación:

- Hola, disculpa. ¿Tienes Grupo?
- Emm no. No tengo.

- ¿Te importaría...?
- No claro que no, por supuesto. – dijo Emilia eso, pero en realidad si le incomodaba hacer grupo con alguien que no conocía.
- Mi nombre es Gonzalo. ¿Y tú eres...?
- Emilia. – dijo tímidamente

Conforme fue avanzando la clase, ambos se sintieron muy amenos al querer platicar sobre cómo les había ido el ciclo pasado o si conocían como era la metodología que iban a emplear los profesores. No solo ellos dos estaban en el grupo. Entre ellos estaba Celeste, una chica que Emilia conocía bien ya que llevó con ella un curso anterior; y Esteban, un chico que Gonzalo frecuentaba ver a sus horas de salida de la Ruiz. Habiendo terminado la clase, Gonzalo se despidió de Emilia cordialmente, pidiéndole de antemano que la mantenga informada sobre cualquier novedad referente al curso o al grupo. Tuvo un buen tino ella para con él. Parecía que era una persona de fiar y a la vez muy interesante. Gonzalo bajó las escaleras y se fue al estacionamiento de la Ruiz. Se subió a su auto, sin antes soltar una sonrisa, de esas que traman algo a futuro.

Eran las 11 y media de la noche. Juan se encontraba en la avenida Circunvalación caminando en dirección a su casa. Estaba exhausto del tráfico largo. Es una dificultad estudiar en una universidad que está a una hora de distancia y mucho peor sabiendo que la única vía para poder llegar a ella está constantemente saturada por los buses, las camionetas y los autos. Estaba escuchando música a su gusto. Unos cuantos riffs de Keith Richards, una voz fuerte y maciza como la de Johnny Cash y un grupo poco conocido para este tiempo de música electrónica como lo es Soda Stereo.

De vez en cuando fumaba unos cigarros que tenía guardados en su maleta, pero aquella noche solo le bastó el frío y el aire que hacía en aquellas horas. Llegó a su destino y saludando al vigilante de turno, ingresó a la casa. *Apaga la luz y echa llave*, decía doña Vero. Juan lo hizo y dejó sus cosas en la mesa del comedor. Fue a saludar a su madre quien ya estaba en su cama echada y con las luces apagadas en compañía de su radio a pilas, objeto que tenía mucho antes de la existencia de él.

Hola Madre y ella hola hijito ¿Tan tarde vienes?. Me quede conversando con algunos amigos de la Ruiz y se me hizo tarde, eso es todo dijo Juan y ella *en la cocina, Carmen te ha dejado un par de trozos de pizza para que te lo comas ahorita, porque debes estar de hambre seguro. Y él si mama, un poco.*

Juan se despidió de ella no sin antes de que Doña Vero la persignara. Ella estaba acostumbrada a hacer eso, y por más que Juan tenía complejo de ser agnóstico, lo veía como una muestra de amor que solo las madres de cierta edad tienen. Fue a la cocina y cogió las 2 pizzas que su hermana Carmen le había dejado en un plato que aún estaba caliente. Tomó sus cosas y se fue a su habitación. Se quitó las medias y toda ropa que le impida echarse a su cama.

Se puso un polo y un pantalón para dormir y fue a ver cualquier cosa en su celular. Pasó media hora y ya los ojos le empezaron a ser pesados con el pasar del tiempo.

Felizmente era ya medianoche y eso constituía un libertinaje a los sueños y al descansar. Se echó a su cama y trataba por todas las vías de conciliar el sueño porque en verdad lo necesitaba. Al final lo pudo hacer. Hay sueños que quizá te pueden marcar y que a lo largo de tu vida le buscas un significado.

A Juan lo perseguía uno desde que tenía siete años, pero se dejaba

secuestrar por aquel espejismo mental del cual solo él era el conocedor, y nadie más que él. Era uno donde estaba subiendo una escalera de caracol. Tenía escalones muy grandes y mientras subía, podía ver el cielo de Lima pintado de morado y naranja. Es una interpretación cuyo fundamento carece de realidad, porque Juan nunca la entendió. El cielo fluía al igual que los aires y todo se movía como un cuadro de Van Gogh. El morado y el naranja predominaban en forma de acuarelas, sin ningún punto de encuentro. No era algo de lo que uno quería despertar y sin embargo esa intensidad iba creciendo. Amar lo desconocido y lo que nunca has vivido. Juan avanzaba en esas escaleras y eran infinitas por momentos.

Hasta este punto, el sueño se desarrollaba con normalidad, pero todo fue diferente en los siguientes instantes. Hubo una gran base circular de más o menos lo largo de un piso de un edificio grande. En el centro se encontraba una cama cubierta de sábanas blancas. Una lámpara que transmitía una pequeña luz amarilla era la que iluminaba esa vista, a pesar de que los cielos ya lo hacían por sí solos. Juan observó la cama, la desordenó, pero no se sentó. Fue entonces que se acercó una mujer.

Era una mujer bella que tenía el pelo largo y que caminaba lentamente hacia él. De pronto, se dio cuenta de que era Emilia, quien vestía lo que usaba una reina griega. Hacía el papel de Afrodita o de Venus, pero se veía hermosa, como nunca la había visto. No hablaron. Se vieron por unos segundos. Juan no dejaba de ver sus ojos, pues aquellas retinas le tenían encarcelado, como un alma presa en un cuerpo. Emilia extendió su mano y llevó a Juan a la cama. Fluían, quizá sin un fin, pero fluían.

El cielo se convirtió en un cauce de colores en forma de un río, el cual que te invitaba a seguir explorándola. Fue así como ambos sacaron las mantas que estaban en esa cama. Juan se echó y Emilia se puso encima de él. Se agarraron del cuello y se empezaron a besar con una pasión fulminante, tranquilizadora, como si fuese la prueba de que Dios existe. *Sabes que te voy a amar siempre*, dijo él. Pero en aquel mundo no existía el sonido, no existía el espacio ni va a existir los paraísos.

Sin embargo, obedecieron al lenguaje universal, que es aquel de los gestos, como las miradas, los ojos y los labios. Se tocaron y se empezaron a mirar de cerca. Juan lo disfrutaba y Emilia volvía a su ser. De pronto, ella se paró sin razón aparente y se marchó dejando a Juan en la cama sin decir una palabra. Juan no supo que decir ni que actuar. Fue así como despertó.

Se paró de la cama tratando de digerir lo que soñó. Aquel sueño fue muy

perfecto Aquella salida del tiempo era lo que necesitaba para poder aferrar a la idea de que los paraísos existen si uno confía en ellos. Juan derramó algunas lágrimas de alegría y de rabia, porque él sabía que no iba a volver a soñar eso con Emilia, que eso era una maniobra pasajera de su mente. Se volvió a echar como si no hubiera soñado nada, pero le era difícil dormir. En ese cuarto todo era oscuro, todo era intranquilo. Juan sufrió unos dolores en la parte de arriba de su cabeza.

Era repetitivo y era como si alguien le tocara la cabeza. Se sentía incómodo. Se trataba de mover de un lado a otro para ver si se pasaba el dolor. Sin embargo, aquel dolor punzante se convirtió en movimientos eléctricos. Juan no se podía mover. Solo era capaz de mover sus ojos.

Reconocía lo que había su alrededor, pero su cuerpo le había traicionado, y traicionado mal. Se sintió frágil, como si fuese un blanco. Movía sus dedos del pie izquierdo con la esperanza de que pase esa parálisis de sueño que era maldita y que lo atormentaba cada vez que el estrés académico se apoderaba de él.

Fueron 30 segundos angustiosos, hasta que el dolor se detuvo. Juan seguía con miedo, pero con la paz un poco restaurada. Inhalo y exhalo. Trató de cerrar sus ojos con la esperanza de que sea mañana.

12

Era la primera semana de abril. Liliana venía procedente de un distrito lejano como lo era San Juan de Lurigancho. El viaje para ir a la universidad consta más de hora y media, pero no hubo altercado. Se bajó en el paradero del británico y fue caminando hacia la Ruiz. Al cruzar la calle Copacabana, escuchó detrás a un muchacho que subía la voz y parecía gritar. *Liliana, te estoy hablando*. Ella reconoció la voz, se paró y volteo para confrontarlo.

- ¿Qué quieres Francisco?
- Sabes la estupidez que tú y los del Consejo han hecho, ¿verdad? – dijo Francisco – He estado buscándote por todos lados para decirte tus verdades. Tienes suerte de que tenga clases y que no haya podido encontrarte.
- Voy a repetirlo por segunda vez. ¿Qué chucha quieres?
- Quiero que tú y el consejo se deshagan de la idea de eliminar a mi madre de la Ruiz. Que se dedique a dictar curso y que..
- A ver a ver...- dijo Liliana tratando de callar a Francisco que parecía un altanero - Voy a ponerme en contexto porque con tus alzadas de voz, no te entiendo, pero ni mierda. ¿Quieres que el consejo deje de supuestamente “hostigar”, vamos a ponerle un verbo, a tu señora madre?
- Eso es lo que quiero. Y ustedes no la hostigan, la joden. La joden muchísimo y no la dejan defenderse. Ella no es cualquier mujer. Es una docente que bien puede malgastar su tiempo en otras cosas. Pero para desgracia mía, y digo mía porque no me gusta ella padezca esta situación, quiere ser docente. No puedo ir en contra de su voluntad.
- A ver. Te voy a dejar bien claro que esto que tú ves, se lo ha ganado a pulso.
- Hazme el favor, ¿Cómo se te ocurre.....
- Déjame hablar. Tú has hablado todo, ahora déjame a mí – dijo ella agarrándose las manos a la cintura – Bien. En primer lugar, tu sabías perfectamente que esto pasaría. Y no me digas que no porque eso no te lo cree nadie. En segundo lugar, las ideas que tiene tu distinguida madre están en las antípodas de la universidad. No hay ninguna correlación porque todo lo que ha dicho son tonterías.

- Eso es falso. La que está hablando tonteras eres tú.
- Abre los ojos Francisco. Tu mamá está metida con los del Opus Dei, es amigo de Cipriani, esta con los del colectivo con mis hijos no te metas, ha defendido a Delgado Parker...ya pues.
- ¿Pero no que supuestamente ustedes defienden la libertad?
- Una cosa es la libertad. Y otra muy distinta es hacer que la Ruiz sea la España del siglo XV y su presencia lo más comparada a una Santa Inquisición. Tú debes hablar con tu madre y decirle que se retire. Por si no lo sabias, tenemos el apoyo de la católica, universidad que, por cierto, la última vez que fui no sabes la cantidad de amigos que me dijeron lo mucho que quieren a tu querida y abnegada madre.
- No tiene el apoyo de la católica. Tienen el apoyo de colectivos que se han dedicado a refregarle la vida a mi madre.
- Tal vez. Pero esa es la postura que tú tienes con respecto a esta situación. – dijo ella – Es tu madre. Lo entiendo. Pero acá hay una universidad que no toleramos esas cosas. Si tu madre cree que puede hacer lo que se le dé la gana, está muy equivocada.
- Es una docente, Liliana. Y puede dictar los cursos como quiera.
- ¿Teología e Introducción al Derecho te parece bien? – respondió ella – Te dejo. Tengo muchas cosas importantes que hacer. No voy a hacer hígado contigo porque sé que no lo vas a entender.

Liliana entró a la universidad y se fue. No quería armar escándalo. No es lo suyo armar tumulto. Dejó a Francisco con la palabra en la boca. Bajo su percepción, creía que era lo mejor; aunque toda la universidad se hubiera puesto a su favor si él se le hubiera pasado por la cabeza darle un golpe.

Francisco se quedó absorto por la mujer que acababa de enfrentar. Estaba claro que no solo era el problema con respecto a ella, responsable de haber puesto esa publicación a inicios de ciclo, sino lo era con el resto de los alumnos. Cada vez, veía más y más difícil poder convencer a todos que ella merecía el puesto. El puesto de docente parecía cada vez más insostenible.

Juliana estaba durmiendo en su cama en un jueves de aquella semana de abril. Le encantaba dormir. Si estaba en su casa, el lugar perfecto en donde hacer todo tipo de actividad era su cuarto. Un cuarto muy acogedor estaba ubicado en aquel departamento de San Borja de la calle Miguel Ángel. En la pared, 6 fotos con su respectivo cuadro estaban incrustados en ella, en forma de que los 6 traten de hacer una J. En uno de ellos, se encontraba la foto de su padre Joaquín del año 2000. En ella, la mina tendrá 3 o 4 años. Joaquín tenía a su hija Juliana en sus hombros agarrándole los brazos, y en el fondo se veía el majestuoso estadio de la Bombonera. Aquella foto, aquel recuerdo era el más glorioso que tenía de su padre y de esos días eternos para la mente, en donde la Argentina de sus vivencias era gobernada por De la Rúa y se deleitaba con los goles de Riquelme, de la zurda de Palermo y las atajadas de Córdoba.

Su madre Lucia viajó en la década de los 90's hacia el país gaucho con la esperanza de al menos trabajar. Tenía trabajos estables en el Perú, pero si hay algo que tienen los Martínez es la sed de más. Era egresada de periodismo y en aquellos años turbulentos, se ganaba la vida tomando fotos en el segmento policiales de la prensa escrita. Se fue a buscar nuevos aires a aquella ciudad. Encontró que un diario de nombre "La prensa" estaba en la búsqueda de una persona que se encargara de tomar las fotos de la sección deportes. Lucia no dudó en aceptar el empleo, por lo que era recurrente verla seguido en los estadios. Pero había sido su preferido el estadio de Boca porque aquellos aires tienen un sabor de triunfo y su pasión era abismal, nada que ver con Vespucio Liberti, hogar del River Plate.

Comprendió, entendió y vivió lo que era el fútbol. Iba con su compañero Joaquín a cada cotejo. Habían formado una linda amistad con el pasar los meses. Había un vínculo muy fuerte. Dicen que el amor entre extranjeros es más fuerte que con un ciudadano de tu país propio. Para 1995, ya ambos vivían juntos, y decidieron tener una relación. No estaba en sus planes de vida, al menos en este tiempo, de tener una pareja o alguien a quien besar.

El amor surge en medio de lo inexacto, en medio de lo que uno llama vida y es el amor quien aparece en trayectos oportunos, para bien o para mal. A sus 24 años, Lucia estaba en una relación con Joaquín, y parecían ya un matrimonio sin haberse casado todavía. Tuvieron una niña a la que le pusieron de nombre Juliana, un nombre que no tenía nada de especial, ni una historia

detrás. Un nombre totalmente nuevo en el árbol genealógico entre los Romangnoli y Martínez. Según Joaquín, ese nombre era una renovación y daba nuevos aires en esta ciudad franco-argentina. Lucia se enamoró del nombre cuando lo oyó.

Innumerables recuerdos que venían a la mente de Juliana, hoy convertida en mujer, a la hora de revisar esa foto con su padre. *Mi amor, ya ven a tomar desayuno conmigo*, dijo su madre llamándola de la otra parte de la casa. Se levantó y fue a verla. Los jueves eran sagrados, puesto que la mamá de Juliana ingresaba a las 4 de la tarde a la redacción de un conocido diario, y entre las idas y venidas de la hija, era un jueves donde ambas se podían ver. Las tazas sobre el mantel blanco estaban calientes y llenas de café.

- Soñé con tu padre
- ¿Y qué clase de sueño era? – dijo Juliana
- Te vas a reír hija. Soñé que tenía una entrevista de trabajo con él en el periódico. – Juliana no pudo contener la risa – Si, reíte todo lo que quieras, boluda.
- Mamá, no puede ser. ¿Pensás en trabajar cuando sueñas?
- Sueño con tu padre, ¿Qué más quieres? – Juliana no paraba de sonreír cada vez que se acordaba de Joaquín.
- Hay algo que se me olvidó contarte hija. Tu tía Bibi está por venir al Perú. Decidió tomar unas cuantas semanas en el trabajo donde esta y quiere vernos a mí y a vos
- Que emoción madre – dijo – no me la pierdo por nada del mundo
- Si, hable con ella previo a una junta de trabajo. Bien típico de ella hablarme antes de hacer algo importante. Con decirte que cuando fui con tu papá a realizarme la ecografía de 8 meses, tu tía llamó antes de que fuera al consultorio. Ese día perdí 150 pesos por las puras, porque me quedé hablando con ella.
- Madre, uno tiene que ser jacobina de vez en cuando. – dijo Juliana no sin antes reírse. En el cuarto de ella, se escuchó el ringtong de su celular. Juliana fue a ver quién era. Lucia podía ver la conversación desde donde estaba sentada.
- Hola Juliana
- Hola Fernando
- Quería ver como estabas.
- Bien, bien. Estaba tomando desayuno con mi madre.
- Ah, mil disculpas. No quería interrumpir. Se que es temprano. Si

- quieres puedo llamar otro momento.
- No, no te preocupes para nada. No interrumpes.
 - Ah, menos mal – Juliana se puso algo incomoda al oír eso – Te llamaba para hacer algo contigo. No sé, salir a caminar, conversar. – Como ella estaba hablando en altavoz, notó que, en la barra de notificaciones, Juan le había mandado un mensaje mientras Fernando hablaba: *“Disculpa por lo de la otra vez.”* *“Ya me conoces que me pongo así de la noche a la mañana, y más si se trata de Emilia”* *“¿Quieres hacer algo?”* Juliana dudó un poco.
 - Si claro, podemos hacer algo.

En el fondo, ella no quería dar esa respuesta, pero todo se resume a ese nombre de 6 letras. Para sacarle pica a Juan, Juliana optó por ir con Fernando. Volvió a la mesa.

- ¿Quién es Fernando? No me contaste de ese pibe. De hecho, hace mucho no sé nada de tu vida. Esa es una desventaja de vernos de vez en cuando.
- Es un amigo de la universidad. Me dijo para hacer algo hoy día y vamos a caminar por San Borja. Creo que quiere conmigo.
- Se nota – dijo su madre tras un sorbo de té – porque hay que ser bien hinchada para llamar a esta hora. Oye, y dime ¿cómo va las cosas con Juan? ¿Algo nuevo?
- Lo de siempre mamá, que habla de Emilia.
- ¿En serio? Deberías hacer algo con él. Tomar algo no sé. Me constaste el ciclo pasado que varios amigos tuyos van juntos al Queirolo. Podrían tomar algo.
- Seguro madre, pero deja que se le pase lo pelotudo.
- Tú y el haría una linda pareja. Me gustaría conocerlo. Por lo que vos me has hablado deber ser lo mejor. Y como soy tu madre, te conozco y no eres de decir esas estupideces y cursilerías a diario. – dijo su madre, quien recordó en ese momento que Juliana había sacado lo cursi por el papá.

14

Juan se encontraba leyendo un par de lecturas debajo del gran árbol que estaba al costado del auditorio, un punto céntrico donde estaba a la vista de todos. Vio pasar tranquila y apresuradamente a los alumnos de todos los años para el cambio de hora, ya que era las 4 de la tarde. Carlos se acercó.

- Cholo, ¿Qué tal?
- Leyendo algo de la carrera, que no entiendo ni un carajo.
- Es en este momento donde me alegra estudiar una carrera como la mía
– dijo suspirando tranquilo
- ¿Qué hablas? Si hace poco me encontré a Lorena llorando sangre porque me enseñaron los libros que tenía que leer.
- Si ya lo sé, no me lo vuelvas a acordar. Te quería joder un poquito.
¿Alguna novedad con la Torres?
- Mira, no tengo idea de que han quedado. Lo que si me entere es que Francisco y Lili se llegaron a encontrar y que el men pidió lo mismo de siempre, que dejen a su mamá en paz porque si no se la verán con él.
- ¿Y Lili como esta luego de esa huevada?
- ¿Tú crees que ella se va a amilantar luego de ver a Francisco? Nada que ver, ella sigue adelante. Se ha exaltado algo por el encuentro, pero todo parece indicar que la susodicha sigue. – Carlos al oír esa respuesta se agarró la frente.
- Francisco ganó huevon.
- No, créeme que esa victoria no le va a durar mucho. Y no digo porque el que vaya a hacer algo al respecto, sino que el problema va a caer por su propio peso.
- ¿Qué quieres decir?
- Lo que quiero decir hermano mío, es que dejemos que Torres enseñe sus abnegados y trasnochados cursos. De nada sirve que la COES se ponga escandaloso si no van a lograr nada
- ¿Convivir con la vieja demente?
- Podemos amargarle el ciclo. Francisco quiere que siga enseñando aquí, pero también quiere que se vaya. Ya vio como son las cosas acá. Lo malo de todo esto es que Mónica se va a dedicar a hacer más bulla de lo normal.

- ¿Crees eso Juan?
- ¿Tú no? Espérate a que el gobierno la cague para que cuando salga el colectivo de la Ruiz, te apuesto huevón, y es más te lo firmo, de que Mónica va a hablar de la vieja de Francisco, así no tenga que ver en el tema.
- Mas bien, - dijo Carlos – Hay que agradecer a la vida de que ambos ya llevamos teología en el 2015. Porque si no, olvídate.

Carlos también era zurdo como Mónica, pero la gran diferencia con ella se reducía a lo radical. Mónica era muy tajante con respecto a sus contrincantes políticos y se inflaba el pecho dando discursos de cómo debía ser la política según ella, con Fujimori muerto (ni siquiera preso), con un cambio en la curricula escolar, con un gobierno de izquierda, teniendo de Mártir a Antauro Humala y de aliado estratégico a Venezuela y Cuba. Al igual que Mónica, Carlos era también un fosforito a la hora de hablar de política. Pero la gran diferencia es que sus padres eran fujimoristas. Es extraño ver este tipo de fenómenos, pero sucede por más que uno lo quiera evitar. Entendía que, en la política, existe eso que se llama discrepar.

Y a pesar de no estudiar esa carrera, comprendió que nadie va a tener la razón nunca, que los héroes que se creen los defensores de la moralidad debían ser derrocados. Por eso, surge su discrepancia con Francisco y su mamá. Él se hizo amigo de Juan antes de enterarse que era fujimorista, por lo que se puede llegar a concluir que una amistad puede ser más intensa e importante que un ideal. Juan y Carlos son el perfecto ejemplo de lo anterior.

15

La profesora Ugarte, que enseñaba un curso de Ingeniería Industrial, tomaba una práctica calificada que valía 2 puntos en el laboratorio de cómputo. Milena estaba tiritando de los nervios y su amiga Alondra que estaba sentada en el fondo también. Previamente, tuvo que realizar un par de tareas en el aula virtual de la universidad, y para ello se quedó toda la noche en su cuarto con la laptop prendida.

Son 3:40 muchachos. El que ya terminó, puede salir, dijo Ugarte. Nadie salió porque nadie había terminado. Encontró la forma para resolverlo y escribió rápidamente todo lo que falta. *Listo,* dijo Milena guardando sus cosas. Entregó la prueba y se fue a esperar a Alondra afuera en el corredor.

Al salir, se quedó apoyada en la viga de metal y vio que debajo del árbol estaba Juan con un amigo. La otra vez, vio a Gonzalo con Emilia. Lo conocía a él porque había llevado un curso. No frecuentaban, pero al menos sabía de su existencia. Fue raro verlo con Emilia eso sí, y fue entonces cuando recordó de que estudia administración al igual que él. Quería decirle a Juan, pero no sabía que reacción tendría, puesto que no era de meterse en esas cosas. *A lo mejor, son solos compañeros de grupo,* pensó.

Alondra salió acomodándose el pelo como siempre lo hacen las chicas que quieren aparentar estabilidad estética.

- ¿Oye estas bien? Te vi super tensa con la práctica de Ugarte. – dijo Alondra – Hasta pensé que lo ibas a dejar en blanco.
- ¿Practica? Esa cosa no puede ser llamada práctica. Esa práctica tiene forma de Gestapo.
- ¿Qué hablas? – dijo Alondra como si no hubiera oído una palabra.
- No entenderías – respondió – La prueba ha estado bien fregada. Ayer me quedé realizando unas tareas en el aula virtual, por eso no pude estudiar bien. Si me saco 0.5, créeme que llorare de la felicidad.
- Y dímelo a mí. Ahora Ugarte me va a marcar al milímetro. Oye, no te conté. El otro día me encontré en el micro con Nelly, la hermana de Luis. Me contó de que a cada rato Luis dice algo sobre ti. Y que pues....
- ¿Qué pues que Alondra?

- Nelly quiere verte para conversar.
- Ah no, yo lo siento. Sabe ella que yo no soy de salir en el ciclo por los cursos y por todos los trabajos. Además, sé que me va a pedir de que hable con él. Nelly debe saber que yo ya terminé y es un capítulo cerrado.
- Es que me dijo de que es probable que vaya a la fiesta de fin de parciales. Como él ha estudiado acá, no me sorprendería que vaya.
- No le pienso hablar – dijo Milena – Déjale claro las cosas a Nelly. Entre Luis y yo se acabó todo.
- ¿Pero y si te lo encuentras en la fiesta?
- Que vaya, no hay ningún problema. Yo voy a divertirme. Es la única vez en el ciclo que lo puedo hacer.

Si hay una vez en el año donde Milena quería pasarla bien era en la fiesta que realizaba la Ruiz al termino de los exámenes parciales. Era una fecha ideal para mandar todo el estrés proveniente de cálculos matemáticos de diversos cursos. Se iba bien pronunciada y arreglada.

Todos los años, o buenamente desde que se creó, se realizaba la fiesta en un local de la avenida Alfonso Ugarte. Un sitio con ambiente un poco rustico, pero muy espacioso para albergar a 200 estudiantes. Sin embargo, para este año no iba a estar disponible dicho lugar. En un esfuerzo grande, encontraron un sitio muy cerca de la universidad. No se perdió el tiempo y el consejo decidió alquilarlo para esa ocasión. La última vez que fue a fiestas como esa fue cuando estaba con su enamorado Luis. Iba a esa fiesta y se encontraba en una atmósfera de desenfreno donde se mezclaba el alcohol y el cigarro.

Todo iba a ser diferente este año. Días previos, Alondra dijo que quería ir con ella a la fiesta. Milena lo tomó de una manera cordial, pero no le gustaba que ella tenga esas actitudes acaparadoras. Donde iba ella a un sitio, siempre tenía que estar Alondra. Disfrutaba su presencia, pero a la vez le gustaría al menos una vez salir a tomar algo sola. Quedaban unas cuantas semanas para pensar bien y organizar todo, teniendo siempre en mente la irrupción de Luis.

Si hay algo que le caracterizaba por naturaleza a Celeste Villa, además del cabello color eléctrico, era las ganas de hacer buenos trabajos. No era entonces de extrañar de que era una de las pocas alumnas que sobresalía en aquella clase. Ella fue la líder de aquel grupo de trabajo para Gerencia I, puesto que mantenía de cualquier novedad a Esteban, Gonzalo y Emilia. Tenía el don del mando y si alguno cometía el error de atrasarse, posiblemente lo iba a pagar con un regaño, puesto que al igual que Emilia, tenía un mal historial al realizar grupos de estudio. El profesor Octavio decidió que la fecha para entregar los trabajos de Gerencia I era el 14 de abril, un día después de la misa de cumpleaños de la abuela de Emilia.

A decir verdad, desde aquella primera clase que se juntaron los 4 integrantes hasta aquel momento, habían tenido cierta coordinación. Celeste delegaba lo que debía buscar Gonzalo en internet, Emilia se encargó de los libros que debían buscar en la biblioteca que por lo general eran de indoles matemáticos y pocas definiciones y Esteban junto con ella, daban forma a las diapositivas para la exposición. Dentro de todo, estaban en la fecha de entrega. Se reunieron una semana antes del trabajo, es decir el día 7. Celeste organizó la sala de su casa que era espaciosa para recibir a sus 3 compañeros.

Con Emilia no había problema porque vivía a poca distancia. Con Gonzalo tampoco puesto que tenía un carro que lo iba a llevar desde San Miguel. El único que vivía un poco lejos era Esteban porque vivía en Jesús María, pero no había inconvenientes. Llegados los 3, se sentaron en forma de parejas, en donde para variar Emilia y Gonzalo se sentaron juntos.

- Ustedes dos se llevan muy bien por lo que veo. Es muy grato que haya esta atmosfera en un grupo de un curso tan estresante – dijo Celeste
- Digamos que hemos buena química. Usualmente no encuentro mujeres con quien llevarme bien – dijo Gonzalo mirando a Emilia. Se puso ella roja.
- Debemos terminar esto a más tardar el 12.- dijo Emilia
- ¿Por qué? – dijo Esteban
- Disculpen chicos, lo había olvidado por completo – Celeste y Esteban miraban con enojo. – No renuncio al grupo, quédense tranquilos. Lo que pasa es que el 13 mi papa me pidió para que este en la misa de cumpleaños de mi abuela. Me lo pidió antes de iniciar el ciclo. Ya he

avanzado buena parte, solo que me gustaría tener ya todo listo para cuando sea la exposición.

- Ah, Emilia. No te tienes de que preocupar. Si Gonzalo y Esteban hacen su parte, posiblemente ya tengamos todo para el martes. – dijo Celeste
- Mil disculpas por no haberlo dicho.....
- Oye, no tienes por qué hacer eso. Somos un grupo y nos va a ir bien. Aparte, ya has avanzado mucho.
- Octavio nos dará un 20 – dijo Gonzalo.

Gonzalo era un responsable a medias. Al inicio estaba preocupado por el grupo, pero tras conocer a Emilia, esa importancia se disipó poco a poco. Emilia por su parte, sentía ya la afinidad por Gonzalo. Le llamaba la atención de que se preocupara tanto por ella, por lo que comenzó a ser recurrente los mensajes al celular con el pretexto de hablar sobre el trabajo.

Antes de reunirse en grupo, Emilia y el habían entablado una conversación sobre los demás cursos de ambos, sobre la carrera, la Ruiz y demás cosas triviales. Fue una sorpresa enterarse de que Gonzalo tuviese un carro, ya que no muchos estudiantes tenían esa posibilidad. Al término de la reunión, Gonzalo fue el primero en salir. Tenía en claro que debía hacer dos cosas: Acercarse a Emilia un poco mas sin llegar a ser un acaparador y completar el trabajo que Celeste le dejó

Habiéndose despedido, le siguió Emilia. *¿Dónde vives?* dijo Celeste y ella *acá un poco más arriba del Parque Colombia. Vale te veo pronto. No te preocupes que la exposición estará lista antes de la misa* dijo Celeste. Emilia se había ido de aquel hogar.

- Yo los veo muy raros a los dos – dijo Esteban
- Y dímelo a mí. Se que Emilia es una persona muy responsable. Pero me preocupa Gonzalo. No me ha convencido del todo. Así que se ponga las pilas.
- ¿Hay opción para decirle al profe sobre...? – insinuó Esteban mientras se paraba para irse.
- ¿Sobre votar a Gonzalo? No, no hay forma. – dijo Celeste – La exposición es en una semana, así que no hay tiempo. Lo que debemos hacer es presionarlo para que haga una buena exposición. Emilia lo sabe hacer bien, pero su pareja es la cuestión.
- Ya es la segunda vez que llevo Gerencia I. No quiero jalar por

tonterías así. – dijo Esteban

En un Starbucks que quedaba en la avenida Sucre, se reunieron Fabiola y Juliana para ponerse al día en diversas cosas. Era una de las partidarias para que Fernando y ella tuvieran una relación. Según su forma de ver las cosas, intuía que entre los dos pudieran pasar algo más allá de una remota amistad. Pidieron un par de bebidas y se sentaron en unos de los sofás del establecimiento.

- Ahora sí, dime que es lo que paso. Cuéntame absolutamente todo.
- ¿Tengo que hacerlo? - dijo Juliana con algo de flojera.
- Bueno, por algo hemos venido a unas cuadras distantes de la u para hablar este tema más privadamente. Ahora, si quieres podemos hablar en la Ruiz para que todos se enteren.
- Hubiera preferido el departamento, pero ya déjalo. Estamos acá. Además, por mi casa no hay Starbucks. – dijo Juliana cruzando las piernas.
- Ya dime. Me quedé en que te había llamado Fernando.
- Bueno, al principio me incomodo un poco de que mi mamá me viera conversando con él por el celular. Me dijo para conversar un rato por la calle. Le dije a mi mamá que era un pibe de la universidad. Y de verdad que es un poco raro llamar amigo a alguien que recién conoces.
- No tanto. No son extraños. Es aquí donde debes agradecer de que la Ruiz sea pequeña y no un campus como la católica.
- En fin. Llegamos a un banco de un parque cercano y nos sentamos a conversar. Hablamos de los cursos que llevaba en la Ruiz. Me contó en que había quedado lo de la propuesta de trabajo de la cafetería donde estaba. También que no le cuadró la idea de que la profesora Torres enseñara, aunque él no es de meterse en esas cosas.
- Son muy pocas personas las que quieren que Torres enseñe. Por cierto, ¿Sabes en que quedó? Tú que estas metidas en el consejo.
- No, ni idea. Lo único que supe es que la van a dejar que siga, pero sé que hay estudiantes que le van a hacer un infierno. Apenas haga una estupidez, los alumnos se van contra ella. – dijo Juliana luego de un trago de su Caramel Frapuchino – Volvamos al tema de Fernando. No te voy a mentir. Me parece interesante. Sonríe lindo, además.

- Exacto, es el tipo bueno para ti. – dijo Fabiola
- Pero esperate, Fabi. Estas yendo muy rápido. Deja que las cosas pasen tranquilas. Además, la coes, mi mama, la Ruiz, la Torres, vos, Juan....
- ¿Juan? ¿Y qué tiene que ver Juan aquí?
- Juan es muy importante para ver si aprueba esto. Le presente a Fernando y hasta cierto punto le cayó bien.
- ¿Y cuál es el problema?
- Es ese, que es hasta cierto punto. La idea es que él se sienta cómodo con él y que se hagan amigos.
- Vamos Juliana. – dijo Fabiola – No puedes negarte a que tengas algo con Fernando solo por no tener la aprobación de un amigo.
- No necesito su aprobación Fabiola. A lo que me refiero es que, si voy a estar con alguien, creo que la mayoría de mis amigos debe caerle bien ¿No?
- Pero Juan va a entender bien. No lo conozco muy bien que digamos, pero te apuesto que al igual que todos, quieren tu felicidad. Y quien mejor que tu mejor amiga para ayudar a fabricar esta novela digna de televisión.
- Detesto las novelas, no les veo la gracia a esas boludeces. – dijo Juliana en un tono de sinceridad.
- Bueno, da igual. Sabes a lo que me refiero. ¿Oye y vas a ir a la fiesta?
- ¿La de fin de parciales? No sé. No me llamó la atención la fiesta del año pasado. De repente voy, pero tengo que estar de buen humor para ir.
- Ánimo, si quieres yo te compro una entrada para ahí.
- No te preocupes. Yo sola me compro mis cosas.
- Oye, ¿y si vas con Fernando? – preguntó Fabiola
- Y dale con Fernando. Fabiola no me presiones.
- No, no te estoy presionando. Ahora que me acabo de acordar, estaba ayudando a un miembro del consejo a que lleve un DJ bueno para el tono. Probablemente lo traigan de la católica. Una porque es cerca y dos porque dicen que el tipo hacen buenos tonos. Así que el tipo debe de saber de fiestas un culo.
- Mira vos que interesante – Juliana se quedó impresionada. – Si es así, no me perdería la fiesta.

Cuando Fabiola mencionó lo del DJ, Juliana se sorprendió. Le gustaba las fiestas que hacían la Ruiz, pero llegó a un punto en que se

volvieron algo monótonas, optando así por ir a un bar a tomar cerveza, lugar donde ella se iba a sentir más cómoda. Trató de hacer caso a Fabiola para ir a aquella fiesta, por lo que había que esperar al 13 de mayo.

Dentro de todo, Fernando no le parecía un mal partido para empezar una relación, pero quería estar segura de su acto. Pero por algún extraño motivo, sentía que debía hablar con Juan, cosa que es muy extraña para ella.

18

Volvamos a retomar y explicar las cuestiones de la fiesta. Era una festividad importante para los estudiantes, puesto que no podrían realizar una fiesta con frecuencia. Podrías querer a tu universidad todo lo que quieras, pero de vez en cuando te da ganas de mandarla al diablo, por los trabajadores, los profesores y los trabajos.

La fiesta usualmente empezaba a las 8 de la noche, pero nadie es tan madrugador para ir a esa hora, ya que diversos grupos realizaban unos previos en casas o en parques. Cada año, contrataban a un dj diferente para hacer diferente la experiencia cada año. El lugar quedaba en la avenida Alfonso Ugarte, cerca de la plaza Bolognesi, en pleno centro de la ciudad.

Llegabas y presentabas tu entrada, que por lo general el precio rondaba los 10 soles. Al entrar, se veían las luces de colores, unas chicas arrinconadas y bien maquilladas, unos muchachos tomando sus primeros tragos de licor y un par de jóvenes fumando un cigarro. En el interior, el lugar principal era muy grande. La especie de sala estaba dividida con una pared y una puerta en medio. En el centro, había una pequeña fuente de agua. Al fondo, una pequeña tienda donde se vendía gaseosa para las más sanas, pisco y ron para los más atrevidos y whisky y chilcano para los que iban a terminar en un hotel.

Unos 4 guardias de seguridad velaban por la sobriedad de los visitantes, pero en una fiesta donde la temática era mandar bien lejos a los exámenes, a muy pocos les hubiese interesado. La fiesta terminaba obligatoriamente a las 3 de la mañana, y era obligatorio escoger un taxi por aplicativo, ya que, en la esquina, decenas de viejos canosos y mal dormidos, esperaban clientes tocando claxon con toda fuerza.

La fiesta que iba a realizar este año sería diferente, y uno a estas alturas no sabe si será para bien o para mal.

Lo que había pasado Milena era digno de cualquier estudiante. Era la primera vez que le tenía miedo al ciclo. Ninguna cosa le estaba saliendo bien del todo. La prueba con Ugarte solo fue el detonante para darse cuenta de que este ciclo le iba a costar. Trasnocaba muy seguido, llegando varias veces a dormir recién a las 3 de la mañana. Era usual que en la mesa que tenía como velador haya lapiceros, correctores, plumones, escuadras y demás artículos de librería.

Su esfuerzo para los parciales era necesario para mantener a su familia tranquila, sobre todo a su papá, y más que nada a los de beca 18, un programa de becas para jóvenes por parte del estado. Conversaba con Alondra mucho tiempo, y ambas hacían todo juntas. Tomaban algo de desayuno, se concentraban en los ejercicios de Ugarte y tenían en claro que los cursos más difíciles eran de primera prioridad. Llegado mayo, las aguas se tranquilizaron mucho y al final encontró ese balance que todos los alumnos buscan, que no es más que la salud mental y emocional. Y es que estas en la Ruiz de Montoya, y toda persona o estudiante nuevo cree que, por ser una universidad nueva y pequeña, cree que va a ser fácil tener ese dichoso y anhelado cartón. Eso es un grave error. Milena lo tenía muy claro desde el día que supo la existencia de ese recinto.

Sin embargo, parecía que toda la suerte mala que había tenido Milena en abril hubiese pasado para Alondra. La mujer se hallaba perdida y estaba más preocupada en las fotos que iba a subir en sus redes sociales para tener una aprobación social y con ello, subí su ego; que ver si Ugarte, Alfonsín o Beltrán aprobaban sus prácticas calificadas. Milena supo distanciarse de aquello y ayudó a Alondra, puesto que por encima de todo era su amiga, pero detestaba que ella tuviera esas lagunas. Mas allá de hablar de temas protocolares como los cursos, Alondra se encontraba inquieta. Quería saber a quién iba a llevar Milena a la fiesta, puesto que no se creía la idea de que ella vaya sola iba a disfrutar. Una parte importante de ella deseaba que fuese con Luis.

Ella estaba empecinada con que vuelvan a ser la pareja que fueron, y si para esto ella tenía que darle la contra a Milena, lo iba a hacer. Había tenido conversaciones con Nelly, la hermana de Luis. Alondra le había comentado a ella en una de sus salidas de que Milena no estaba interesada.

- Eso me dijo – dijo Milena – No quiere verlo. Y es un poco tajante en

esa situación.

- Vaya, me da pena Luis. Esa chica si lo marco bien feo. Con decirte a veces me habla de las veces que salieron. A simple vista, yo me hago de la vista gorda, pero en verdad me jode verlo un poco así.
- Mira, yo conozco a Milena. Por fuera dice una cosa, pero sé que por dentro se muere por volver con Luis.
- ¿Hablas en serio?
- Muy en serio Nelly. – dijo Alondra tomándole el hombro a Nelly – Mira. Milena va a ir a la fiesta de fin de parciales. ¿Lucho va a ir?
- Si, el ya compró su entrada. Lo que él quiere ahora es una entrada para su primo.
- ¿Su primo?
- No es de la Ruiz, pero según Luis dice que el pata está un poco mal. Terminó con su enamorada, así que ve la fiesta como un tema para ayudarlo a que se despeje.
- Hablas como si fuese cualquiera. Es tu primo.
- Es más, de él que mío. Nunca me cayó. Siempre tuve discusiones con mi hermano por él. Pasaba el tiempo con su primo mientras yo me quedaba en la casa. Larga historia.
- Deberías juntar a tu primo con él para que vayan a la fiesta. Que tu primo me ayude a que tu hermano y Milena se junten de nuevo. – Nelly se la quedo viendo un poco indecisa - ¿Por favor?
- De Acuerdo. Espero que funcionen. Le diré a Luis que lleve a su primo.

Alondra había hecho ese pacto con Nelly. En su mente, el 13 de mayo iba a ser una fecha muy importante, puesto que iba a hacer que su mejor amiga Milena Santos volviera con Luis. Hay gente que realiza favores con buena intención y que creen que es lo correcto, y puede ser. Y hay otra gente que realizan favores donde no los debe. Está de más decir a que grupo pertenece Alondra.

20

Lo que había pasado con Juliana ni ella misma se lo podía creer. Luego de aquella conversación con Fernando, era mentirse a sí misma si decía que Fernando le parecía un tipo desagradable. No lo era, muy por el contrario. Cuando estaban en la universidad, ambos se veían con frecuencia e iban y conversaban en el mismo grupo invitando además a Fabiola. Hubo una vez en la que bajo el pretexto de grupo de trabajo, Juliana y Fernando tomaron el mismo carro para ir a la casa de la bonaerense. Al entrar en la casa, Fernando no pudo ocultar su asombro por el lugar. Mientras charlaban y organizaban todo el trabajo que se le veía encima, sonaron unas llaves.

- Hola mamá. Estoy en la sala.
- Ah hola, mi amor. Olvide que vos dijiste que ibas a hacer un trabajo. Que suerte que el pibe vive cerca de aquí. Así que sos Juan. Mucho gusto. Juliana me hablo maravillas de....
- Mamá, mamá. Él no es Juan. – dijo Juliana algo sonrojada – Su nombre es Fernando. – El solo atino a saludarle con la mano.
- Ahh, lo siento. Con esto del trabajo a veces hago el papel de boluda. Un gusto conocerte. Denme un momento que tengo que enviarle un correo a mi compañero, porque si no el tipo me va a fregar la paciencia. Siéntate, estas en tu casa.
- Gracias, señora – la mamá de Juliana fue a su habitación para prender una laptop. A decir verdad, un poco decepcionada porque creyó que iba a conocer a Juan. – Tu mamá es muy linda.
- Disculpa ese lapsus. A veces el trabajo la tiene algo angustiada.
- ¿Mas que a los dos? No lo creo.

Fue un poco confuso aquel incidente. Juliana ya sabía que le iba a decir a su mamá luego de la metida de pata que acababa de hacer. Pero antes de seguir con las pláticas, siguieron con el trabajo que debían realizar. Juliana siempre era de poner bocaditos para acompañar las horas de estudio. Sacó de su cocina un par de galletas y unos vasos de gaseosa. Fernando seguía viendo las cosas que había en aquel departamento, buscando algún detalle que se le pudo haber escapado. Terminaron con los libros y las diapositivas, y uno que otro mensaje del profesor. Se pusieron a hablar de la fiesta.

- ¿Vas a ir a la fiesta? – dijo ella.
- ¿La del fin del parciales? Creo que no.
- ¿Por qué?
- Se volvió un poco aburrido para mí. Son las mismas canciones y temáticas. Creo que el consejo ha hecho buenas fiestas, pero ya aburre un poco. ¿Tú vas a ir? – dijo Fernando
- No sé, Fabiola no me ha dicho nada.
- ¿No puedes ir por tu propia cuenta?
- Si puedo ir, pero mi mamá es algo estricta con las fiestas. Ella prefiere cosas tranquilas, reuniones en departamentos en casas, cosas así. Te diré que a mí me gusta la fiesta de la Ruiz, pero tengo que darte la razón en esto a vos. Deberían hacer algo diferente.
- Yo creo que para el 13 tengo algo, pero primero debo deshacerme de los parciales.
- ¿Qué es? – dijo Juliana empezando a jugar un poco con él – Ay dime pues, no seas así.
- Lo que pasa es que tengo un amigo que todos los sábados de la semana de su cumpleaños realiza una parrillada en su departamento en Miraflores. Él es amigo del colegio, y siempre resulta un vacilón. Entonces, todos llevan sus parejas a la reunión y termina en una joda hasta las 3.
- Vaya, se ve buena esa fiesta.
- Y me dijo que este año prometía mucho. Me dijo que se iba a de intercambio el próximo ciclo a México. Entonces, una forma de despedirlo es con la reunión. No nos vemos mucho por el motivo de que todos estudiamos, trabajamos, etc.
- Oye se ve que es una buena fiesta. ¿No quieres invitar?
- Si claro, pero no eres mi pareja. Somos fieles a la tradición.
- ¿Necesariamente tengo que ser tu pareja para ir? – dijo Juliana llevándose la mano a la quijada – Interesante....¿Y si te digo que me gustaría ser tu pareja? – hubo un momento de silencio donde la más sorprendida fue Juliana.
- ¿Mi pareja?
- Si oíste bien – lo dijo haciendo una risa nerviosa y con cierto brillo en los ojos – Es que quiero ir a la fiesta....
- Juliana. – dijo Fernando tomándole los hombros - ¿En verdad quieres ser mi pareja? ¿Te gusto?

- Me pareces atractivo. Se que nos conocemos hace poco, pero yo creo que..... – un beso de Fernando fue lo que detuvo sus palabras. Al terminar el acto, Juliana volteo a ver la puerta del cuarto donde estaba su mamá, la cual estaba cerrada. En parte hubiera preferido que su mamá la viera en ese momento, para que se sienta culpable luego de la metida de pata que hizo antes.

Tener un enamorado de esa forma, por regla general no lleva a nada bueno ni a nada productivo. Pero Juliana estaba dispuesta a probar cosas nuevas. Obedeció a las suplicas internas de Fabiola. Eran enamorados, pero parecía que el único que lo sabía era Fernando, porque ella detestaba esa clase de rótulos. Juliana no era una mujer tan romántica como la mayoría de los estudiantes en general. Cosas como mi amor, mi cielo, mi rey o mi rorro le parecía un mal uso del lenguaje. Durante esos días, pensó decírselo a Juan antes que, a Fabiola, pero quería encontrar el momento perfecto.

Hay tantas Julianas en el mundo, en donde al más mínimo espacio de libertad, llegan a abarcar todo. La meta que tenía ahora Juliana era decírselo a Juan y encontrar el momento exacto para poder decírselo, puesto que él no podía imaginar el rótulo de su mente: Romagnoli tiene pareja.

21

Lo que había pasado con Emilia fue algo muy tergiversado. Ella estaba también preocupada por el trabajo que debía entregar junto con sus otros compañeros. Sin embargo, no era el único curso en el que tenía la mente puesta. Para ese trabajo de Gerencia I, Gonzalo y Emilia habían afinado detalles, previamente avisando a Celeste y Esteban que iban a reunirse.

Un día salieron los dos de la universidad por el lado lateral. Caminaban juntos y conversaban. Entrando a la universidad, apareció Juan quien al frente suyo estaba Milena. *Espérame un momento, hace tiempo no me hablo con Juan*, dijo ella. Sube al carro que yo te alcanzo. Gonzalo subió a su vehículo con la curiosidad en la mente y un poco a regañadientes. Emilia avanzó por el corredor principal alcanzando a Juan, quien había antes levantado la mano a Milena en señal de saludo.

- Juancito, mi Juan
- Hola Emilia. Ya no sé nada de tu vida. Parece que estudiamos en universidades distintas.
- La universidad me va a matar en uno de estos días. Tengo que entregar un trabajo grupal en Gerencia I. Tengo a Celeste al milímetro.
- ¿La del pelo pintado?
- Sí, ella misma. A veces me cae chinche, pero no puedo negar que es buena estudiante.
- Ella es buena gente. A mi encanta conversar con ella, claro que las conversaciones que tengo con ella son contadas con la mano. Prototipo de psicóloga.
- Cuidadito con estar echando ojo ah.
- No – dijo Juan con una risa nerviosa – como se te ocurre. A mí me gusta alguien.
- ¿Ah sí? ¿Y me puedes decir quién es?
- En algún momento lo sabrás mi Emilia. Por ahora, lo mantendré en secreto.
- Ay no seas atorrante mi Juan. – dijo Emilia acercándose poco a poco a verles los ojos – Me lo tienes que contar porque yo....Ay Gonzalo que pesado eres. – lo que detuvo a Emilia fue el sonido del claxon del carro de Gonzalo, quien estaba desesperado por irse de una vez

con ella. – Él es compañero de grupo en Gerencia I. Es un tipazo. Me gustaría que saliéramos los 3. Podríamos hacer algo juntos. ¿Te gustaría?

- Claro, cuando quieras mi Emilia.
- Tenemos que terminar los pendientes. Te veo luego.

Emilia se despidió con un beso en la mejilla a Juan y fue corriendo algo apresurada a subir al carro. Se fue algo sonriente, puesto que vio que Milena venía poco a poco hacia donde estaban conversando, y quien sabe de qué se estaba riendo. Gonzalo pidió al de seguridad que abra la reja 4 del estacionamiento y salieron del recinto. Milena apareció.

- No te lo quería decir antes porque sé que esas cosas te nublan un poco.
- Hola, Milena. ¿De qué cosas?
- Sobre Emilia. Pasa bastante tiempo con él. Al tipo lo conozco. Se llama Gonzalo. Lo conozco porque lleve un curso de humanidades con él. Creo que fue Historia del Perú con Segura. No me acuerdo si fue I o II.
- ¿Y por qué me dices eso?
- Y todavía me lo haces recordar. ¿Quieres estar con Emilia o no?
- Pueden ser solo amigos. Personas para pasar el rato.
- Ok, estamos en mayo. ¿Es común que haya en 2 personas tanta confianza como para que la chica se suba al carro de su amigo en menos de 6 semanas?
- A lo mejor es una reunión de trabajo.
- El tipo quiere con ella Juan y te está ganando. – dijo Milena con algo de pena y comprensión – Si quieres declararte a Emilia, hazlo. Mira que ya viene la fiesta. Podrías invitarla.
- Milena, estoy bien. Gracias. Déjalo ahí no te preocupes.

Milena ya no quiera insistir con Juan, porque ella sabía en el fondo que cada cosa que le decía era un puñal. No contempló que una persona podría llegar antes que el a la meta, a la linda y bella meta que era Emilia. Milena llevó a Juan hacia la cafetería y le invitó un café para ponerse al tanto de diversas trivialidades, esperando a que saque de su cabeza ese momento.

Llegó el día de la fiesta. Llegó la preocupación de muchos alumnos por afanar, más que por preocuparse de sus propios cursos, al menos los cachimbos. Juan se había levantado con una resaca de cansancio. El día anterior había sido su última evaluación a las 7 de la noche, por lo que al término de esta se fue a comer y darse un gusto personal. Bajó las escaleras, donde estaba sentada doña Vero y Carmen que estaban conversando sobre temas familiares.

- ¿Terminaste parciales?
- Si mamá. Ayer termine parciales. Llegue tan cansado que hace un ratito me cambie de ropa. Había dormido con lo que use.
- Esa universidad te saca la piti mitri – dijo Carmen
- Así es en todos lados. La diferencia entre la Ruiz con otras universidades es que esta te hace pensar. Anda a la UPC y la Vallejo y vas a ver que en esos sitios se entra y sale recontra fácil.
- ¿Pero cómo saldrás en tus cursos?
- Estoy matado vieja, pero al menos tranquilo. Si me he roto los ojos estudiando.
- Te creo hijo, te creo.
- ¿Y no te piensas distraer? – pregunto Carmen – Usualmente, cuando yo terminaba de dar exámenes en la universidad, me iba a hacer cosas que me había privado. Como salir a fiestas, ir al cine, salir a comer.
- No sé. No lo había pensado del todo. Por ahí escuche de que la Ruiz iba a hacer hoy una fiesta por fin de parciales.
- ¿Tu universidad hace fiestas? Asu – dijo Carmen a la chacota
- Bueno, en teoría no es la Ruiz, sino los estudiantes.
- ¿Quieres ir? ¿Necesitas que te de dinero?
- No madre. Sabes que nunca me gusta pedir plata. Y con la fiesta, no sé si ir. Tú sabes que no he heredado la sangre juerguera de mi papá. No sé bailar y no sé a quién llevar.
- Me imagino que tienes amiguitas en la Ruiz.
- Muchas. Tanto es así que mis amigos del colegio me paran preguntando por ellas. Sobre todo, me preguntan por Lorena, que es un bombón.
- ¿Quién es ella?

- Estudia psicología. Y es bien.....pronunciada. Carmen me entiende.
- ¿Pronunciada?
- Déjalo mama, así habla. – Carmen tuvo que contener la risa.

Por lo que se había dado a entender, la mamá había dado la aprobación a Juan para que vaya a esa fiesta. Incluso Carmen quería ayudarla para ver como irse vestido, y quien sabe traer a una futura cuñada. Pero Juan insistió que no tenía ganas. Esa respuesta que dio, probablemente no se haga efectiva, puesto que en su mente tenía la afinidad de verse con alguien, de pasarla bien y de ahogar las penas. Se subió a su cuarto agradeciendo por el desayuno.

Horas más tarde, luego de un gran almuerzo, Juan todavía era secuestrado por la idea de ir a la fiesta. Estuvo sentado en su escritorio viendo películas y series, distrayéndose con artículos inservibles, jugadas de fútbol vibrantes y demás cosas.

En un escenario normal, la madre de Juan le hubiera llamado la atención, pero comprendió que se había privado de hacer todo eso por aprobar sus exámenes, así que se lo dejó pasar sin decir nada. Fue ahí que recibió una llamada. Era Emilia, quien había llamado para preguntarle qué tal le fue en sus exámenes. Respondió con un más o menos. Fue ahí que le pregunto para ir a la fiesta.

- Emilia, tú sabes que a mí no me gustan las fiestas.
- Ay, Juan eres un espeso.
- Solo no me siento muy cómodo. Ese ambiente de música no lo soporto.
- Me dijeron algunas amigas de la carrera que esta va a ser diferente. Hay traído a un buen DJ y, además, han sabido invertir en trago. Anda, vamos.
- Emilia, de verdad, gracias por pensar en mi como una opción, pero no quiero hacer el ridículo. Anda y diviértete. Se que a ti te gustan este tipo de cosas
- Pero Juan....
- Gracias Emilia. – dijo Juan colgando el teléfono

No era una respuesta definitiva. Aun persistía el deseo por la fiesta, pero Juan tuvo que decir ese no por la plena insistencia. Emilia se quedó algo picona porque imaginaba bailar con Juan y todo ese tipo de cosas, pero en vista de la negativa de su amigo, decidió ir con alguien más. Si lector, es lo que usted está pensando.

24

Cerca de las 5 de la tarde, Juan seguía algo aburrido. Después de meditarlo por un tiempo, dijo un inofensivo *Que podría salir Mal*. No quería llamar a Emilia porque iba a responder de mala manera. Así que optó por llamar a Juliana.

- Hola Juliana. Amiga Mia.
- Que boludo se te oye diciendo amiga mía. Dime Juliana con confianza nomás. No muerdo.
- Sé que no muerdes. Atacas, pero no muerdes. ¿Te fue bien en los parciales?
- Si eso creo. Lo malo es que un examen lo voy a tener que dar otro día porque hubo un problema con un profesor. No sé qué tanta tontería, enserio. ¿Vos vas a ir a la fiesta?
- Te juro que lo estuve meditando. Pero al final, se me vino a la mente la gran idea que un chico que no le gusta para nada las fiestas, vaya e interrumpa una. ¿A qué hora te veo ahí?
- Juan. Hay algo que debo contarte.
- No vas a ir..... – Juan respondió algo seco y hubo un silencio de 5 segundos en donde ella estaba a punto de decirle lo de Fernando.
- No. No voy a ir. – respondió ella - Te acordás de Fernando, ¿verdad? Bueno, él me ha invitado a una fiesta con sus amigos. Me dijo de que iban a celebrarle una despedida a un amigo de él que se va a México y me pidió que vaya y lo acompañe.
- ¿No querías ir a la fiesta?
- No es eso Juan. Si quería ir. Pero Fernando insistió y no quería hacerle sentir mal.
- Bueno, yo quería ir contigo. El año pasado fue una buena fiesta y tenía la esperanza de que vuelva a pasarla bien. Supuse que querías repetir plato.
- No, si quería ir. Pero se me presentó eso. Le voy a dar una oportunidad a la reunión para ver que tal. Y además...
- ¿Te puedo preguntar algo? ¿Tienes algo con Fernando? – al oír esa frase, Juliana entro en un estado de parálisis. No quería revelarla la verdad a Juan de este modo.
- No Juan, como pensás vos esa boludez.

- No, yo solo te pregunto. De repente a ti te gusta.
- No me gusta nadie Juan. Y deja de preguntar boludeces.
- Oye, yo solo quiero saber cómo te sentías y eso. Recuerdo que me preguntabas toda emocionada sobre él. Por eso te lo digo que...- Juliana había colgado el teléfono.

Alondra tenía en mente el plan maestro para hacer que Milena y Luis vuelvan a ser una pareja sólida que alguna vez fueron. Ella siempre quería estar pegada a ella como si fuese una especie de hermana que nunca tuvo. Pero hasta en las familias, los integrantes desean privacidad.

Al promediar las 8, Alondra arribó a la casa de Milena ubicada a unas cuadras de la universidad para verse con ella y poder ir juntas. Llegó vestida usando unos tacos punta gruesa, una blusa rayada colores negro y blanco, una cartera simple y una casaca de cuero que parecían de la década de los 80's. Al abrir la puerta, Milena se sorprendió por como ella iba vestida.

- Alondra, te ves increíble, pero ¿Estás segura de ir con esos tacos gruesos? No me vayas a pedir ayuda para que te deje en tu casa.
- Estoy muy bien Milena. Me vengo de hacer un laceado en una peluquería que queda por mi casa. Me gusta como quedo.
- Si tú lo dices. Siéntate un toque acá mientras yo me termino de arreglar.

Milena subió las escaleras y ni bien llegó a su cuarto, Alondra se puso a revisar su celular. Cuando ingreso a la casa, sintió una vibración de su celular. Era Nelly, quien había escrito: “*Estarán ahí en 2 horas o menos.*” “*Luis se ve muy bien*” “*Milena va a caer rendida*”. Ella decidió no responder porque había recibido un consejo de familia hace tiempo en el cual, si uno piensa demasiado en una cosa, por regla general va a pasar todo lo contrario. Guardó su celular en su cartera y se puso a esperar a Milena.

Ella se vio desnuda en frente de su espejo con las cortinas y ventanas cerradas. Tomó una ducha y al terminar, se secó el cabello con su secadora antigua. A ella no le gustaba usar tanto maquillaje a diferencia de Alondra, por lo que se puso un poco de base y un pintalabios con un color no tan fuerte. Unos tacos con una punta más cómoda, una minifalda color negra, una blusa floreada color melón que le asentaba muy bien con el negro y unos aretes pequeños fueron la vestimenta que ella escogió. No era tanto de acaparar miradas, pero si hay algo que Milena logro sin que se diese cuenta fue la de explotar su belleza. Milena bajo por las escaleras y Alondra se la quedo mirando. En su mente dijo Luis, si la desaprovechas te voy a hacer la vida imposible.

- ¿Y qué tal? – dijo Milena tímida
- Amiga, cada día me sorprendes. No está para nada mal. No es

- llamativo, pero es lo suficientemente atractivo como para esta noche.
- Solo hazme acordar de que estaremos hasta las 3.
 - La fiesta este año dicen que va a acabar a las 2:30, por cuestiones de seguridad.
 - Correcto. Creo que ya podemos irnos. Déjame ver si en mi cartera están las 3 entradas. – Alondra quedo con duda al oír ese 3 y fue como un balde de agua helada.
 - ¿3? Si vamos tu y yo. Te di mi entrada el miércoles para que mi mamá no la vea.
 - Me olvide de decirte. Con tanta cosa de los exámenes, lo olvide. Creo que será mejor una sorpresa. He pedido un taxi. Así que no perdamos tiempo. – contestó Milena. Alondra seguía atónita.
 - ¿Vamos a ir con alguien?
 - Si por supuesto.
 - ¿Me puedes decir quién es?
 - Te lo hubiera dicho hace 2 días, pero como me olvide, te lo dejo como sorpresa ¿vale?

Alondra no tenía esto en sus planes. La idea era ir las 2 a la fiesta, pero no contaba un integrante más. El taxi llegó y subieron. El taxista dijo: *Buenos días, señorita Milena. Avenida Circunvalación. Salamanca ¿verdad?*. Milena dijo sí. Alondra no podía quitar la dirección de su cabeza en su mente dijo: *¿Quién chucha vive ahí?*

26

El taxi había llegado al destino. Ambas bajaron del vehículo. Después de darle las gracias al chofer y habiendo tocado el timbre, Alondra dijo:

- Me vas a explicar ahora mismo quien vive en esta casa. ¿Va a ir a la fiesta?
- Si, va a ir con nosotras. Solo que él aun no lo sabe.
- ¿Cómo que no lo sabe?
- Porque no lo sabe. Alondra estas muy espesa desde que te dije esto. – dijo esto tras tocar la puerta.
- No estoy siendo espesa. Lo único que quiero es que me digas...
- Si, ¿Qué desea? – dijo Doña Vero a lo lejos
- Señora, soy Milena. ¿Esta Juan?

Alondra sudó frio cuando escuchó ese nombre. Por la visión que tenía, doña Vero no pudo verla, pero cuando oyó la palabra Milena todo fue claro. Abrió la puerta y las hizo pasar.

- Hijas, déjenme decirles que ambas se ven bien. Juan me comentó de una fiesta que iba a haber hoy.
- Si, de hecho, venimos....o bueno, vengo por él para irnos. – ella tuvo que corregirse luego de ver los ojos molestos de Alondra.
- Pero Juan a mí no me ha dicho nada. No me dijo ni sí ni no. Yo quería que salga un poco para despeje la mente.
- ¿Está segura?
- Si hijita, - dijo sentándose – Él está en su cuarto dumiendo. Estuvo toda la tarde en su computadora. De hecho, ya le iba a pasar la voz.
- ¿Puedo subir a verlo?
- Claro hija. Estas en tu casa. Si quieres, vótalo de la cama. Le he dicho varias veces que debe distraerse. Y siempre tengan la puerta abierta.

Milena subió a las escaleras y dejó a Alondra hablando con la mamá de Juan. La señora no se sentía a gusto con su presencia, ya que por alguna razón no le parecía de confianza ni nada por el estilo. Solo se quedó callada y fue soltando cosas al azar, así se quedó con la pobre Doña Vero. Al abrir la puerta, Santos encontró a Juan dormido.

- Juan. Me haces el favor de despertar. – Juan pegó un salto – He comprado una entrada para la fiesta y vas a ir conmigo.

- Milena. ¿Qué haces en mi cuarto?
- ¿Qué haces tú acá más bien? Vas a ir conmigo a esa fiesta. Toma tu entrada.
- No quiero ir, no la voy a pasar bien. No se bailar.
- ¿Y eso que tiene? Yo no bailo ni trompo querido, pero este es uno de los únicos días del año donde puedo pasarla bien sin ningún problema. Y quiero pasarlo contigo.

Ese gesto hizo que Juan no supiera que responder. Por eso valoraba mucho a Milena. *Pero no tengo que ponerme*, dijo Juan. Milena vio su closet que tenía unos stickers muy raros de cerveza. Abrió y empezó a buscar alguna prenda para la ocasión. Encontró una camisa color azul noche y un jean que usaba Juan para vestirse e ir a la universidad. *Mira, no te vas a ir mal vestido. Tienes buena ropa*, dijo Milena. *Ya, no friegues y sal que me voy a cambiar*, dijo él. Milena salió del cuarto y para vigilarlo, se quedó junto a la puerta sentada en el primer escalón. Se sentó. Vio su celular y en el reloj dictaban las 9:45, lo cual significaba una hora buena para llegar. Desde el lugar donde estaba, pudo oír la tímida conversación que tenían Alondra y la mamá de Juan. Pasaron unos 20 minutos y abrió la puerta:

- Quieres que te diga algo. Te ves mejor que Luis en la pasada fiesta.
- Tomare tu cumplido. Así que vámonos.
- Si, porque si no vas a cambiar de opinión. – dijo Milena.

Bajaron ambos por las escaleras. Alondra había cerrado los ojos y Doña vero se había dedicado a ver una de sus series policiales que tanto les gustaba. *Alondra, anda pidiendo el taxi* dijo Milena. Y doña Vero *te ves muy bien hijo. Te ves buenmozo* y Juan *ay mamá, no sigas*.

Gracias a dios Carmen se fue a trabajar, porque si no estaría reventándome la paciencia con fotos. Y Milena señora, ha sido un gusto verla que este bien, pero ya debemos irnos, porque si no su hijo va a cambiar de parecer. Traeré a Juan temprano y doña vero no te preocupes hija. Se lo mucho que duran estas fiestas.

La angustiada madre despidió a los 3, no sin antes decir un dulce pórtate bien. *No te prometo nada mamá. De repente regresamos siendo 4. Quizás 5 contando con Alondra* dijo Juan señalando la barriga de ambas. Alondra no hizo gesto alguno y Milena se echó a reír. Subieron al taxi rumbo a la fiesta con la esperanza de pasarla bien.

Lucia despidió a Juliana y Fernando del departamento. Se habían reunido en San Borja, en la casa de Juliana para realizar unos previos, conversar y tomar algo. Llegó el taxi y los condujo a un departamento que quedaba en el cruce de la avenida Santa Cruz, Del ejército y Pardo, en donde desembocaba en un óvalo.

Un departamento de 12 pisos cuya antigüedad no pasaba los 3 años y cuyo nombre era Gran Canaria. Al llegar, subieron al décimo piso. Fernando tocó la puerta y los recibió una chica.

- Fernando. Hace mucho no se de ti. ¿Cómo has estado?
- Hola Silvana. Te ves bien. Déjame presentarte a Juliana, mi enamorada. Amor, ella es Silvana. Es enamorada de Eduardo, el dueño del santo.
 - Silvana saludo a Juliana invitándolos a que ingresen.
- ¿Está tu marido?
- Si imbécil, está terminando de calentar la parrilla. Llegas justo a tiempo. Nos cagamos de hambre. – dijo Silvana

Eran 4 parejas las que estaban en aquel departamento. Eduardo y Silvana, quienes eran pareja desde finales de primaria; Antero y Carmen quienes llegaron 20 minutos antes que Juliana y Fernando; y Alejandra y Javier quienes querían también, como todos, olvidar alguna responsabilidad académica.

Fernando valoraba mucho a Eduardo. Eran muy buenos amigos. Conversaban, hablaban de la universidad, de que países habían visitado hace dos años y otras cosas. Los chicos estaban afuera en la terraza del departamento con una botella en la mano cada uno y las chicas estaban en la sala conversando y hacían que Juliana participe más. No tenía la labia para conversar con confianza con personas que recién conoce, pero no se sintió incomoda en ningún momento.

- El año pasado fuimos de vacaciones a la India. – dijo Silvana – Lo malo es que fue un mundo llegar ahí. Ya me olvidé la cantidad de escalas que hice ahí.
- Yo me fui a Costa Rica por una semana también. – dijo Alejandra – Estuvimos en San José, Puntarenas y Alajuela. Ahí es barato. Y como el país es del tamaño de San Borja, nos dimos tiempo de conocerlo bien.

- ¿Tú tienes planes de viajar Juliana? – pregunto Carmen – Tú no eres de Perú ¿verdad?
- No, soy de Argentina. Mi mamá es peruana. Viví ahí bastante tiempo hasta que decidimos venir acá a Lima a vivir definitivamente.
- ¿Y qué tal? ¿Te gusta? – dijo Alejandra pasándole un poco cerveza
- Sí, no me quejo. Ya tengo un par de años. Todavía no se me va el acento.

Juliana, Alejandra, Carmen y Silvana la pasaron bien. Estuvieron conversando por un largo tiempo con un vaso de alcohol en una mano y un cigarro en el otro. Mientras que, en el otro lado, Eduardo se ponía al día con las cosas.

- Oye tu flaca está bien rica. Te felicito – dijo Eduardo a Fernando – Es flaquita, pero tiene su gracia.
- Si lo sé. No te niego que fue muy rápido, pero estamos bien. Conocí a su vieja, salgo con su grupo de amigos y cosas como esas. – dijo Fernando - ¿Cuándo te vas a México?
- En un par de semanas. Lo que pasa es que, con esto del intercambio, mis papás quieren pasar más tiempo conmigo. Dentro de poco me voy a Cuzco a pasar algo de tiempo con la familia. Así que me tendrá de viaje a viaje. Era hoy o nunca.
- Extrañare tus cojudeces. – dijo Antero dándole lapsos y cachetadas como muestra de cariño. Entre todos le hicieron un apanado.

Llegó las 10 y media de la noche y la música estaba en un volumen razonable. El humo de cigarro, la cerveza y el vodka eran el ambiente manifestado en aquel hogar. Alejandra ya estaba un poco picada de copas. Juliana ya se había fumado una cajetilla junto con Silvana y Carmen. Por lo general, en una reunión de este tipo, hay un tiempo en donde los sexos se dividen, y eso es lo que pasaba. Hasta que Eduardo tomó la iniciativa y propuso a todos jugar verdad o reto, lo cual sonaba algo interesante puesto que 2 de 4 chicas estaban un poco pasada de copas. Se sentaron en parejas alrededor de la mesa y todos tenían una botella de cerveza.

Juliana y Fernando se sintieron un poco nerviosos pero expectantes. Iniciado el juego, Carmen escogió a Fernando que, sin dudarle, dijo *verdad. ¿Qué intenciones tienes con Juliana?. Y él nada. Las mismas que tú con Antero. Ser una pareja estable, conocer más a su familia. Esto es todo. No voy rápido. Todo a su tiempo* dijo esto besando a

Juliana.

Conforme fue avanzando el juego, la intensidad crecía. Las verdades se volvieron un poco incomodidad y los retos ni que decir. Alejandra preguntó a Carmen y ella respondió *reto. Sácate el sostén sin sacarte la blusa*. Ella llevó sus manos a su espalda, tomó la parte final de la dicha prenda y se lo quitó, alzando su brazo derecho en señal de victoria y sonriendo.

Juliana vio que era un juego un tanto sexual. Sudaba un poco, porque nunca había jugado algún tipo de juego como este. Dentro de las cosas que se dijeron después fueron una pose sexual favorita, el lugar más raro donde has tenido sexo, comprar un consolador por internet, la cosa más rara que has dicho durante el coito. Hasta que llegó el turno de Juliana.

No quería decir verdad, puesto que esos temas sexuales no eran de su agrado siquiera comentarlas. Asumió que el reto sería muy fácil y con ello, poder inventar cualquier disparate.

- Chúpasela a Fernando – dijo Carmen. Todos estaban exaltados al oír eso.
- Oye, no tenemos que hacer eso. – dijo Fernando
- No, te equivocas. Hemos pasado una hora con esto y nadie se ha negado a nada. Además, ella ha tenido la suerte de los principiantes. Una hora para que recién participe. Así que has lo tuyo Juliana. – ella se quedó atónita, afligida, ida. Tenía miedo sobre el sexo. Los demás gritaban en coro Juliana a viva voz. – Aparte, es tu flaca. Deberías alegrarte por hacerte el favor. – dijo Carmen
- Tranquila, nadie va a ver eso. Si quieren privacidad, pueden irse al cuarto de al fondo. Pero para corroborar, una de las chicas va a corroborar en la puerta. - dijo Silvana

Juliana tomó del brazo a Fernando. Luego de haberlo pensado bien, lo llevó al cuarto. Detrás de ellos, iba Alejandra. Ya la puerta estaba junta y la chica estaba pegada en la puerta. Juliana estaba ya con Fernando y Alejandra se apoyaba para oír algún gemido.

Se arrodilló y lentamente le bajo el cierre. Con repugnancia, vio su sexo que estaba medio izado. Fernando no quería mirar, pero tuvo que ver abajo por impulso. Juliana acercó su boca y comenzó a consumirlo. *Cállense carajo, no oigo ni mierda* dijo Alejandra. Al fin pudo oír y escuchó que Fernando gemía y que Juliana hacía ruidos con la boca. Estuvieron así por un par de minutos. Al terminar, ella se paró sin decir nada. Fernando abrió la

puerta ante la mirada de los demás. Juliana salió de ahí asqueada. *Un aplauso para esta pareja por favor, y uno más fuerte para Juliana que lo hizo muy bien* dijo Alejandra. Fernando disfrutó, pero no como debería, porque sabía que era la primera vez que ella hacía estas cosas. Juliana se sentó en el sofá mirando al suelo. No respondía a las llamadas de los chicos. Hasta que, en una de esas, vomitó encima de los zapatos de Silvana y Carmen. *Tranquilos, está bien. Solo ha tomado muchas cervezas* dijo Alejandra.

Milena, Alondra y Juan habían llegado a la fiesta a las 11. Al ingresar, sintieron un bochorno horrible, ya que el local no tenía ventilación.

Habían puesto una bachata para bailar. Milena y Juan fueron por algunos tragos y a conversar con amigos en común, quienes se veían sorprendidos de que él estuviese ahí. Alondra les perdió el rastro, pero pudo ver a Luis que estaba en el otro lado. Fue hacia él y le contó la situación.

- ¿No sabías de esto? – dijo Luis
- No para nada. Hace un par de horas recién me enteré. Dijo que había comprado 2 entradas. – dijo Alondra.
- Necesito que ella este acá cerca. Debo conversar con ella. Esta hermosa. – dijo Luis mirándola a lo lejos.
- ¿Dónde están tus amigos?
- Los perdí de vista. Por ahí debe esta mi primo también. Deben estar por la puerta. Ah, mira. Ahí están. – Efectivamente ellos estaban en la puerta. Parecían mocosos que nunca habían ido a una discoteca. Al moverse ese grupo de la entrada, entraron una pareja.
- Yo reconozco a esa chica. – dijo Alondra. Fue a dejar a Luis junto con sus amigos y fue en busca de Milena.

En el

centro de la discoteca, hubo un chico muy cordial que estaba haciendo de animador. No lo hacía nada mal. Fue así como llamó a todos para una competencia, que por cierto era totalmente diferente a la que había realizado Juliana.

Habían llamado a parejas para participar en un concurso de canto. Milena sabía cantar muy bien, pero no sabía si Juan podía seguir la corriente por lo que tomó su brazo. *Ven, vamos* dijo Milena y él *no se cantar* y ella *yo tampoco, pero no me importa tu opinión*. 5 parejas estaban en el centro, 10 personas por carrera.

Podían cantar cualquier género musical siempre y cuando tuviera una palabra que el animador, de nombre Ezequiel, diría en voz alta. Las 3 primeras parejas que adivinaban pasaban a una siguiente ronda. Fue un verdadero reto porque solo ellos conocían temas de rock en español y una que otra canción. Empezó diciendo *cuidado*, fue que los de derecho y filosofía cantaron *vas a ver, que no se juega con alma ajena mujer*, llevándose la primera

clasificación. *Ánimo, Juan* dijo Milena.

La siguiente palabra fue *hombre* y alzaron la mano muy rápido los de psicología y turismo diciendo *no quiso hacerte daño, no le guardes rencor. Perú* fue la siguiente y Juan tomo la iniciativa al fin diciendo *por esa sangre negra que el atlántico cruzó, es por lo que yo canto el ritmo negro del Perú*. Milena se puso a bailar festejo alrededor de Juan, quien había seguido hasta terminar el coro. Los demás, y por demás señalo a los chicos, no quitaban el ojo a Milena. *Oye tienes ritmo* dijo ella.

Para la siguiente ronda, las 3 parejas representaban a las 6 carreras restantes. Emilia estaba en la parte de baranda lateral. *Mira Gonzalo ahí está Juan con una chica y él se llama Milena, fue una compañera del curso y ella no sabía que la conocías. A mí no me cae del todo. Le dije a Juan para que venga conmigo y no quiso*. Ambos siguieron viendo lo que hacían. El juego ahora era de adivinar las canciones. Sonaba la pista musical y uno tenía que correr hacia Ezequiel por el micrófono.

La primera canción era de los prisioneros, porque no se van. Psicología y turismo prendieron a la gente, haciendo un canto general y a la vez gritaban ¡Fuera Torres!. *A ver, yo también apoyo esa huevada, pero hagamos silencio* dijo Ezequiel.

La segunda canción fue la más densa. Comenzó con un piano tranquilo y provocador que se completó a un riff eléctrico. Juan no tenía dudas. Era Cerati y era el unplugged. Juan fue a por el micrófono y llevó a Milena de la mano. *¿sabes en la ciudad de la furia? Y ella solo el coro y él me basta y sobra*. Juan comenzó a cantar y miro los ojos de la chica que tenía a su lado. Vio sus ojeras, sus retinas y esa sonrisa de niña infantil que muy difícil la vida se la va a quitar. Ella solo le quedó actuar de cómplice y cuando empezó a cantar el coro, tomó el cuello de Juan y siguió cantado. Juan quería mucho a Milena. Podía ver su cuerpo, sus piernas, pero para él solo le vasto verle el rostro y tocarle las mejillas.

Un hombre al lado prefiere esta noche, fue la última frase de la canción. Terminaron y ambos miraron al suelo avergonzados quizá de mostrar tanto afecto. Los que estaban alrededor aplaudieron. Los únicos que no lo hicieron fueron Alondra, Emilia que se había mortificado al ver esa escena y uno más.

- Ese hijo de puta me la va a pagar. Le voy a sacar la mierda. - dijo Luis con una ira dantesca.

29

Milena y Juan habían salido un momento de la fiesta argumentando de que se morían de calor

- Estas toda mojadita
- Hace demasiado calor. No entiendo porque han escogido este local. Uno se va a morir asfixiado.
- Oye me cague de risa por lo que dijeron a Torres. Se nota que nadie quiere a esa huevona de profesa.
- A mí también. Se lo tenían aguantados

Milena decidió caminar un poco con él hacia un parque que quedaba a una cuadra. Necesitaban tomar oxígeno.

Era un lugar que quedaba al frente del museo Larco, lo suficientemente amplio para que ciertas parejas hagan sus primeros coqueteos.

- ¿Te has dado cuenta si Emilia vino? – dijo Juan
- No pienses en ella por una vez en tu vida. Estamos bien así.
- Me ofreció para que vayamos los dos a la fiesta. Le dije que no, pero no sé por qué. A lo mejor quería evitar hacer el ridículo.
- Ya pasó Juan. No hablemos de ella – dijo eso terminado de doblar en la calle que daba al parque.

Gonzalo había llevado a Emilia al centro del parque. Sabía que se había sentido poco cómoda al ver a Juan con Milena, y eso sumado al calor del lugar, optó por llevarla lejos de toda esa gente.

- ¿Estás bien? – dijo Gonzalo.
- Si, estoy bien.
- No te debes sentir así por él. A lo mejor son personas que se quieren mucho.
- Lo sé. – dijo Emilia - ¿Trajiste el carro?
- Lo tengo estacionado acá cerca. De hecho, no he tomado nada de alcohol para poder manejar. ¿Por qué? ¿Te sientes mal? – dijo él llevando su mano al de Emilia
- No, estoy bien, enserio. Solo lo quería saber.
- Emilia, hay algo que yo te quería decir hace tiempo. Con el trabajo y las cosas, no me dieron tiempo de decirte eso. Pero, estamos en un

lugar preciso. – Emilia lo vio y llevó su mano a su mejilla. Sin embargo, hubo algo en su mente que le hacía pensar en Juan mientras le seguía sobando con su mano fría. De repente fue la culpa o algún tipo de sentimiento esquivo.

Fue así como Juan y Milena llegaron al parque y pudo reconocer a lo lejos el pelo enredado de Emilia y su típica cruzada de piernas. No podía reconocer a Gonzalo, pero a medida que avanzaba supo ver quien era. *Deberíamos irnos de aquí, debes dejarlos solos* dijo Milena. Juan hizo caso omiso y se acercó poco a poco a ellos. Ella no le soltaba el brazo y fue así como llegaron a la banca donde estaban.

- Hola Emilia ¿Cómo estás? – Ella respondió el saludo un tanto nerviosa, teniendo un ojo en él y el otro en Gonzalo. - ¿Sucede algo?
- De hecho, si sucede algo. – dijo Gonzalo mirándolo directamente - Estoy enamorado tu amiga. – Juan se tornó furioso. Oír esa frase hizo recordar toda vivencia con Emilia durante tantos años. Las veces que salieron a comer, los miles de anécdotas, los chistes y las risas y todo aquello, fue resumido en furia. No se veía molesto, pero si los ojos hablaran dirían que él era la cólera en persona. Milena estaba un poco conmovida por lo que oyó. Emilia quedo boquiabierto mirando a Gonzalo.
- Bueno, te felicito – dijo Juan – Bueno. ¿Te vas con él o vienes conmigo?
- Juan..... Juan – dijo Emilia entrado en miedo y pavor. No tenía planeado oír eso. – Juan, yo me voy a mi casa. Me voy a ir a pie si yo quiero. Tengo suerte de que mi casa este a pocas cuadras, no me importa irme caminando. Solo quiero salir de aquí.
- Emilia, no te vayas. – dijo Gonzalo.
- Perdóname, Gonzalo. Pero quiero estar sola. Necesito pensar. – dijo Emilia incorporándose.

Tras poner de pie, fue a paso rápido hacia su casa. Se fue avergonzada mirando al suelo. Gonzalo y Juan vieron cómo se iba. Milena no dejaba de pensar en Juan.

- Viste lo que has hecho huevón. Me llegan al pincho los huevones como tú que joden a Emilia a cada rato. No me conoces lo suficiente, lo sé. Pero la amo – dijo Gonzalo molesto

- Tu no la amas. Déjate de engañar.
- Juan, déjalo. Deberíamos irnos, que tengo que buscar a Alondra – dijo Milena para tratar de calmar las cosas.
- Lo ves. Anda ve con tu flaca y deja que yo tenga la mía.

Milena agarró el brazo de Juan y Gonzalo vio cómo se iban. Al llegar a la cuadra, Juan volteo para volver a verlo. Él se había parado del banco y se fue a la calle, se detuvo y a lo lejos le saco el dedo medio.

30

Alondra estaba sentada en la barra tomando un trago. Se había bebido un par de chilcanos para la sed. Estaba preocupada porque hace tiempo no veía a Milena. Sin embargo, el más angustiado era Luis, quien no veía las horas de romperle la cara a Juan.

- ¿Oye todavía no te encuentras a tu flaquita?
- No es mi flaca Daniel. No te lo voy a repetir huevon. - dijo Luis – Y no. No la he visto. Sigue con ese hijo de puta.
- ¿Sabes que deberíamos hacer los dos? – dijo Daniel – y lo digo para que te relajés y dejes esa tensión. Mira a tu izquierda, la de pelito negro – Luis volteo su cabeza y señalo a Jazmín, una estudiante de ingeniería industrial, de la más hermosas de la Ruiz – Tiene un culazo bien rico. Estaría paja tirarse un polvo con ella.
- ¿Trajiste un gorro? – haciendo referencia a un condón.
- Si, obvio. Vi que hay un hostel 4 cuadras más arriba.
- Si la haces huevon. Yo iré a buscar a Alondra.

Gonzalo fue a buscar a Alondra y la encontró en el bar pequeño, lamentándose por no haber pasado siquiera un momento a solas con Milena.

- No he podido conversar con Milena hasta ahora.
- Creo que se fue Luis. Lo lamento. – dijo Alondra algo resignada.
- ¿Pero ella te hubiera dicho algo?
- Hace tiempo no la veo. La última vez que la vi estaba en ese juego de hace ratito en el centro cantando con Juan.
- ¿Crees que se haya ido?
- Creo que está perdida. Bueno, al menos quiero creer eso. Debe estar por ahí.
- De acuerdo. Voy a darle 10 minutos. Solo 10 Alondra. Si no aparece, me largo solo. Deje a Luis porque está tratando de ligar con Jazmín.
- No seas huevon – dijo Alondra – Ella no quiere con nadie. Soltera se le ve mejor.
- Es que Daniel no la quiere enamorar, si sabes a lo que me refiero – Alondra se quedó callada.

31

Milena llevó a Juan a tomar unos tragos, creyendo que eso lo iba a sentir mejor. Pero desde que vio a Emilia junto con Gonzalo, y más aún que él había declarado su amor, quedó nublado. No sabía que decir. Horrorizado, enojado, ido, malhumorado, así es como se sentía Juan. *Toma un poco para que se te pase* dijo Milena y el *me quiero ir Milena, lo siento. No me siento muy bien. No debo decirte la causa, porque ya lo sabes. Lo sé, ¿quieres irte?* dijo ella y él *sí, lo siento. No quería que acabara así.* Milena fue muy comprensiva. Dejó a Juan en el bar y fue a buscar a Alondra para poder irse en grupo, ya que la hora se acercaba al fin.

Milena fue rápido en busca de Alondra y la encontró conversando con un grupo de amigos entre los cuales estaba Jazmín.

- Milena, ¡¿Dónde has estado?! - dijo ella
- Estuve con Juan. Está muy mal. Tuvo una pelea y me pidió para irnos porque no se sentía bien - Fue así como Daniel se apareció llevando un par de cervezas en la mano. Milena dijo un qué tal poniéndose un poco roja. En el fondo se hacía de la vista gorda. Daniel seguía de testarudo
- Te ves muy bien Milena. – dijo él
- Gracias. Alondra, ¿podemos irnos? - dijo Milena incomoda
- ¿Pero qué pasa? Es muy temprano. Mira la gente que todavía hay. – dijo el
- Daniel tiene razón Milena – dijo Alondra – aparte yo no me he podido divertir ni mierda contigo porque durante todo este tiempo has estado con Juan.
- ¿Qué tienes en contra de Juan?
- ¿Qué que tengo? Y todavía me lo preguntas. Has estado con ese tipejo en la mente desde que te vi. Has bailado, has cantado, has tomado con él. ¿Y yo qué?
- Deberías hacerle caso a tu amiguita. Quédate nomas. Las vas a pasar bien.
- Daniel, cállate – dijo Milena

Seguían discutiendo el par de amigas que ahora parecían enemigas.

Mientras eso pasaba en la parte de arriba, Juan seguía bebiendo y conversaba con Ezequiel, quien disfrutaba la conversación con un poco de alcohol. Alguien se le acercó y le dijo al oído:

- Escúchame. No voltees porque va a ser peor. Hay un chico que te quiere sacar la mierda. Has estado con su pareja durante toda la noche. Esta algo caliente y con los tragos sueltos. Te sugiero que te vayas. Por favor, no me conoces, perosolo vete.
- ¿Quién es ese huevón para joderme la paciencia? – respondió Juan

El chico era un amigo de carrera de ingeniería y lo último que quería era una bronca proporcional. Al principio Juan sintió temor, pero nadie le iba a obligar ni a mandar. Lo que quiera era buscar a Milena. Mantuvo la calma y siguió conversando con Ezequiel. *Todo bien hermano y él sí, pero por si acaso necesito que si pasa algo llames a la policía y Ezequiel ¿todo está en orden? Y Juan por favor, hablo en serio. Mantén tu celular en la mano.*

Ezequiel tomo precauciones al oír eso e hizo caso a Juan. Siguió conversando con él tomando ya un vaso con agua. Pudo sentir que Juan estaba algo tenso y ansioso por no encontrar a Milena, que seguía conversando tontamente con la engreída de Alondra. De pronto, un tipo se acercó.

- Hola. Podrías salir un ratito afuera
- No, aquí estoy bien gracias.
- No fue una pregunta. Sal ahorita. – Juan dejó un silencio de 10 segundos y asentó la cabeza a Ezequiel
- Oye conchatumadre ¿Te lo tengo que volver a decir? – Juan volteo para verle la cara.
- Así que has tenido la conchudez de venir a por Milena. Eres una basura huevon. Las mierdas como tú no deberían estar detrás de ella.
- ¿A quién chucha has llamado conchudo huevon? – Luis se acercó hacia el intempestivamente y lo miró a la cara
- ¿Qué? ¿Me vas a pegar?
- Te jodiste hijo de p... – Juan lo escupió sin que pudiera decir puta y todos vieron esa escena. Se hizo a un lado y fue hacia la puerta retirándose hacia otro lugar. Estando molesto e iracundo, Luis agarró una botella de cerveza y apuntó a su cabeza. Para su mala suerte, Luis

no tuvo puntería. El vidrio rebotó en la pared.

Ven aquí conchatumadre dijo Luis agarrando a Juan y tirándolo al piso. Le propicio a su estómago varias patadas. *¿Quién se está peleando en la puerta?* dijo Jazmín señalándola.

Luis empezó sin mi carajo dijo Daniel corriendo hacia la puerta. *¿Luis está aquí? Pensé que era una broma* dijo una empalidecida Milena. Alondra no supo que decir. Luis seguía dándole unas patadas en el suelo y con la llegada de Daniel, fueron más. Cogió a Juan por los hombros. *Vamos con ganas* dijo Daniel y *él toma mierda. Te cagaste hijo de puta.* Ezequiel estaba adentro, pero ya había realizado la llamada a la comisaria del sector. Salió y fue a ayudar a Juan.

Agarro a Luis por la espalda y lo cargó apartándolo de todo. *Por favor sin violencia, no queremos que venga la policía* dijo Ezequiel. Luis le dio un puñete y dijo *grave error.* La bronca se volvió por parejas. Juan pudo sostener a Daniel dándole un par de puñetes a la altura de la cabeza. Al terminar, fue hacia Luis y Ezequiel. Agarró al segundo y le dijo a Luis *ya está bien, córtala enserio. Ya tuviste tu circo. Ya peleamos como huevones. Coge a tu primo o quien chucha quiera que sea y lárguense.*

Milena fue hacia Juan y Ezequiel maldiciendo el día que conoció a Luis, que él no tenía ningún derecho de hacer esto. *Te pasaste, eres un mocoso de mierda. Y ni creas que voy a volver contigo hijo de puta* dijo Milena malhumorada. *Jazmín, ahí tienes al primo de Daniel, un imbécil que solo saber buscar pleitos. ¿A poco no es un amor y quieres tirar con él? ¿Eh? Si, te quería llevar a un hotel y tu caíste redondita.* Jazmín no dijo nada y enrojecida de la vergüenza, fue por sus cosas. Luis ayudó a pararse a Daniel. 5 personas habían hecho un muro invitando a que se vayan.

Son todos tan hipócritas. ¿Por qué recién hacen esto? ¿Les gusta la pelea acaso? ¿Acaso se siente de puta madre grabar para luego subirlo y burlarse? Uno lo sube a su perfil, a una página y les hare la vida imposible dijo Milena.

Nunca había estado con esa calidad alta de mal humor. Juan la tranquilizó diciendo que estaba bien. Ezequiel tenía un moretón a la altura del ojo. A Juan le habían masacrado el estómago y parte de la rodilla izquierda. Milena tenía el número de Carmen, la hermana de Juan.

No dudó en llamarla. Juan le agradeció a Ezequiel por haberlo ayudado y quería disculparse por el moretón que tenía. *No tienes de que pedir perdón Juan, eso huevones no iban a entender.* Seguían afuera en un lado de la puerta. Ya no sonaba música, ya la gente se comenzaba a ir. Alondra, que continuaba perpleja de todo lo que había pasado, dijo:

- ¿Quieres que te ayude en algo?
- Tu eres la última persona que me va a ayudar. ¿Feliz con lo que acabas de hacer? – Alondra se convirtió en silencio.

Habían pasado 5 días de aquellos incidentes. Las cosas ya estaban más tranquilas. Juan tuvo que ir en esos días a la clínica donde trabajaba su hermana Carmen, quienes dijeron que no había nada de qué preocuparse, que solo eran unos cuantos moretones. Al principio creyeron que era un hematoma. Sin embargo, al tomarle diversas placas, descartaron esa hipótesis. Eso sí, mantenía el mismo dolor, por lo que fue un poco difícil de caminar. Doña Vero fue la que más sufrió al ver su hijo en ese estado. Al verlo, creyó que habían sido unos pandilleros quienes lo habían atacado.

Carmen fue la más calmada en toda esta situación, puesto que en su mente tenía la idea de que pudiera pasar algún día cosas como esta. *Esta en la edad de pelearse por chicas* dijo ella. Fue la madre quien se propuso a hacer las cosas en la casa, como cocinar, atender y demás. Era un enfermo para ella. Ese amor de madre es muy lindo, pero a la vez muy cansando, pensó él. Se había olvidado de la universidad y había pedido a los demás que les pasaran los apuntes y demás cosas para mantenerse al tanto. Fue en estos momentos en donde una vez, Doña Vero hacía su ritual nocturno para rezar. Habló con su esposo poniendo de medio de comunicación su voz y la sala.

¿Qué dirías tu cuchi? ¿Qué le dirías a Juancito para que este bien? Tú sabes más que yo de estas cosas. No sabes cuanta falta me haces. Gracias por protegerlo desde arriba y gracias corazón de Jesús y a ti virgen por protegerlo con tu manto dijo doña Vero teniendo una hincada en el cuello de la tristeza.

Al día siguiente, Juan se encontraba mucho mejor y ya había decidido ir a la universidad.

- ¿Cómo has amanecido hijo?
- Bien, mamá. Ya estoy mejor. Ya puedo caminar mejor. A pesar de que los moretones siguen ahí, ya no siento dolor.
- Me alegro mucho hijo – dijo Doña Vero levantándose – Te voy a servir tu desayuno.
- Mama, no es necesario. Estoy bien. Quédate ahí sentada que yo me puedo atender. No soy ningún enfermo. – Juan se fue a la cocina por una taza de café.

Conversaron como todas las mañanas sobre la política, algún capítulo policial que la mamá solía ver todos los días en la casa y diversas cosas de las cuales hablarían un hijo y su madre. Pero llegaron a hablar de la fiesta.

- ¿Llegaron a ir los policías?
- Sí, llegó a ir la policía. Yo ya no estaba porque Milena llamó a Carmen para que me llevaran a la clínica. No me sentía bien. Dijeron que habían encontrado a esos mocosos haciendo disturbios por la avenida Brasil. Así que pues, parecen que fueron a la comisaria.
- ¿Y no te llamaron a ti hijo para declarar algo?
- No. Ezequiel fue el que llamó y reportó a los dos muchachos. Había conversado con un chico que había grabado el momento en el que me arrojó la botella
- Ay bendito seas señor que no te llevo a la cabeza.
- Mi papá me protegió. – dijo Juan agarrando el hombro de su madre – Tú sabes que yo no soy problemático vieja. Si tomé, pero no hice escándalo. No debí reaccionar con golpes, pero eran 2 contra uno. Debo agradecer a Ezequiel por haberme ayudado.
- Lo se hijo. Me siento más tranquila. Me alegra verte mejor.

Aquella tarde, él iba a volver a la universidad. Tenía que seguir yendo al doctor, pero gracias a dios se volvió una cosa de rutina. Se despidió de su mamá. Al llegar a la avenida circunvalación, notó que la vía estaba saturada de vehículos. Solo para voltear en la avenida Canadá era un martirio. De ninguna manera iba a darse el lujo de pasar 2 horas para llegar a la Ruiz, que con una era suficiente. Para evitar todo ese mal rollo, Juan caminó rumbo al trébol de Javier Prado y esperó a que pase un colectivo que le permita ir desde ahí hasta la Avenida Sucre con La Marina.

Llegó ahí, subió al colectivo y pagó los 5 soles de antemano. En el trayecto recibió varios mensajes en su celular. Era Milena. “*Hola Juan*”, “*Espero que estés bien*”, “*¿Quería saber si te podía encontrar más tarde?*”, “*Hace mucho no se de ti*”. Juan vio los mensajes y solo respondió con un *no te preocupes, te veo luego*.

Llegando a la vía expresa, al conocido zanjón, recibió una llamada. *¿Pero qué pasa? Estoy bien*, dijo en su mente. Vio su celular y notó que la que llamaba era Juliana.

- Hola Juan
- Hola Juliana
- ¿Sabes? Hace poco me entere de lo que pasó en la discoteca. Fabiola me contó. ¿Cómo estás?
- Estoy bien. Justo iba para la universidad, tengo clase más tarde.
- No, pero te pregunto ¿cómo estás de salud? – dijo Juliana con voz lenta – ¿Estas tomando medicinas? ¿Qué te han dicho los...?
- Juliana. – interrumpió Juan – Estoy bien. Cuando terminó la pelea, Milena llamó a mi hermana que trabaja en la clínica y me atendieron bien. No hay problema. Tomo pastillas y unas cuantas cremas para la hinchazón. – Juliana respondió aliviada - ¿Qué tal la reunión?
- ¿Cuál reunión?
- ¿Cómo cuál? La que me dijiste que tuviste con Fernando
- No hablemos de eso Juan – dijo ella – Mejor lo dejamos para otro día. ¿Te parece?
- ¿Tan mal estuvo?
- Solo no quiero hablar de eso Juan. Ya habrá tiempo de contar, pero lo último que quiero recordar es eso. Espero poder verte luego

Juan comprendió a Juliana y supuso que no estaba del todo bien. Sospechó, por el tono de voz, de que la reunión en aquel departamento no fue del todo buena. Conociéndola, hubiese preferido estar mil veces en la discoteca. El carro siguió su dirección rumbo a la Avenida Sucre.

Emilia no pudo digerir lo que había sucedido el sábado pasado. Cuando escuchó esa declaración de amor por parte de Gonzalo, no supo que decir y fue a su casa sin ánimos de responder. No pudo dormir aquella noche y no le importó encontrar a su padre Luis Felipe sentado en el sofá esperándola. *Papá no quiero hablar con nadie. Solo quiero dormir* dijo ella sollozando.

Se echó a su cama sin desvestirse y miró el techo de su habitación pensando lo que iba a hacer en los siguientes días. Recordó aquella mirada de Juan cuyos ojos representaban su cólera y su impotencia. Nunca había visto a Juan así. No quiso recordar nada más y se fue a dormir con la esperanza de olvidarlo todo.

Pasaron los días y llegó al viernes. Había recibido un mensaje en su celular mientras estaba en la mesa escribiendo unas cosas de sus cursos. Su hermana Rafaela había pasado a su costado y vio que el dueño de ese mensaje tenía por nombre Gonzalo. Usualmente no era de meterse en sus cosas, pero sentía la obligación de intervenir.

- ¿Quién es ese chico? -dijo Rafaela - ¿Acaso ya tienes pareja?
- ¡Baja la voz Rafaela! – dijo ella procurando de que su madre y sobre todo su padre no oigan eso
- Bueno, pero cuéntame lo que pasó – Emilia no tuvo opción, porque sabía lo espesa que podía ser su hermana
- Está bien, pero cállate. Y deja de ver mi celular que yo no veo el tuyo. Lo que pasa es que el sábado de la fiesta pasaron muchas cosas
- ¿Qué pasó? Desde aquel día estas muy rara.
- Había pedido salir con Juan para ir a la discoteca con él, pero me dijo que no porque no le gustaban las fiestas y ese rollo. Como yo tenía ganas de ir, seguí buscando a alguien para ir. Así que llamé a Gonzalo, que era un amigo con quien hice grupo y nos llevamos bien. Fuimos a la fiesta y ambos la pasamos bien. Pero había visto que Juan si había ido, y estaba con una chica.
- ¿Y te dieron celos?
- Rafaela en serio, no digas tonterías. Te digo eso porque Juan me dijo una cosa y a la final hizo otra. La cosa es que fui con Gonzalo y salimos un poco a tomar aire porque hacía calor. Estábamos en la banca de un parque que estaba a la vuelta. Me quería decir algo

importante. Fue ahí que vino Juan con su amiguita y Gonzalo dijo que estaba enamorado mí.

- Eso es muy denso. ¿Y qué hiciste? ¿Dijiste algo?
- No, no sabía que decir. Me paré y me vine a la casa. Me sentí horrible a medida que me estaba yendo.
- Si sabes que has metido la pata, ¿verdad? – dijo Rafaela – Dejaste a los dos así por así, y el más afectado fue Gonzalo. Debiste decir algo. No puedes irte así nomás de una situación incómoda. Lo vas a hacer sentir mal a Gonzalo. Yo de ti hablo con él.
- ¿Tú qué harías?
- Te lo acabo de decir Emilia, solo que no sabes escuchar. Sé que en estos casos eres egoísta. No piensas en los demás y solo piensas en ti. Me tengo que ir. Hablamos luego. – dijo ella despidiéndose de su distraída y confundida hermana.

Fue a ver el celular para ver los mensajes que había mandado Gonzalo. En ellos, pedía para verse luego de clases. Emilia lo pensó un poco, porque no quería dar un paso en falso. Quería explorar bien sus sentimientos, y era su deber, para salvaguardar su tranquilidad, conocer sus intenciones.

Gonzalo estaba escuchando música en su carro mientras esperaba a que Emilia salga de su clase. Eran las 4 de la tarde. Tenía un cigarrillo electrónico en la mano para botar la ansiedad. Las ventanas estaban húmedas, quizá para ocultar lo tenso que se encontraba y que nadie pudiera verlo.

Pasaron 10 minutos y Emilia salió por la puerta lateral de vidrio que estaba cerca. Ella vio el auto estacionado y fue hacia la puerta de este.

- Gracias por venir – dijo Gonzalo – Hace tiempo no sé nada de ti. Supuse que no querías conversar conmigo luego de lo que pasó.
- No es eso. Fue todo tan rápido. No sabía qué hacer. Fue un impulso y listo. Lo único que quería hacer era salir de ese momento incómodo.
- ¿Pero por qué te fuiste? ¿Fue por lo que dije o porque vino Juan?
- No lo sé Gonzalo. Fue todo muy rápido. Creo que fue lo que me dijiste. En verdad no lo veía venir. – dijo Emilia acomodándose el cabello.
- ¿Tan malo se oyó?
- Ósea no. Me gustó mucho tu gesto, en verdad. Pero nunca pensé que iba a ir Juan al parque. Eso me desubicó.
- Ya lo veo. ¿Has hablado con él?
- No. No he hablado con él. – Gonzalo sabía lo que le había pasado Juan luego de verlo en el parque, pero para no cortar el momento, decidió ocultarlo. – Debe estar mal, pero no sé por qué....
- Oye, está bien. Ya no hablemos de él. Ya habrá tiempo para que te comuniques con él. En serio. Me alegra verte. – Gonzalo puso su mano en el hombro de Emilia. Y no pudo evitar ver sus labios. Eran labios delgados, pero suaves y deseables. Gonzalo se acercó poco a poco. Emilia le siguió la corriente, incluso con los fantasmas que le hablaban de que se alejara. Terminaron besándose. Tras un breve momento en donde ambos tenían la mirada abajo, Gonzalo siguió.
- Mi idea era hacer esto en el parque. Hubiese sido mejor allá y no aquí en mi carro. – dijo Gonzalo – Me gustas mucho y quiero estar contigo.
- Yo también quiero estar contigo Gonzalo. – dijo mirándolo fijamente.

Gonzalo y Emilia empezaron una relación, pero él quería ser más especial. Propuso a Emilia conversar en un sitio más íntimo; alejándose del

resto.

- Te llevaría a mi casa, pero esta hecho un desorden.
- ¿Y a donde quieres ir?
- Te llevo a un sitio que está cerca de la Ruiz. Míralo como una sorpresa.
- ¿A dónde?
- Ya verás – dijo Gonzalo

Prendió su auto y salieron en dirección a un hotel que quedaba cerca de la Ruiz, en la Avenida Sucre. Emilia reconoció el sitio, puesto que, como vecina de ese distrito y recurrente peatón, sabía dónde estaba.

- ¿Por qué vinimos a un hotel?
- No, tranquila. No voy a tener sexo contigo hoy. Solo es un lugar con privacidad. Podemos conversar más tranquilo
- Pensé que me ibas a llevar a un parque, al malecón, cosas así.
- Emilia, no quiero hacer eso que tu piensas. Solo vine aquí para conversar contigo.

Entraron en el estacionamiento. Llegaron a la recepción. Pidieron un cuarto y la recepcionista les dio una llave con el número 206. Subieron por el ascensor y llegaron a la habitación. Era un cuarto grande con un televisor y aire acondicionado.

- Ponte cómoda. Si quieres, puedes sentarte en estas sillas. ¿Quieres que pida algo de tomar?
- No, todo bien Gonzalo.
- ¿Quisiera preguntar algo sobre Juan? ¿Puedo? – dijo él.
- No veo por qué no. – dijo Emilia un poco incómoda.
- Mira. Sé reconocer cuando una persona está enamorada de alguien. Y pude reconocer que ese tipo está enamorado de ti. La razón por la que escogí este sitio es porque la Ruiz tiene oídos. Y es difícil tener algo de privacidad.
- Lo sé. Dímelo a mí.
- ¿Alguna vez te interesado Juan como para tener una...?
- ¿Relación? No Gonzalo. La verdad que no. – dijo ella – No te voy a negar que es una persona a la cual yo quiero mucho y disfruto estar con él a cada momento. De hecho, una vez le dije para hacer algo los 3 juntos. Pero no podríamos ser pareja. Porque no. Ósea, no hay

forma Gonzalo.

- ¿Pero por qué no hay forma?
 - Porque Juan...es...Juan, Gonzalo – Emilia tartamudeaba un poco
 - Te pregunto esto es porque quiero que nuestra relación sea sólida. A mí me gustas mucho desde que te conocí en Gerencia. Quiero que tú también te sientas bien, no solo yo.
 - Gonzalo – Emilia cogió la mejilla de él - A mí me gustas mucho y quiero estar contigo y no me importa si Juan me ve. Ella tiene a Maritza o Milena, como se llame. Quiero estar contigo. – Ambos se volvieron a besar, pero esta vez con más intensidad. Fue tanta la fuerza de sus besos que llegaron a la cama y los dos se cayeron. Gonzalo se incorporó, pero ella seguía echada.
 - Perdón, pero...- dijo él y ella
 - Oye tonto, sigue – dijo Emilia con una mirada pícaro.
- Gonzalo la siguió besando hasta que su mano recorrió su cuerpo. Emilia se sentía muy bien y se empezaba a quitar la ropa.

Los dos estaban desnudos en la cama, con miedo quizá por lo que acaban de hacer, pero él estaba un poco más confiado.

- Pensaras que soy una puta cualquiera – dijo Emilia
- No, nada que ver. Creo que lo que hicimos estuvo bien. Uno no puede controlar sus impulsos. Somos animales por naturaleza. No estábamos haciendo nada malo. Y creo que no seremos la primera pareja en tener relaciones en el primer día de enamorados.

Emilia abrazó a Gonzalo, encontrando en él una cosa que a muchas mujeres les llama la atención: seguridad. Se vistieron, porque ya Gonzalo se quería ir de ahí. Esperó a Emilia que se fue a tomar una ducha mientras él estaba cambiando los canales. Llegó al canal de noticias y pasaban un segmento en donde informaban sobre el tráfico.

“Se reporta tráfico en la Avenida Tomas Valle en dirección al sur. Además, se reporta congestión vehicular en la Avenida Canadá a partir de la Avenida Nicolás Arriola hasta Paseo de la República en dirección a Lince”. Seguía cambiando de canales hasta que Emilia apareció. Tomaron la llave y fueron ambos a recepción a dejarla.

- Debo admitir que ha sido una salida genial. No pensé que lo haríamos a la primera, eso si - dijo Emilia
- Lo importante es que tú te hayas sentido cómoda. Lo bueno es que usamos gorro - dijo el provocando una risa en ella.

Subieron al auto. El carro iba avanzando poco a poco para salir del estacionamiento. Al frente de ambos, una señora había extendido su mano para pasar rápido. Emilia veía su celular. Detrás de ella, un chico iba apresurado. Por instinto o curiosidad, volteo su mirada a su izquierda. *¡Emilia, escóndete abajo!* dijo él y ella *¿Por qué?*. Subió su mirada y vio que Juan estaba al frente del vehículo.

Habiendo visto a la pareja, camino rápidamente para dejar de ver esa escena. Gonzalo se comía la lengua, porque estaba a punto de maldecir a Juan, pero no quería ser oído por ella, que la pasaba peor. *¡Mierda!* dijo ella llevándose las manos a su rostro.

El lunes de la siguiente semana, en la tarde, Juan estaba sentado en la banca pensando mucho. Si ya de por sí recordar la declaración de Gonzalo a Emilia era volver a sus demonios, más difícil fue verlos a ambos a la salida de un hotel. Milena llegó a la Ruíz y lo vio a lo lejos. Se saludaron ambos. Ella decidió preguntar por su salud.

- ¿Te sigue doliendo?
- No. Ya no me duele. Estoy bien.
- Te quería pedir perdón. No sabía que Alondra había llevado a Luis a la fiesta, y mucho menos que iría con Daniel. Yo solo....
- No. No te preocupes. Está bien. No tienes la culpa de nada. – dijo alicaído
- ¿Estás bien Juan?
- No. Nada está bien.
- Si quieres te invito a tomar un café o algo para poder....
- No, tranquila. Lo que quiero es estar solo.

Milena siguió insistiendo, pero no logró hacer nada. Juan se encontraba ido, con una pena enorme que solo él conocía y que solo él podía reparar. Ella se fue porque tenía clase, pero de estar bien en ese curso se hubiera quedado ahí porque sabía que necesitaba una compañera, y mucho más si ella cargaba con una culpa. Juan seguía ahí y vio a Lorena que levantaba su mano saludándolo. Él le respondió su saludo. Estaba por venir, pero vio al director de su carrera con quien tenía que conversar unas cosas. Carlos salía de clase.

- Hola Juan ¿Cómo sigues?
- Tendría un culo de plata por cada pregunta como esa. ¿Cómo estás tú?
- Estresado. Le dije a Brenda para salir a hacer cosas, tú ya sabes.
- ¿Sales con alguien?
- Sí, con una chica que estudia Educación. Llevamos un par de meses de relación. No lo quería contar porque ambos mantenemos las cosas en reserva para que nadie este de chismoso, pero como eres mi pata...- dijo el dándole unas palmadas a los hombros.
- ¿Y por qué dices estresado?
- Lo que pasa es que tú ya sabes que hacen las parejas. Hace poco hablamos para ir a un sitio a hacer pues Juancito, ya sabes. La cosa es

que al inicio me dijo sí, pero hace poco me acaba de decir no.

- ¿Así de rápido? ¿Qué has hecho huevón?
- Te juro que no tengo ni idea. Solo quiero tirar con ella, como hacen todas las parejas, pero ella en menos de un día, cambió su parecer. ¿Sabes? Mejor llamo a una puta huevon, que en Lince hay un culo.
- ¿Tienes números de putas en tu celular?
- Si claro. ¿Tú no?
- ¿Por qué debería tener?
- Para tirar pues huevón – dijo él.

Carlos le enseñó una lista completa de los nombres. Eran 6 los números que tenía en su agenda. Pero Carlos hizo algo más práctico.

- Toma, te lo voy a enviar por mensaje. Es el número de una venezolana. Cobra 150 soles, pero los vale - dijo Carlos
- ¿Y por qué me das eso?
- Porque uno nunca sabe. Además, huevon, tienes más de 20 años y no te conozco ninguna flaca. Se que te cagas por siquiera besar a alguien. Tómalo o déjalo. Deja de pensar en la cojuda de Cárdenas una sola vez. Ahí está el número. Bueno, te dejo. Tengo que convencer a Brenda, sino no tendré otro remedio que llamar.

Durante los siguientes días, Juan estuvo pensando si ir o no. Tenía una plata ahorrada, pero que generalmente lo usaba para comprarse cosas como audífonos, protectores de celulares, salir a comer y demás. Sin embargo, Juan se decidió por llamar. Avisó a doña Vero que iba a llegar un poco tarde alegando de que se iba a encontrar con Carlos, que supuestamente la pasaba mal y quería conversar con él.

Sin conocimiento, doña Vero aceptó, sin antes darle un billete de 50 soles para las copias que él necesitaba. *No te pases también y usa esa plata que tienes en la tarjeta* dijo ella. Se despidió y fue rumbo a la universidad.

Tomó la clase que le correspondía. Al terminar, Juan salió y se dirigía hacia afuera. Fue ahí que vio a Emilia y Gonzalo debajo del árbol que daba para la puerta del auditorio.

Para pasar desapercibido, tomó sus audífonos y se fue por la parte lateral de la universidad, que constaba de un caminito de tierra y jardín, y que terminaba en el estacionamiento, todo esto mientras ellos estaban abrazados. Mas o menos, eran las 6 y 30 de la tarde. Juan se sentía algo nervioso por lo que estaba a punto de realizar. En parte, se sentía algo culpable por haber llegado a este punto, pero luego entendió, quizá tarde, que esto se debió a la falta del afecto amoroso-amical de Emilia. “*Si ella pudo estar en un hotel, ¿Por qué yo no?*”, se decía a sí mismo.

En ese momento Juan solo pensaba en mantener un dialogo con el contacto que Carlos le dio. Sin embargo, quería ser rescatado del pensamiento carnal que tenía en mente. No quería empezar su vida adulta de esta manera. Para las 7, estaba parado en la universidad con una tensión notoria. Estaba algo estresado. No quería encontrarse con absolutamente nadie conocido, pero al mismo tiempo quería que venga cualquier persona y que lo detenga.

Juan fumaba un cigarro mientras esperaba el momento oportuno. Al pasar por dentro de su boca unas cuantas pitadas, vio que a lo lejos Juliana estaba caminando con Fernando de la mano. En compañía de estos, venía Fabiola. Sin embargo, al ver a Juliana más detenidamente, notó algo de incomodidad al pasar al costado de Juan. Él tuvo que llevar para sus adentros el pesar de ella. Quería gritarle y hacerle entender que debe ser feliz y que, si es necesario,

debía cortar toda atadura con ese hombre.

Decir eso sonaría algo sádico y fuera de lo común, lo que hacen quedar a uno como el típico villano de película. Aún no sabía lo que había pasado en esa fiesta, pero no era nada bueno, porque Juliana nunca había tenido esa cara. Mientras miraba la pista, vio que Celeste se acercaba.

- Hola Celeste – le dijo devolviendo el beso en la mejilla - ¿Cómo estás?
- Bien. Tengo clase a las 8 pero decidí venir algo temprano para conversar, encontrarme con un amigo, como tú. Pero lo malo es que tengo unos cuantos trabajos. Un par de maestros nos enviaron unos cuantos proyectos grupales y ando algo estresada porque no encuentro a los integrantes.
- ¿Proyecto grupal? Hubieras pedido que sea individual. Hacer un proyecto grupal cada día se vuelve más jodido. Hay tanto mocoso irresponsable.
- Oye, ¿No deberías estar en clase? La vez pasada te vi entrar al salón a esta hora.
- Si. Tengo antropología con Helgott.
- ¿Y por qué no entras?
- Digamos que ha surgido un cambio de planes
- ¿De qué tipo?
- Oye tu eres bien chismosa – dijo Juan riéndose - Entraría, pero ¿Alguna vez no has mandado a la mierda un curso y has dicho que no quieres entrar? Ya, algo así me pasa. Además, nunca he faltado al curso. Así que no va a haber una diferencia abismal si es que faltó una vez. ¿Quieres un poco? – ofreciéndole un poco del cigarro.
- Trae eso. Necesito un poco de vez en cuando. - dijo Celeste tomando uno
- Oye ¿te puedo preguntar algo?, ¿Conoces a Emilia? – preguntó Juan.
- Creo que lleve con ella Historia del Perú I con Ana Claudia hace tiempo. Me parece chévere como flaca. Aunque no sé. Me genera dudas.
- ¿Cómo cuáles?
- No sé. Su mirada no me convence del todo. ¿Te puedo confesar algo? – dijo ella luego de unos 5 segundos de silencio – Siempre he creído factible que ella y tu puedan ser pareja.
- ¿Por qué dices eso?

- Los veo muy seguidos a ustedes. Comen juntos, me imagino que hablan por el celular, hacen la tarea juntos, aunque últimamente ya no los veo a ustedes tan unido. ¿Nunca les han dicho que harían una buena pareja?
- No. A decir verdad, no. No me lo he puesto a pensar siquiera.
- ¿Sientes algo por ella? – dijo Celeste, quien notó que Juan se había quedado en silencio cuando oyó esa pregunta - Dale, Juan responde. ¿Te gusta no?
- Quizá todo y a la vez nada. Esa pregunta se la tienes que hacer a ella. No me la tienes que hacer a mí.
- ¿Pero te gusta?
- Dejémoslo ahí Celeste. Los días te pueden responder. ¡Déjalo!
- Vale, pero no te pongas así – dijo Celeste – solo quería....
- Celeste...Déjalo, gracias.

Celeste se sintió mal por la supuesta falta de privacidad y espacio que acaba de cometer. Entendió tardíamente que había cometido un error. No fue capaz de despedirse dándole un beso a la mejilla a Juan. Solo atino para decir un hasta luego confuso. Juan seguía en el poste de luz y sacó su celular para ver la hora. 7:20.

40

Fue al parque Colombia y se sentó en una banca. Había marcado su celular y para la mala suerte de Juan, no respondía. No quería perder tiempo en la insistencia así que decidió buscar a otra. Fue así como llegó a una indicada, venezolana también. No perdió el tiempo y se puso a contactarla.

- Hola corazón - dijo ella
- ¿Gabriela?
- Si mi vida. ¿Qué te puedo ofrecer?
- ¿Quisiera saber si estas disponible esta noche?
- Si claro.
- ¿En qué parte de San Borja es?
- ¿Conoces la Avenida Aviación?
- Claro
- No. Mejor anda al Real Plaza de Angamos, de ahí yo te aviso la dirección, pero no es tan lejos.
- Sí claro, no te preocupes.

Juan estaba algo nervioso por oír su voz.. En la suerte de foto que había en internet sobre Gabriela se le mostraba como una mujer de tes clara y cabello castaño. Tenía un buen cuerpo y decía tener 24 años. Llevaba una delantera más que generosa y eso le intrigaba mucho a Juan. Quería tener sexo con alguien inexperta porque como esta era su primera vez en la acción, no quería desperdiciar el valioso tiempo de una blanca, de una bella y norteña blanca. Seguía fumando y cada vez que expulsaba una bocanada, se podía ver en su mirada que se estaba jugando el mundo, más que un honor y más que un amorío universitario. Pasó un taxi que había doblado en Colombia.

Era una camioneta blanca, bastante raro para ser un taxi. *Lléveme por favor al Real Plaza de Angamos y el taxista 20 soles. Venga dale.* Juan subió al carro y comenzó el camino hacia el lugar donde estaba Gabriela. 7:45 y era la hora pico en la ciudad. Una ciudad que expresaba furia y desesperación en sus pistas. Juan se encontraba en el taxi echado en el asiento de atrás con los segundos contando.

Trataba de distraerse con la radio que el chofer había encendido, pero le era más que inútil. En su mente deseaba que alguien la llame. Que alguien obligue a detener esa sed impetuosa de su cabeza. Pero a medida que se acercaba a San Borja, ese futuro incierto se hacía cada vez más y más claro.

Llegó a la esquina de Angamos con Aviación y el chofer se detuvo al frente del Coliseo Dibos. Le dio los 20 soles del taxi al chofer agradeciéndole por la carrera. Empezó a sudar frio cuando cerró la puerta.

En aquel lugar, empezaba a correr el viento. Le vino como anillo al dedo para la siguiente media hora. Juan cruzó la avenida y se puso a escuchar algo de música. Era Balsa de Gustavo Cerati, el cual lo tomó como la puerta al mundo carnal. Sacó su celular y llamó a Gabriela, la cual le señaló que debía caminar 4 cuadras en dirección a Javier Prado y ubicar un tragamonedas, que, al costado de ella, era su domicilio. Caminó algo acelerado y prepotente de manera cabizbaja. Llegó a la entrada y encontró a una señora de 40 años regresando con un niño de 8, probablemente de estudiar o de salir a pasear. Había cerrado la puerta y Juan no pudo evitar que se cerrara. Toco el botón 403, y como si nada, la puerta se abrió. Era una puerta hecha de espejos, cosa que Juan se pudo ver a sí.

Se veía tímido, nervioso e intranquilo. Ingresó. Lo cerró delicadamente para no hacer mucha bulla. Notó que era un corredor corto con paredes amarillas. Al avanzar, vio que las escaleras eran muy cortas y fáciles de subir. Al llegar al segundo piso, una anciana de bajaba acompañada de su perro.

- Buenas tardes joven, abríguese
- Noches, señora. Ya van a ser las 8.
- ¿Las 8? Van a ser las 9
- ¿Y por qué dijo buenas tardes?
- Quería saber si estabas despierto, hijo. Hasta luego que el perro me gana. Paco, espera ven – dijo la anciana.

Estando en el segundo piso, y a puertas de entrar a ver a una prostituta, Juan disfrutó de ese momento donde prevaleció el buen vecino, cosa que se ve muy poco en estos tiempos. Se preguntaba si la señora tenía una idea remota de que pisos más arriba, hay una mujer que ofrece su cuerpo por dinero. Demasiada inocencia por parte de la anciana. Hay cosas que es mejor dejar así, pensó él. Juan subió las escaleras y llegó al 4to piso del edificio.

La puerta del 403 tenía una reja en su interior. Se encontraba abierta y adentro había 2 puertas más. Juan tocó el timbre de la puerta de la derecha y se abrió la izquierda. Era Gabriela, quien llevaba puesto un conjunto color rojo y negro.

- Hola, mi amor. Adelante. Ponte cómodo en aquella habitación. – señaló un cuarto muy pequeño. – Dame un momentito, vale.

Al entrar, se notaba que no era de Perú. No tanto por su manera de hablar, sino por la cantidad de ropa que había encima de sus maletas. Juan dejó la suya en el piso y se quitó la casaca porque no soportaba el calor.

Se sacó los zapatos y dejó todo objeto de valor dentro de la maleta. Entro Gabriela sonriente.

- Bueno mi amor. ¿Cuánto te vas a atender?
- Que sea media hora. Toma los 150 – dijo Juan
- Vale, de nada mi vida.
- Dime algo. ¿Recién llegas a Lima?
- Sí. Vengo desde Barquisimeto. Llegué aquí junto a unas amigas hace 3 semanas y aquí estoy, tú sabes.
- Te ves preciosa – dijo Juan lentamente.
- ¿Tú lo crees mi vida?
- Por supuesto.

Sus ojos eran muy chinitos y tenía una boca cuyos labios eran delgados con un brillo natural que se veía muy bien.

- Te digo algo. ¿Alguna vez te han dicho que eres bella sin maquillaje?
- Yo no uso maquillaje mi vida – dijo Gabriela – Eso es para las inseguras. Si me arreglo un poco, tú sabes para salir a ir de fiesta o algún sitio importante. Pero no me gusta. Naguara.
- ¿Na qué?
- Disculpa, es una palabra que usan los venezolanos.

Gabriela se comenzó a sacar ese conjunto de prendas que se había puesto y pidió ayuda a Juan para que se saque el sostén. Retiró su sostén color rojo y pudo ver el contorno de sus senos. Eran muy grandes y fue ahí donde Juan se dio cuenta de todo. Fue ahí en donde su mente dijo: Ya no hay vuelta atrás.

- Échate, mi amor. – dijo Gabriela haciendo que Juan se eche y se relaje. Le empezó a tocar su sexo hasta que lo tomó y se lo llevó a su boca. Lo besó.
- Espero que lo hayas disfrutado sin gorro. En el cajón hay uno, pásamelo.

Juan extendió su mano al mueble del lado y sacó un preservativo. Se lo dio a Gabriela y no dudo en abrirlo.

- Vale, ahora le doy segunda mi amor.

Gabriela disfrutaba de ese sexo, disfrutaba de esa acción y hacia valer esos 150 soles que fueron bien pagados. Hay que hacer cumplir la voluntad del cliente, esa era su ética profesional. Juan no sabía que decir. Entró en un coma, en una parálisis del sueño estando despierto. Seguía la reflexión del por qué estaba haciendo eso. Veía como Gabriela movía su cabeza y llevaba su voz abajo, y que se mezclaba con su saliva. Sonreía. El sexo estaba en sus ojos y, bajo la tutela de la coquetería, despertó esa intriga a Juan. Ella movió su lengua y se sintió cómodo. Juan le acariciaba el pelo, le hacía cosquillas en la oreja. Gabriela respondió a través de su risa de niña.

- Me encantas mi amor. ¿Cómo te llamas?
- Decime Juan – dijo en tono argentino.
- Muy bien Juan. ¿Me monto? – Juan respondió que si

Gabriela se paró encima de él y se pusieron a observarse el uno al otro. Había esa mirada de complicidad. Se dio media vuelta y modeló para Juan. Se quitó la última prenda. El mundo se reducía a 4 paredes, una cama, un velador y dos personas que no se volverán a ver jamás. Lo que había en ese colchón era sexo febril, fiebre que te lleva a hacer cosas nuevas y que te construye mentes e ideas. Las ideas fueron más. Estaban desnudos los dos y Juan no podía dejar de tocar ese pelo castaño ni dejar de disfrutar esa tez blanca. Llegaron a ese punto: La unión. Ese viento débil que sale de la boca, esa voz de protesta corporal.

Gabriela y Juan lo disfrutaban. Actuaban como si uno era el dueño del otro por 30 minutos, ya que de sus ojos salieron la mirada viva de seguir viviendo. Gabriela y Juan no dejaban de moverse. Juan le pidió que lo besara y así lo hizo. Gabriela se acercó más a Juan y su pelo hizo labor de cortina alrededor de su cabeza. El cerró sus ojos al momento de besarla. Fue algo muy dulce. Pudo sentir sus labios dulces y nada virginales. Al fin, una mujer lo estaba rescatando de esa fase de la juventud que parecía perdida, lo que es vivir sin alguien, vivir sin besar. Toda la universidad, al menos creía eso Juan, realizaban al menos una vez a la semana ese acto. Y ya no hablamos del sexo, sino de un beso apasionado, que dure lo que el sentimiento haya creado.

Un beso a ciegas era lo que necesitaba Juan para culminar este momento. Sin embargo, hubo un pesar mental que Juan no dejaba de pensar. Al abrir los ojos, Juan confundió a Gabriela con Emilia. Vio sus ojos pardos y su larga cabellera despeinada a sus hombros. La imaginó, la vio y observó ese lunar

por debajo del cuello para luego mirarle el seno. Fueron 2 minutos para crear un diálogo perfecto en la cabeza. *“¿Por qué no eres tú? ¿Por qué estoy besando a una mujer que no volveré a ver en mi vida y convivo en la universidad con alguien que no ve el amor que siento hacia ella? Estos labios pudieron ser tuyos, y aun pueden ser tuyos. Pero tú me obligaste a hacer esto. Quiero tener sexo contigo. Quiero una vida contigo. Te amo Emilia. Y eso tú lo sabes. No dejes que me ahogue en este mundo, que me quede solo y triste. Necesito de tu persona para seguir viviendo. Sabes que te voy a amar siempre”*. Juan regresó a una realidad dolorosa. Volvió a ver el cuerpo de Gabriela para volver al clímax y consiguió su propósito.

Se fijó en el pecho, aquella zona poco explorada por Juan. Los besó y no tuvo reparo que echarse en él. Gabriela se paró de la cama y se puso en disposición de Juan. Él se encontró detrás del corazón. Juan volvió a oír esa voz corporal que salía de los labios, pero no dejaba de pensar en Emilia en ese momento. A partir de ahí, Juan intento recuperarse e imaginar a la puta que estaba en la cama. Lo hacía con ganas, le agarró el pelo castaño a la chica y la trató como una felina. *¡Esto es vida carajo!* dijo él para ver si era así de verdad, pero de nada sirvió. Ver a Emilia, verle ese lunar o hacer como si fuese ella, lo dejo pensando.

- ¿Quieres acabar en mi boca? – le dijo en voz sexy a Juan, que andaba ido.

Juan agarró con fuerza el cuello de Gabriela e hizo que termine con fuerza. Le hizo callar la boca con su conocimiento. Terminó la guerra y ambos se echaron en la cama. Sobraban 5 minutos en el cronómetro que ella había puesto encima de la cómoda. Pasaron unos momentos en donde Juan estaba echado mirando a la pared o cualquier cosa con tal de no ver los ojos de Gabriela por vergüenza. Ella notó que algo no estaba bien y la curiosidad le ganó.

- ¿Está bien mi amor? ¿Te pasa algo papi? ¿No te gustó el servicio?
- ¿Qué?
- Pregunto que si estas bien.
- ¿Por qué dices eso?
- Te note bien al inicio, pero fuiste cayendo. ¿Qué paso?
- No, no pasó nada. No te tienes que preocupar.
- A mí no me engañas, si paso algo. Porque para que me llames Emilia....
- ¿Lo hice? – dijo él algo petrificado

- Si, lo dijiste muy bajo. Lo dijiste mientras nos besábamos. Supuse que estabas algo mal. ¿Quién es?
- No es nadie.
- Venga ya mi amor. Cuéntame. Tenemos 4 minutos, y en ese tiempo se puede hacer muchas cosas
- ¿Conversas con todos tus clientes?
- No, no con todos. Algunos son personas mal educadas. Otros son carajitos con plata que no saben dónde están parados. Pero tú eres diferente.
- ¿Diferente? Eres una puta rara déjame decirte – dijo Juan soltando una risa.
- Ser diferente al resto es lo que debe ser común. – dijo Gabriela acompañando esa risa de Juan - Volviendo al tema. ¿Quién es Emilia?
- Es la chica que me gusta.
- ¿Y se puede saber qué hace acá? – dijo ella algo sorprendida
- Tiene pareja. Es una persona que no es muy de mi agrado. Y me tengo que morder la lengua cada vez que la veo con él.
- Vuelvo a la pregunta. ¿Qué haces aquí?
- Hace poco pasaba por una avenida cerca de donde estudio. A unas cuantas cuadras hay un hotel. Pase por el estacionamiento y veo que sale un carro. Era el manejando y ella de copiloto. Y solo Dios sabrá que han hecho ahí.
- El ser humano sabe que hacen las parejas ahí, amor. Las parejas nunca van a ir solo a conversar. ¿Te desahogaste conmigo?
- Si tú lo ves así.....- dijo mirando la pared
- Tú no tienes de que preocuparte, amor. ¿Quieres saber algo?. Eres el primer cliente que me pide que lo bese. Usualmente no lo hago porque no me gusta. Pero bueno, pareces tener mi edad. Así que no te preocupes. Hay que probar algo nuevo de vez en cuando. El sexo es lo más normal del mundo – dijo Gabriela agarrándole la mejilla a Juan – y te lo digo yo que estoy en este mundo. Aparte, creo que seguiré por un tiempo aquí. A mí me gusta este trabajo, a pesar de que no me veo haciendo esto de por vida. Por ahora estoy bien.
- Pero lo haces por necesidad.
- Es cierto, pero me gusta el sexo. – dijo ella acomodándose el pelo.
- ¿Eres ninfómana?
- No lo sé. De repente sí, pero te voy a contar algo. Llevo un buen

tiempo en esto y me he encontrado con hombres de todo tipo, señores, mayores, chicos de colegio, estudiantes de universidad. Y eres la primera persona que hace que me sienta bien porque los demás me hacían el amor como una perra y tú me hiciste el amor como una mujer. Eso no se ve mucho y dice bastante de ti – Juan quedó algo conmovido y le acarició la mejilla.

- ¿Lo dices en serio?
- Si. Al menos eres diferente a los que me tocan siempre. Ya estaba harta de que me tocaran incompetentes. Con ellos no tengo conversaciones de este tipo. Mira, te voy a contar algo. Más arriba, hay un local de Registros Públicos. En ese local, hay un chico de nombre Alfredo o Alfonso que trabaja allí y viene cada semana. El tipo es un huevonazo como dicen ustedes. Una vez pase por ahí porque cerca de aquel local hay un parque muy bonito y quería acompañar a mis amigas a dar un paseo para conocer la zona. Al momento de pasar, pude reconocer su carro, y a dentro había una chica.
- Puede ser cualquier chica.
- No, porque esa chica terminó besándolo. Así que me imagino que es su pareja. Pero míralo al imbécil. Su pareja debe estar haciendo algo mal para que yo se la termine chupándosela.

Juan tenía una simpatía por aquellas personas que tienen buena conversación y labia. Fue por su billetera por 2 cosas. Una propina de 50 soles para Gabriela que no pensaba dar, ya que era el billete que le dio doña Vero y una foto de Emilia.

- Es ella. La conozco desde hace bastante tiempo. No me enamoré así por así. Para mí es muy bella.
- Se ve que es muy linda la chica. No es un bacalao.
- ¿Qué hablas? – Juan no paraba de reír
- Es que es verdad. Tiene una linda sonrisa y tiene bellos ojos. Tienes buenos gustos. – en aquel momento sonó la alarma – Ups, mi amor se acabó el tiempo. Pero déjame decirte algo. Si esa tipa no está contigo es porque es una tarada. Besas muy bien, tienes unos besos muy raros. La forma en la que besas es única. Ella tiene que saber eso algún día. Espero que se lleguen a dar un pico, aunque sea. Y con la pareja, olvídate mi vida. Van a terminar.
- ¿Tú crees?

- Mi amor. Es amor al chicharrón, no al chancho. ¿Lo dije bien?
- Creo que sí. Pero quédate como venezolana. Así se te oye mejor.

Juan se apresuró en vestirse. Era muy confuso poder describir en una sola palabra como se sentía en ese momento. Quizá la que mejor se acomoda es tranquilidad. Se despidió de Gabriela. Al acercarse a la puerta, notó que una trigüeña de pelo negro con un gran cuerpo estaba cocinando.

Sandra, pásale la voz a Matías. La comida esta lista dijo ella. *Maryori ¿Has visto mis pendientes?* dijo Gabriela. Juan salió del departamento. Decidió ponerse los audífonos y volver a escuchar Balsa desde el principio.

A veces las canciones te narran sensaciones y a veces los sonidos te convierten en uno que otro vagabundo que solo camina sin un rumbo. Esa es la descripción para Juan en ese momento. No se encontraba en sus casillas. Sacó un cigarro de su maleta y se dispuso a fumar. Rebobinó la canción para empezar desde cero y se fue caminando por toda la avenida Aviación.

Era un punto de no retorno en donde ya la juventud pasa a ser ya no un objeto lejano, sino a una realidad distante. Porque ya no eres un joven, ya pasas a la vida adulta. Has tenido sexo. A diferencia de los amigos, que muy probablemente lo vean como un placer común y además como una actividad de rutina, para Juan es más que solo cuerpos desnudos en una cama. Es entregar tu alma. Esa es la verdadera desnudez. No cualquiera lo podría hacer y mucho menos entenderlo. Por ello, quería que su primera vez fuera con Emilia. Porque es la única mujer donde Juan puede ser el mismo sin ningún tipo de atadura.

Ese cuchillo repetitivo de nuevo siempre perdura en su cabeza más allá de la reproducción que Cerati realizaba. El sexo es trascendencia para uno mismo. Te das a entender con el otro, pero siempre vas a desear que ese otro sea al que más quieres o al que más amas y que no sea una chica que ya no vas a volver a ver. Porque al hacer amor, entregas afecto. El placer fue como una cura placebo para Juan y no funcionó.

Lo que le hacía chocar con la realidad más que sexo, fue el beso. A pesar de que era Gabriela, sintió que se había besado con Emilia. Los tambores dan paso a esa agitación que te da el corazón y la sed, porque ese amago de fantasía perdurará en la memoria. Y que aparece Emilia en forma danzante en la mente de Juan. Llorar se volvió un remedio en esa situación, porque quiere a Emilia, porque ama a Emilia. Juan la recordó desnuda en forma de Gabriela. Confundirse con su pelo y haciendo todas las poses perfectas, sintiendo todos los labios, deseando que eso se consuma alguna vez.

Los besos son eternos y son la mejor respuesta para la pregunta de cómo uno se siente. Juan no estaba bien. Fue sexo por obligación en búsqueda de afecto.

Eran las 9 de la noche de un jueves. Juan se encontraba viendo una serie en la sala de su casa. Cambiaba de canales en el televisor. Había cocinado unas cuantas cosas que nunca había hecho y hacía mucho que había decretado que su sofá se convierta en su cama. Se preguntaba que hacía su madre y Carmen en Trujillo. Las echaba algo de menos porque su presencia femenina era trascendente para su vida, al menos para él.

Días previos, se habían enterado de la noticia del fallecimiento de un amigo de papá que conocían de la época cuando él estudiaba en el Colegio San Juan de Trujillo. Doña Vero quedó afectada y no dudó en ir a Trujillo por 5 días para estar con los familiares. Pidió que Juan la acompañase, pero Carmen intervino diciendo que podía pedir permiso a la oficina. Habiendo quedado así, fueron madre e hija, encargándole la casa a Juan.

Pasando las 9 y media, empezó a garuar un poco, como para tratar de comprender lo irreal que puede ser Lima, tratarte con gotas de aguas repentinas. *No jodas, va a llover* dijo Juan al ver el clima helado. Volvió a cerrar un poco la ventana y fue de regreso al sofá a seguir viendo cualquier pavada en la televisión. Llamaron a la puerta. *Ni cagando es mi vieja* dijo que volvería el martes, dijo en voz alta. Al ver la puerta que daba a la calle, se dio cuenta que era Juliana. Juan notó a lo lejos de que no se sentía bien, ya que pudo ver que se tomaba el cuello y que estaba expectante a que él le abriera la puerta. Juan fue por la llave para recibirla.

- Ay, Juan – dijo Juliana sollozando
- Juliana ¿Qué pasó?
- Terminé con Fernando. Resultó ser un imbécil - dijo sollozando - No sabes las cosas horribles que me dijo. Y mucho menos de la forma que me enteré de que me sacaba la vuelta.
- ¿Te sacaba la vuelta? ¿Qué te dijo? – dijo el agarrándola de los hombros
- Le había contado que un amigo y yo nos regresábamos en el mismo carro al salir de la universidad. Y eso le llegó al pincho porque ese día no tenía clase y que pensaba que le estaba engañando. El lunes que pasó habíamos discutido por esa boludez en la cafetería. Salió molesto y caminaba prepotente. Yo me tenía que regresar porque tenía que hacer una exposición para Cultura y Política. Había salido de esa

exposición y encontré a Fabiola que me estaba esperando en el comedor. Me pidió que la acompañe a comprar algo a la tienda a fuera y de paso quería conversar conmigo en el parque, porque hacía mucho que no nos habíamos visto. Doblamos en la calle pasos y cuando llegamos al parque Colombia, vimos que Fernando estaba sentada con una chica. Era la perra de Mónica. La blanquiñosa de céspedes y él se estaban besando. No me importó de que Fabiola me agarre, yo quería confirmarlo con mis ojos. La perra le estaba agarrando el pelo. Fernando me quedó viendo con cara de huevon, porque supuestamente yo no voy a ese parque.

- ¿Nunca has estado en él?
- Aunque no lo creas. Tengo varios años en la U y por nada del mundo he ido ahí. La cosa es que lo encaré. Le dije que estos 8 meses fueron en vano y que el valor que le dio a mi amor es una reverenda mierda ¿Y sabes que me dijo el hijo de puta? Que estaba confundido. Que ya no sentía lo mismo y que su error fue no habérmelo dicho antes. Le di una cachetada y lo miré con una cara de mierda. Tomó mi brazo y me llevó a una esquina, lejos de Mónica y de Fabiola. Me dijo que no podía terminar con él porque pensaba que yo seguía enamorada de él. Por supuesto que si imbécil de mierda. Claro que sigo enamorada de vos. Te he llevado a sitios, te presenté a mi mamá, a mis amigos y todos los profesores nos ven juntos. Por supuesto que sigo templada de ti, maldito imbécil, le dije. Luego tuvimos un forcejeo entre los dos y hasta la caceta de serenazgo tuvo que intervenir. Se acercó a mi oído y me amenazó con decirle a todo el mundo que se la había chupado.
- ¿De verdad se la chupaste?
- Bueno una vez. Fue esa vez que fuimos al departamento con unos amigos. Jugamos verdad o reto. Me llevó al cuarto y.....Ay no sé por qué te cuento todo esto. – dijo ella llevándose las manos a sus ojos.
- No tienes de que avergonzarte. Es tu flaco. Bueno, lo era. Eso hacen las parejas. ¿Pero tuviste sexo con él? – le preguntó.
- No tiramos. Solo se la chupe. Nada más. Me da miedo de que..... eso. Tú me entiendes. Pasó eso en la reunión. Quería buscarte para contarte aquello, pero creo que ambos no estábamos bien. Carlos y Liliana me dijeron que no estabas en tus casillas. – Juan le dio un par de servilletas que encontró en la mesa del comedor. Juliana estaba

pálida y triste. – Perdóname por haber venido de improviso, pero necesitaba verte. No quería hablar con Fabiola porque hasta cierto punto es amiga de Mónica.

- No, yo feliz de que hayas venido ¿Pero de donde serán amigas?
- Debe haber sido un curso de humanidades, creo yo. No hablemos de Mónica.
- ¿Le hiciste algo a ella?
- Lo único que le deje en claro es que se abstenga a dirigirme la palabra o hablarme en cualquier curso de la universidad para hacer un proyecto o en el Consejo. Lo que sea, la quiero fuera de mi vista.
- ¿Y qué hay con el huevon de huevones? – dijo él
- Me reventó el teléfono desde lo que pasó. Con decirte que mi mamá me lo decomiso porque no soportaba que sonara todo el santo día.
- Ay, Juliana – dijo Juan – Oye olvídate de estar así. Estas en mi casa y no tienes por qué estar así. Mira, si tú necesitas a alguien, estoy aquí contigo. Y bueno, literalmente no es mía, pero es también tu casa. Si quieres te puedes quedar aquí esta noche. Porque creo que ni a tu vieja quieres ver.
- Si Juan, no la quiero ver. Es sermón tras sermón. Disculpa por venir así de improviso.
- Oye, si sigues disculpándote seré yo quien te rompa el culo
- No seas pelotudo, asqueroso – dijo Juliana asqueada en medio de su sonrisa.
- Ves, esa es la sonrisa que quiero ver.

Juliana necesitaba esa clase de afectos, necesitaba sentir ese tipo de cosas, pertenecer a un ámbito, y este era el ideal. Juan por su parte se encontraba algo analítico de la situación, porque nunca había visto o contemplado la fragilidad de esa mujer, puesto que solo había dos opciones. O eran risas o era dureza.

Costaba imaginarla llorando a mares con sus amigos por un tema como estos. Estos sentimientos demostrados eran más de Milena o incluso de Emilia en ciertos momentos, pero nunca pensó que Juliana iba a expresarse así. Realmente, todo lo que conocía de su mundo no iba nada bien. Juan maldijo a Fernando para sus adentros y lo comparó con Gonzalo.

Aquella noche, Juliana descubrió una parte sensible que tenía en su alma y que no conoció hasta caer en ese abismo tormentoso. Todos en este mundo llegamos a padecer esto, así uno tenga un corazón de hielo presurizado.

Juliana sentía que Juan era su hogar, que era aquella morada que siempre estuvo para ella. Atrás quedó esa conversación y Juan convenció a Juliana de que se quede a dormir con él, al menos con el pretexto de que era demasiado tarde. Se olvidó por un momento de su madre y de su hermana. Lo importante era ella. Juliana llamó a su mamá, Lucía. Tuvieron una pequeña discusión típica de madre conservadora e hija rebelde. Juan intercedió.

“No se preocupe señora. Me aseguraré de que duerma bien y le prepararé desayuno. Ya mañana va a estar con usted. Señora, lo que necesita ahora su hija es un amigo. Yo estoy con ella.

Usted ya me conoce porque su hija le ha hablado de mí y si no se siente segura, me encargará de que usted me conozca lo más que pueda. Puede confiar en mí”. Contra todo pronóstico aceptó.

- A decir verdad, no sé porque mi mamá accedió. Ni siquiera con Fabiola accede a que haga una piyamada con ella. A vos, bien gracias.
- Es que soy responsable.
- Déjate de joder Juan – dijo Juliana con ese tono bonaerense
- ¿Qué quieres hacer? Literalmente tenemos la casa para los 2.
- Bueno. ¿Te parece si vemos una película?

Juliana propuso ver El padrino. Le urgía ver la escena en donde el padrino resolvía los problemas de la familia. Un ajuste de cuentas era lo que quería hacer en contra de Fernando. Fueron por algo a la cocina para acompañar esa velada improvisada.

Un par de cigarrillos Marlboro, una gaseosa, hartos bocaditos que había en la cocina y una frazada para taparse. Acomodaron el sofá y la mesa de la sala y se pusieron a ver la película los dos echados en aquel sector de la casa. Valgan verdades, la emocionada en esa parte era Juliana. A Juan le costaba llevar el ritmo a esa clase de películas. Solo aceptó para que ella no pensara que era un aguafiestas.

Pasó una hora desde que había iniciado la película y Juan estaba dormido. No podía mantenerse despierto. No le llamaba la atención ver el televisor. Creía conveniente ver la película en otra ocasión. Del lado contrario, Juliana estaba expectante.

A pesar de haber visto y leído la saga entera, ella era como una melómana visual. Actuaba igual que la primera vez. 20 minutos antes, se había dado cuenta de que el pobre de Juan estaba con los ojos cerrados.

Decidió no interrumpir. Tenía sed y quería ir por un vaso de gaseosa. No quería despertarlo. Así que se acomodó la ropa que la tenía arrugada y fue por ella a la cocina. Prendió la luz y como si fuese su casa, cogió un vaso limpio y se sirvió. Al ver la sala, notó que el sitio estaba con las pequeñas luces amarillas que iluminaban el par de floreros chinos y el reflejo blanco del televisor tapaba la cara de Juan.

Lo veía más y más profundo. Juliana pensaba: *“¿Algún día lo sabrás Juan? Me gustaría que te des cuenta de que mi amorío con Fernando fue para darte celos y que para que me dejaras de hablar de Emilia. Ella no te ama y no fue hecha para vos. Yo aquí te estoy esperando. Muero por vos. Fernando fue un pretexto y al que amo es a vos. Date cuenta”*. Hay un diálogo que puede ser incluso más poderoso que el que te dice tus padres, y es el de la mente. Y es que es el subconsciente el que tiene la capacidad de crear huracanes, capaz de crear guerras armadas de emociones. Aun así, hay gente escéptica que no reconoce el verdadero poder del ser humano, el de pensar. Los pensamientos son inagotables, es una fuente de recurso que nunca se acaba. Así es el ser humano. Adquiere un poder sin origen cuando se ve tapado por la brisa de la confusión.

Juliana no estaba confundida. Estaba segura en sentir aquello por Juan. Quería acabar con algún recuerdo de Fernando en aquella casa. Fue así como por su mente sufrió la invasión de deseos impuros que se representaban con una pequeña mordida de labio.

Paso su lengua a través de ellos, como si tuviera sed. No dijo nada. No emitió pensamiento posible. Borró de su mente la palabra mesura y se acercó a Juan. Él no sentía nada, él dormía. Su mente estaba en otro mundo paralelo a la realidad. Juliana sacó lentamente esa frazada que tenía Juan. Vio su short gris y su correa. La que estaba en ese cuerpo era la lujuria y la perdición, el

azar y el deseo; mas no Juliana. Solo ella dejaba que el tiempo haga lo suyo. Lo miró a él. Miro su sexo. Se arrodillo para verlo de cerca. Lentamente le quito la correa y le quitó el botón.

Quería olvidar de aquella horrible vez, de aquel suceso en el departamento junto con los amigos de Fernando. La lujuria quería apoderarse del sexo de Juan. Bajó el cierre sin hacer ruido, pero al llegar a la mitad de este, Juan dio un brusco salto.

- Juliana ¡¿qué estás haciendo?! - Juliana no pudo verle los ojos y prosiguió como si no hubiera oído un sermón. Se reía, Juliana se reía. – Basta Juliana. No....

Juan ya no era capaz de hacer un impulso corporal. La boca de Juliana estaba lista y húmeda. Estaban mojados sus labios. Juliana hacia juego con su cuello, lo hundía y lo volvía a alzar. Le practicaba sexo oral. Para Juan era la cárcel. Para Juliana era volver a conocer su cuerpo y ver lo que podría crear con él. No había un apuro, ni estaba en un contratiempo. Su cabello largo tapaba el sexo de Juan como cortina. Ella tenía el acero y lo hacía como si fuese una experta. Pero aquello era amor, sincero y en su estado más puro. Juliana trataba de unirse a Juan y esto era una rutina que ella estaba disfrutando. Repetía y seguía. Al cabo de unos momentos de ejercer la profesión bucal, Juan volvió.

- ¡Julian.....!
- Cállate – dijo ella a su oreja izquierda – y solo seguí disfrutando de esta noche. Se sacó esa blusa blanca. Se sacó el sostén y siguió abajo.
- Juliana, no está bien esto. – dijo Juan con una voz dudosa.
- ¿Alguna vez algo estuvo bien? – dijo ella poniendo la mano en su boca – Solo déjame seguir, que ya no hay viaje de retorno.
- ¿Por qué me haces esto?
- Soy yo la que debería preguntar eso. No vos.

Juliana se detuvo y miró a los ojos a Juan. Ambos se pudieron reconocer. Ambos reconocían el brillo de sus ojos. Juan no entendía bien lo que pasaba, pero no quería que ese momento terminara, que sea largo o sempiterno. Se miraron el uno al otro y ella tomó su cara. Fue una ilusión sostenida cuyo origen fue la sed animal, ilusión en donde ambos mostraron sus pieles, en donde Juliana actuó con una puta que amaba. Acercó sus labios y besó a Juan.

Lo besó con una intensidad jamás sentida entre sus pieles. Lo besó con

amor, con honor y sintió que se había formado un paraíso en su mente, que ya nada estaba al frente suyo, que su madre Lucia no importaba y que Emilia era historia. Juan no podía entender en ese momento. Solo dejaba que la carne actuara, que el animal que estaba dentro saliera. Juan le hacía el amor al odio y Juliana le hacía el amor a Juan. El sexo fue más y más intenso viéndose los cuerpos desnudos. Juliana aprendió a amar con el cuerpo desnudo, donde el aire que había alrededor era testigo de sus pieles. Los sofás de las casas se convirtieron en camas y en sábanas tergiversadas.

Ella seguía sintiendo su sexo desquebrajarse para bien, para sus adentros y tenía una sed propia de su feminidad. Juan tomó su cuello. Le hacía cariños y se comportó intempestivamente, sin pausas porque eso era lo que el cuerpo llamaba a hacer.

Siguieron en el sofá en esas horas nocturnas. La madrugada fue buena acompañante. Terminaron y Juan cogió de los brazos y le introdujo su conocimiento, su semen en su cuerpo. Juliana se dejó porque su cuerpo quería sentirlo. Nadie piensa en las consecuencias, solo esperas que ocurra. Lo disfrutó y lo bebió con sed, limpiándose una de sus mejillas. Tornó sus pelos en los hombros de Juan y ambos se quedaron en el sofá. Juan sintió que las revoluciones sexuales se habían alicaído, porque tener sexo es como ir a un campo de batalla. Juliana se encontró exhausta porque dio todo su ser. Le dio su virginidad a una persona que amaba. Quería sentir el sexo, pero necesitaba sentirse amada. Y el único que podía sacarla de ese torbellino era Juan. Y lo hizo.

- ¿Desde cuándo te gusto? – preguntaba Juan.
- No hablemos de eso ahora, solo lo quería hacer contigo. Te pido que lo hablemos otro día. – dijo Juliana soltando unas lágrimas. Juan pudo oír los sonidos que hacía. Llevó sus dedos hacía por debajo de los ojos y notó que Juliana estaba llorando.
- Juliana. ¿Estás bien?
- Siempre lo estoy cuando estoy con vos. – dijo ella echándose sobre él y acomodándose sobre su cuerpo.

Juan no dijo nada y solo dejó que Juliana soñara con el mañana sobre sus hombros. Juliana se encontraba helada. Sentía que el mundo se le venía encima, que se había desatado el infierno. Atrás quedaron las restricciones de su madre o de lo que podría decir Fabiola. Era su vida, y al menos quería hacer esto. Fue en la sala que los dos quedaron tranquilos, y abrazados se

quedaron a dormir.

45

Al día siguiente, Juan despertó. Preparó el desayuno para los dos. Puso las cosas en la mesa para tomar con ella. Fue a verla y estaba durmiendo en el sofá plácidamente. La despertó y la invitó a que se arregle un poco para tomar un café con él. Juliana, encantada de verlo, se paró y fue a la mesa junto con él. No hablaron ninguno de los dos de lo que hicieron ayer. Quizá ambos se mantuvieron en secreto por ánimo de no ofender al otro.

Conversaron de diversas cosas, incluso del engreído de Francisco que no pintaba para nada; pero evitaron hablar de lo que paso anoche. Al término del desayuno, Juliana se arregló para irse a su casa. *Te pido el taxi si quieres y ella no te preocupes, no es necesario. Aquí tengo un poco de plata, aparte es aquí no más.* Juliana pidió el taxi y mientras esperaban a que vinieran..

- ¿Estás bien? – pregunto Juan.
- He dormido en un sofá como nunca boludo. Me siento muy relajada – dijo Juliana estirándose. ¿Tú estás bien?
- Si claro. Tengo que arreglar la sala nomas, porque está bien que sea un flojo, pero no soy amante de los desastres. Si mi mamá ve esto, me mataría – dijo señalando la comida en el suelo, la ropa tirada, los vasos, etc. ¿Puedo hacerte una pregunta?
- Claro, vos pregunta lo que quieras.
- Respecto a lo que paso anoche, tengo una duda. ¿Somos algo? ¿Pareja? ¿algo? – dijo Juan. Ella llevó su mano a su boca haciendo que se callara
- Dejemos eso para otro día. Pero quiero que sepas que esa noche la voy a recordar hasta que me vaya a la otra. Yo quería hacer esto. ¿Para vos fue solo sexo?
- Es que hasta cierto punto parece. Pero no sé. Tu tuviste un impulso que terminó en química. Yo lo entendí así.
- Entiendo. – dijo ella – Llegó mi carro. ¿Te veo en la universidad?
- Si por supuesto

Juliana tuvo una despedida sin un beso. Agarró con su fría mano parte de su mejilla y lo quedó viendo por un instante. Juan veía sus ojos brillar. Si hablaran, probablemente dirían lo mucho que Juliana siente. Se despidieron y ella se dispuso a ir con dirección a su casa.

En la casa de San Borja, Lucia hablaba sobre los conflictos y dudas internas sobre su hija.

- A veces me pongo a pensar si Juliana ha sufrido. Yo he sido padre y madre para ella. Es lo más importante para mí. Por eso me sorprende que me contaras lo que pasó. Nunca la he oído que tuviera cólera ni nada. – dijo Lucia
- Señora, si no es mucho preguntar. Quizá me estoy metiendo mucho en su entorno, pero....
- Lo estás haciendo, pero dale
- ¿Qué paso con el papá de Juliana? – Lucia inhala aquel aire de tristeza que solo una viuda puede hacer.
- Juliana tenía 4 o 5 años, no me acuerdo. Su papá, de nombre Joaquín y yo trabajábamos en un periódico de nombre La Prensa. Yo quería ir por otros lares porque no quería trabajar en el Perú. Pero hubo un trabajo como fotógrafa en la sección deportes. Fue ahí que lo conocí. Tuvimos a Juliana y parecíamos una familia. Llegó diciembre del 2001 y estaba todo muy tenso. Argentina estaba en crisis porque la gente no podía sacar la plata del banco por culpa del hijo de puta de De La Rúa. Él ordenó toque de queda en todo el país porque la situación se salió de control. Hubo familias enteras, decenas de señores, amas de casa, jóvenes, pibes, jubilados, que habían salido a las calles ese día. Al día siguiente, muchos llegaron de diversos sitios. Un grupo de mil personas querían llegar a la 9 de mayo y tomar la avenida. El periódico ordenó que todos los despachos se dedicasen a todo lo que pasaba. Yo quería ir. En un primer momento, me habían elegido para tomar fotos, pero consideraron que no era lo mío. Necesitaban hombres. Fue ahí que llamaron a Joaquín. Había hecho reportajes de toda índole, pero nunca había hecho de esa magnitud. Fue con un equipo de 15 fotógrafos. Eso no era Argentina, era Normandía o Las Malvinas. *¡El pueblo no se va! ¡Menem hijo de Puta! ¡Sos peor que Videla la concha de la lora! ¡El que no salta, es un botón! ¡Estamos cagados de hambre!*. No tienes idea de lo que fue. Los 4 suyos del boludo de Toledo es un chiste al lado del 20 de diciembre. Joaquín estaba tomando fotos a toda esa turba que estaba

en frente de los policías montados. Fue ahí que empezaron a avanzar para atacarlo. Al principio lo hicieron, pero no tardó la policía en disparar bombas lacrimógenas y perdigones. Lograron dispersar a la turba. La turba respondió con palos y piedras. Un ladrillo fue lo que le cayó en la cabeza y quedó tendido al piso. La policía fue a por él creyendo que era un protestante. Lo arrastraron, pero una señora gritó *¡Es un fotógrafo pelotudo! ¡No le hagas daño!* El policía, al oír fotógrafo, dejó de arrastrarlo y se fue. La turba pensó que era uno de los suyos y en represalia, siguieron atacando. Un par de personas fueron a ayudarlo. Era un charco de sangre que salía de su cabeza. Al final, fueron 6 quienes lo cargaron para llevarlo a un hospital que estaba cerca y que se había vuelto un martirio porque la cantidad de heridos era grande. Un enfermero se acercó y trató de detener la hemorragia. Hicieron todo lo posible, pero Joaquín no pudo. - Lucia, al terminar no pudo evitar llorar.

- Señora, tranquila.
- No, yo estoy bien.
- ¿Qué le dijo a Juliana?
- Era muy niña y a mí se me partía el corazón decirle. Le dije que su papá tenía que hacer un viaje porque le había salido un trabajo. Se lo conté cuando tuvo 15 y lo tomo bien. Lloró, pero hubiese sido peor si yo le contaba de pequeña. – Al terminar, oyó el sonido de la puerta de entrada.
- Hola, hija.
- Mamá. ¿Qué hace Fernando aquí? – Lucia se paró.
- Hola Juliana. Yo solo quería.....
- Tu cállate. Mamá. ¿Por qué lo has dejado entrar?
- Escúchame. Vas a acabar con esta tontería. Tienes cosas que decirle. Aprovecha. Porque en serio ya estoy harta de que venga a la casa y que te reviente el teléfono. Los dejo. – Lucia se fue a su cuarto y dejó a Juliana con su expareja.
- Escúchame. Vos tenes 1 minuto para decirme lo que tengas que decir. Si no, yo misma te saco de aquí y llamo a seguridad y te armo un escándalo.
- Mira, quería pedirte perdón por 2 cosas. Por lo de la fiesta y por lo que paso. No me comporte como debía. Mónica es....
- No me vuelvas a mencionar a esa pelotuda. – dijo Juliana gritando.

- Sé que hice mal. Sabes que tú me gustas mucho.
- Fernando, ¿Te estás escuchando? Porque estás diciendo muchas boludeces. No sé por qué mi mamá te dejó entrar.
- Tú me dices que debía conocerla más. Solo vine a conversar contigo y terminamos hablando ella y yo. Me dijo que estabas con Juan.
- No puedo creer que te haya contado eso.
- ¿Y qué hacías con él?
- Que mierda te importa. Hasta yo sé tú y yo terminamos. No te tengo que dar explicación de nada. Vete, lárgate.
- Juliana estas tomando las cosas.... – ella oyó eso y fue a la puerta para invitar que se vaya. No dijo nada y solo la abrió.

Fernando no le quedó de otra que retirarse sin antes despedirse de ella. Juliana cerró la puerta con ganas de irse a su cuarto. Su mamá vio la escena a lo lejos y comprendió que fue un error haber aceptado a que entre al departamento. Imitó a Alondra en el sentido de querer arreglar una situación que no es de su incumbencia.

Juan se encontraba una noche pensando en su vida. Había terminado ciertas responsabilidades de la universidad y se dedicó a escuchar música.

Abrió su reproductor y vio que estaba abierto en el grupo de su preferencia. Era Soda Stereo. Quería escuchar un par de canciones que les invitaba a pensar y puso una de nombre X-Playo. Juan cruzó sus piernas y se puso a escuchar cada parte de ella. No es una canción que disfrute de un éxito comercial abrumador, pero Juan pensaba que era el que más sensaciones le traía. No tenía letra, pero te invitaba a pensar.

Al entrar la percusión, el sonido trascendió a otro nivel. Sabía muy bien en quien debía pensar. De repente pensaba en aquel sueño de varias noches atrás en donde subía una escalera de caracol y se encontraba Emilia mostrando el cuerpo con sus bellos ojos chinitos.

Esa canción era la que mejor podía representar el verdadero sueño, ya que fue una música de confort. Pensaba más y más en las sábanas, en la piel de ella y como desearía poder volver a soñar todo eso de vuelta.

El ser humano se aferra a tanto a soñar, y eso es bueno porque lo mantiene vivo. La canción era un medley, que es el efecto que produce una canción al terminar y comenzar otra haciendo que 2 canciones sean una. Empezó una guitarra y con ella un recuerdo de Emilia mirándola con complicidad. *El dolor clandestino se desvanece* decía Cerati y hacia juego con la escena de los dos en la cama. No había dolor, había unión y una demostración sincera y sentimental. *Oh, Dios, te amo* seguía diciendo Gustavo mientras Juan y Emilia se besaban. El cielo naranja y morado se movían al ritmo de la canción. Cayeron a la cama rendidos por una nube o espejismo. Miraron arriba aliviado. El sonido se volvió danzante para la mente de Juan. Se seguían mirando de cerca. Emilia corrió y se fue sin decir nada y fue ahí que hizo juego con la canción.

Toda la parte final acababa en una especie de nave que venía y creaba otro tipo de silencio, como un silencio de transbordador, que al final se fue hacia otro lado.

Luego de experimentar con soda, Juan abrió el buscador y por algún motivo quería ver el video de Hey Jude, de los Beatles. Era un video ambientado en 1968, que en realidad era el cierre de una aparición en la

televisión. 40 segundos se habían bromas juveniles como ciertos jóvenes a su edad. Se apagó la imagen y a los segundos, se vio a un Paul McCartney listo para cantar. Juan lo miraba y de nuevo apareció esa complicidad. Sintió que Paul le estaba cantando esa canción para él.

Hey Jude fue compuesta por él para Julián, el hijo de John Lennon con su primer matrimonio, luego de que ambos anunciaran su separación. Sin embargo, volviendo al contexto, se ponía a pensar que esa canción fue escrita para ese momento. Juan seguía pensando Emilia, y probablemente ella esté pensando más en Gonzalo que en él.

Por eso, Paul cantaba *“Remember to let her into your heart”* *“Don’t carry the world upon your shoulders”*, todas esas frases que calzaban a la perfección. Quizá la vida o un ser supremo le estaba tratando de decir eso. Lo único que pudo hacer Juan es seguir disfrutando esa canción, mirando a los 4 que hacían esa melodía conjunta. Las canciones tienen tanto poder y expresan tanto en tan poco tiempo.

Pasó una semana de todo aquello. Fue difícil y complicado para Juan porque de las 3 mujeres en cuestión, no quería hablar con ninguna. No quería ver a Emilia porque paraba en los brazos de Gonzalo; no quería hablar con Milena porque hasta cierto punto recordaba la fiesta y no quería hablar con Juliana no porque hubiera un problema, sino porque no sabía cómo dirigirse hacia ella.

Esas 3 mujeres causaron un conflicto interno y los pensamientos y sensaciones se volvieron densos. Sin embargo, veía en la universidad y en los cursos una protección para poder dejar de pensar por todo aquello. Había ido a la universidad en plan 2 de la tarde a estudiar. Sacó buenas notas en los parciales que había dado y no tenía preocupación alguna en cuando a los cursos después de mucho tiempo.

Fue ahí que encontró a Lorena, una estudiante a quien Juan le tenía mucho aprecio y que había dejado de ver, ya que ambos tenían horarios distintos. Ella estaba buscando algún compañero para pedir un salón de estudio, puesto que necesitaba uno para convalidarlo. Juan accedió y la acompañó a la tutoría que quedaba arriba de la cafetería. Al subir las escaleras vio que, en la mesa, estaba sentado Gonzalo con un compañero.

Gonzalo se lo quedo viendo como si tuvieran deudas pendientes. *Juan ven* dijo Lorena y lo invitó a pasar. Ella no tenía conocimiento de lo que pasaba entre las 3 chicas y él. Sin embargo, necesitaba encontrarse con personas para hablar, porque eso le dictaminaba hacer.

- Y tú enamorado es Álvaro Sotomayor. ¿Verdad? ¿Qué tal te va con él?
- ¿Te digo la verdad? – dijo suspirando – Pésimo. Habíamos agarrado la frecuencia de ir cada cierto tiempo a ver una película por el Cineplanet de Alcázar. Paseamos por el malecón, el parque Kennedy y esas cosas.
- Oye, que bueno. Lo que no entiendo es el porqué de tu suspiro.
- Porque se volvió monótono. Solo nos dedicamos a hacer eso. A veces lo quiero sorprender en su trabajo. Él labora en un edificio de nombre Belcorp, que hasta no entiendo que hace ahí. Pero me pide que no lo vea porque para ocupado. Una vez quería almorzar con él, pero me dijo que estaba en una reunión. Detesto que haga esas cosas.
- Ya veo. Pero ¿Tú lo amas?

- No se trata de que yo lo ame Juan. Eso no se pregunta, pero a veces me gustaría que tuviese gestos conmigo. Porque se está volviendo una rutina. Y no quiero eso. – Juan entendió la angustia de Lorena. Para tratar de olvidar todo aquello, ella puso sus ojos chinos e inocentes en las hojas que había sacado para leer.
- Bueno. Ya no hablemos de mí. ¿Qué tal has estado tú?
- Bueno, trato de sobrevivir a la universidad. Gracias a Dios aprobé mis parciales.
- ¿Y tienes pareja?
- Habla, ¿Quieres tirar? Si quieres nos ponemos en la esquina, cosa que no nos vera nadie. – Lorena se empezó a reír.
- No, Juan. Sea te digo porque yo a veces te veo con alguien. Entonces supuse que tenías pareja.
- No, no tengo pareja. Y creo que no tengo la cabeza para tener una por más que quisiera. Me han pasado un montón de cosas. Y creo que voy a perder la cabeza en un día de estos.
- ¿Y no te gusta alguien?
- Bueno, si hay alguien. ¿Conoces a Emilia? Ella. Me gusta un montón, pero estoy a la vez confundido porque tuve algo con una chica.
- ¿Algo?
- Tuvimos sexo y por primera vez me he sentido bien hacerlo. Pero no sé si con ella derive en amor. Porque a mí me sigue gustando Emilia.
- ¿Y por qué no te le declaras?
- Tiene pareja. Es el chico que me quedó mirando a la hora de subir.
- Ya veo. Pero tú tranquilo. Lo que debes hacer es ser sincero con aquella chica con quien tiraste. No la hagas sufrir ni le aceptes una relación. Porque ella se va a sentir mal, pero él que se va a sentir peor eres tú. Y con respecto a Emilia, no sé qué aconsejarte. Deberías hablar con ella. Tú eres un tipo muy bueno Juan. Eres una joya en bruto. Te veo y me da ganas de ponerte a la venta en Tiffany & Co o en Swarovski. – Juan se mató de risa – Espero que tú y Emilia puedan estar un día. Harían linda pareja.

A veces es bueno hablar con personas que no están presentes todos los días de la vida, porque solo ellos aparecerán en los momentos oportunos. Al igual que se trataba con Celeste, Juan disfrutaba los momentos con Lorena. Es como cuando comes un postre, bocado por bocado y lo comes lento porque no quieres que se acabe ya que no sabes

cuándo volverás a comer uno. Lorena también quería a Juan. Había perdido cierto contacto con él, pero valoraba mucho su presencia.

49

Se había acabado el tiempo de la tutoría. Juan y Lorena fueron a dejar la llave. Ella le había pedido que la acompañara al paradero de la avenida Brasil. *Ah, perdón tú tienes clase no importa y él no te preocupes. No quiero ingresar a clase. Estoy bien en ese curso.*

Lorena insistió para que se quedara, pero Juan en aras de su terquedad dijo no y acompañó a Lorena al paradero. Al llegar a la puerta principal, una chica llamó a Juan. Era Emilia quien había visto que salía con Lorena.

- Hola Juan. ¿Cómo estás?
- Lorena, me esperas un par de minutos. – Ella aceptó y fue a ver su celular en el poste.
- ¿Pasa algo?
- Debería yo preguntar eso Emilia. Hace tiempo no te veo.
- ¿Qué pasa Juan? Solo quería ver como estabas. No es para que te pongas así.
- Emilia, yo estoy bien en serio. Solo tengo un poco de dolor de cabeza. Salí bien en los parciales y ahora tengo que leer muchas cosas.
- Te quería contar algo. Sabes que estoy saliendo con alguien, ¿Verdad? – dijo ella y Juan detuvo su respiración para poder verla a los ojos – Es Gonzalo. Y la verdad yo...
- No Emilia. No me tienes que dar explicación.
- Pero yo quería comentártelo.
- Está bien, ya lo has hecho, aunque no debiste.
- ¿Pasa algo Juan? – Juan lagrimeaba un poco y notó su nerviosismo con una risa
- No nada. Todo está...esta...perfecto.
- Juan....No me gusta verte así.
- No, estoy bien Juliana. Es solo que no pensé que el tiempo se había terminado. – dijo él y al tragar saliva sintió una punzada en el pecho que solo se manifiesta en momentos de tristeza. Se agarró las manos para tratar de eliminar ese estrés.
- ¿A qué te refieres? Juan, perdóname, pero....
- No, no te preocupes. Gracias por decírmelo. Te veré después. - Juan se despidió de Emilia buscando a Lorena.

Lorena vio toda esa escena y notó que Juan estaba afectado. No

emitió ninguna opinión y solo se dedicó a estar a su lado, porque necesitaba estar con alguien.

50

Habían salido rumbo a la avenida Brasil. Durante el trayecto, no dijeron ni una palabra. Juan se veía muy afectado y Lorena no hallaba palabra para romper el hielo incómodo. Cruzando la avenida del Rio, pudo abrir recién su boca.

- Mira me gusta ese carro. Tranquilo Juan, algún día cuando tenga mi carro te llevaré a la universidad – él solo atino a sonreír y miraba el suelo – Ay Juan, no quiero que estés así. Mira, tú tranquilo. – Le dio unas palmaditas en el pecho.
- No entiendo porque estas perdiendo el tiempo con un tipo como Álvaro – dijo Juan. Ella atinó a reír.

Llegaron al paradero y esperaron a un bus que la llevara a la avenida el Ejercito. Se sentaron y se pusieron a hablar de cualquier cosa. En el carril paralelo, donde también pasaban buses, pero con dirección a la avenida Bolívar, un bus tocó el claxon reventando el tímpano de Lorena, haciendo que esta le empiece a gritar.

Oye, ¿Por qué tocas el claxon si ya está en rojo? Estúpido, si a ti te hablo pendejo dijo ella señalándolo. El chofer solo atinó a cerrar su ventana.

- Te juro que me estresa los choferes que son así. No tiene por qué tocar claxon.
- Estas en Perú. Lo último que le puedes pedir a la gente es educación.
- No importa Juan. Oye ahí está mi carro. Ya sabes, no tienes por qué estar así. Cualquier cosa me hablas.

El bus llegó y Lorena se había subido no sin antes darle un abrazo y un beso en la mejilla. El semáforo estaba en rojo, por lo que se quedó un momento esperando que cambie de color. No había asientos disponibles, así que ella tuvo que ir parada. Juan se había parado y cruzó la primera pista. Vio que venía dos buses de la ruta 40, que tomaba de vez en cuando. En la esquina, vio a un señor ya mayor que sujetaba en su mano a un niño de 5 años. Fue un flashback que le hizo recordar los momentos con su padre, esos momentos que tenía contado con los dedos de la mano, pero que eran especiales. Cruzó a la avenida Bolívar y un carro de la ruta

40 había volteado, freno despacio para que pase la gente.

Juan avanzó un poco. Sin embargo, el carro de la 40 que venía atrás no le importó de que la avenida fuese tan angosta para girar y no le importó los pasajeros. Y en una actitud de viveza, giró creyéndose el vivo, impactando con Juan y el niño que iba a su delante. El señor de adelante se cayó. ¡Manuel! ¡Manuelito! ¡Hijo! Juan quedó tendido sin moverse y estaba inconsciente. El bus donde iba Lorena había ya avanzado un poco y pudo notar el accidente. *¡Atropellaron a un chico!* dijo una señora.

Lorena en su afán de curiosidad, fue a ver la escena mientras el carro cogía velocidad. Reconoció el morral. *¡Juan! ¡Por Dios! ¿Lo conoces hijita?* dijo la señora y ella *¡Es mi amigo! Por favor ¡Detén el carro!* Lorena empezó a llorar de la impotencia. *Detén el carro. Han atropellado a mi amigo. ¡Detenlo!* Gritaba, pero el chofer seguía.

Todos empezaron a reclamar por la poca moralidad del chofer. Hasta que un señor de bigotes dijo en voz alta.

- Oye carajo, no oyes. La señorita pide que pares el carro porque han atropellado a su amigo. Detén el carro.
- No puedo. No estamos en parada....
- ¡Que frenes carajo y abre la puerta de atrás! – dijo él. El chofer no tuvo opción. Lorena bajó como pudo. El carro había avanzado un par de cuadras por lo que tuvo que correr.
- Usted no es nadie para darme órdenes.
- Si soy porque pago tu maldito sueldo. ¿Quieres mi nombre? Ahorita te saco mi DNI. Me llamo Luis Felipe Cárdenas. Denúnciame si quieres.

Lorena no quería pensar el peor escenario. Fue corriendo como pudo y al llegar a la avenida Bolívar. Vio a un señor llorando por ayuda. *¡Alguien llame a un médico! ¡Mi nieto se muere!* exclamó. Lorena vio a Juan tendido. Un joven que pasaba por ahí llamó a una ambulancia para que trasladen a Juan al hospital más cercano, que era el Santa Rosa. 10 minutos tuvieron que esperar para que vaya la ambulancia. No perdieron tiempo y fueron a atender a los dos, a Juan y a Manuel. No se veían nada bien.

Los hicieron subir al carro. *¿Usted es familiar de joven?* dijo la doctora y Lorena *soy una amiga de la universidad. Vi como fue el accidente. Ese carro no debió voltear* dijo el chico que llamó. La ambulancia prendió su sirena y fue hacia el hospital Santa Rosa.

- Soy Andrea Gonzales. Llevo 2 ambulancias. Un niño de 5 años y un joven de 20 aproximadamente. Ambos tuvieron un accidente cuando cruzaban la Bolívar Necesito que despejen la entrada de Santa Rosa. Sus presiones son bajas, tienen fractura en el cuello y ambos tienen posibles traumatismos. – Lorena sujetaba la mano de Juan suplicando de que se quedara.
- Vas a estar bien Juan. Vas a estar bien.

51

En un baño muy oscuro, la luz del sol llegaba en forma débil al piso. En los alrededores, un aire de tensión carcomía todo aquello que podría brindar calma. Ese ambiente no podía traer algo bueno. Habían pasado varios minutos de espera donde el aire se podía cortar con un cuchillo, y fue ahí cuando llegó esa noticia. Una prueba de embarazo había salido positiva. Fue tirada al piso con pavor. Segundos después, volvió a ser tomada para volver a ver el resultado con la esperanza de que sea un error. Los dos palos seguían ahí.

- ¡Mierda! - dijo Juliana.

Habían pasado un par de horas. Lorena se había comunicado con Carmen a través del celular de Juan. No tenía idea a quien recurrir en la universidad, por lo que optó por un familiar. Le había dicho quién era, que era una amiga cercana a él y que había pasado. Carmen fue rápido al hospital Santa Rosa cuando escuchó la noticia de que su hermano había sido atropellado.

Tomó un taxi rumbo al nosocomio público. Se encontraba angustiada por todo lo que venía encima y al llegar, se encontró con Lorena y le agradeció por el gesto de preocupación. No había ninguna novedad sobre el estado de Juan. Ambas se fueron a sentar cerca de la puerta.

- Muchas gracias por quedarte aquí. Gracias de verdad. Ni mi madre ni yo conocemos si quiera a uno de sus amigos. Trate de llamar a Milena, pero no me responde el teléfono.
- No tiene que decir eso señora. Es mi amigo y no quiero que le pase nada malo – dijo ella lagrimeando.
- ¿Usted es familiar de Juan Zavaleta? – se acercó una doctora.
- Si, soy su hermana.
- Mucho gusto. Me llamo Andrea Gonzales. He estado con su hermano en todo este tiempo. Él está inconsciente ahora. Le estamos realizando unos estudios para descartar lesiones de carácter neurológico. Pero tiene una hemorragia interna, lo que nos obliga a operar. Necesitamos su consentimiento.
- Hágalo. No pierda tiempo. – Carmen estaba a punto de pedir el traslado para la clínica, pero no lo podía hacer bajo esa condición. Lorena rompió en llanto cuando oyó la palabra operación.
- Señora Zavaleta, le aconsejo algo. Si usted es devota, le sugiero implore por Juan. Esto ya no solo depende de la medicina.

Carmen estaba sentada junto con Lorena en la puerta de emergencias esperando los resultados de la operación. Conversaba con ella sobre cómo llegaron a ser amigos, sobre cómo le iba a explicar a doña Vero sobre el estado crítico de su hijo, sobre si tenía algunos amigos cercanos, si tenía una enamoradita o cosas así.

Trataba de generar cualquier tipo de conversación, porque lo último que quería pensar era en su hermano, no porque sea mala hermana, sino porque todas estas cosas referentes a los hospitales, médicos, enfermeros y medicamentos; hacia recordar a su padre.

- Mire, ese señor estaba también en el accidente. Trajeron a su nieto porque también resulto herido producto del impacto – dijo Lorena.
- ¿Sabes su nombre?
- No, no tengo idea. El niño salió herido, pero la peor parte se la llevó Juan.

El señor estaba impaciente por saber cosas sobre su nieto. Llevaba en la mano un rosario color blanco. Al verlo, Carmen fue hacia el para platicar.

- Disculpe. Veo que usted necesita a alguien.
- ¿Quién es usted?
- Mi nombre es Carmen. Soy hermana del joven que salió herido del choque. Le están haciendo una operación en este momento.
- Un gusto. Me da pena que tengamos que conocernos en estas circunstancias – dijo el señor mirando al suelo.
- ¿Qué edad tiene el niño?
- En un mes iba a cumplir 5 años. Íbamos a casa y los dos buses hacían competencia. Traté de salvarlo, pero no pude. Quería llévalo a comer y había pedido permiso a sus padres para pasear porque yo no lo veo mucho. Yo soy de provincia. Y ahora, está en emergencias. – el señor se puso a llorar.
- Señor, escúcheme. Su nieto no se va a morir. – dijo agarrándole las manos – Mire. Yo soy una mujer muy devota y creo en el poder de la palabra. ¿Usted tiene fe?
- Sí señorita. Soy católico.

- Bueno. Yo entiendo por lo que pasa. Yo convivía con mi padre enfermo. El ya no está aquí. Y sabía perfectamente que su momento había llegado, y lo deje ir. Lo que le quiero decir es que su nieto va a estar bien. Él va a seguir con usted y con sus padres. Y es así, porque debe vivir. Por eso, me gustaría hacer la oración de la sanación con usted para que se sienta más tranquilo.

El señor se mostró dudoso de aquella mujer con buenas intenciones. Sin embargo, en momentos difíciles hasta los ateos recurren a la fe. Ambos rezaron en silencio. Lorena pudo observarlos. Carmen decía palabras y sujetaba el rosario del señor. Hubo complicidad y acercamiento, cosas fundamentales para los que padecen un dolor o una pena. Terminaron y el señor le agradeció por haber hecho eso y le deseo una pronta recuperación a su hermano. Pasaron 40 minutos de aquel encuentro. Lorena seguía con Carmen. Ya actuaba como si fuese una hermana, porque paraba pendiente de ella. Carmen conversaba con su jefa sobre la posibilidad de trasladar a Juan a la clínica cuando se termine la operación. La doctora Gonzales salió al frente y fue a donde el señor.

- El niño presenta unas fracturas en la pierna y en el cuello. Esta adolorido. Pero se va a recuperar. Esta fuera de peligro.
- Doctora muchas gracias. Gracias en serio. – dijo el señor rompiendo en llanto Agradeciendo además a los lejos a Carmen. De pronto abrió su celular para llamar a alguien - Carla, amor. Soy tu papa. Manuel va a estar bien....
- ¿Y cómo está mi hermano? – dijo Carmen. La doctora evidencio un silencio.
- La hemorragia fue muy difícil de controlar. Se había esparcido por todo su estómago. La sangre estaba comprimiendo su estómago y estaba llegando a sus riñones. Hicimos todo lo que estuvo a nuestro alcance. Lo siento mucho.

Carmen estaba en shock. Fue a sentarse y llevar a sus manos a la cara, resignada por la noticia que recibió. Lorena era una niña que no encontraba consuelo, ya que fue la última chica que pudo escuchar los dolores, las tristezas y las penas de Juan; y no me refiero a las físicas, sino a las internas.

Porque aquellos dolores te pueden hacer más daño, te pueden construir penurias o divisar días penumbrosos. Abrazó a Carmen como si fuese una hermana que nunca pudo conocer y que tras una tragedia las volvió a juntar.

Gonzalo manejaba su auto teniendo de copiloto a Emilia, quien solo veía la ventana, sin decir nada. Iban a 80 km por hora porque no quería perderse el entierro. No tenía la valentía para acercarse al velatorio que se había realizado en la avenida Brasil, frente al hospital de la policía. No hablaron ninguna palabra en el trayecto. Gonzalo se ofreció a llevarla. Emilia aceptó. Detrás del carro, en un taxi, iban su padre Luis Felipe junto con Rafaela, quienes querían acompañar a Emilia en su dolor. No era la misma desde que se enteró de la noticia. Tuvo rabia contenida cuando recordó que la última vez que hablaron fue aquel encuentro en la puerta de la universidad, donde Juan expresó una tristeza que ella no se dio cuenta hasta esa noche, donde estaba en su cama llorando.

La universidad estaba de luto y muchas personas habían expresado su tristeza. Había ido un grupo importante al camposanto. Carlos estaba con su guitarra tocando *De Música Ligera*, tema que tocaron cuando se enteraron de que Cerati murió.

Liliana no pudo ir al entierro porque tenía muchas responsabilidades. Sin embargo, tenía la tristeza en la garganta. Francisco, la profesora Elena Torres y Luciana ofrecieron unas cuantas palabras a los demás recordándolo como un estudiante que, a pesar de tener diferencias, quería lo mejor para la Ruiz. Hubo una tregua entre los estudiantes y la docente, quien días antes decidió que este era su primer y último ciclo enseñando. Los alumnos no reclamaron por su presencia y dejaron que permanezca en nombre de la Ruiz. Milena estaba detrás de Doña Vero y Carmen, meditando y llorando por su gran amigo, su aliado, su cómplice; aquella persona que siempre pensaba en ella por su bienestar. El amigo artístico y sentimental estaba en esa tumba sin poder despertar. Quería que fuese un sueño de mal gusto.

La que estaba llorando a mares era Juliana. Era la más conmovida y frágil hasta ahora. Luego de enterarse que estaba embarazada, se lo contó a su mamá. Lucia no sabía cómo reaccionar a esa noticia. No estaba en sus planes por el momento de ser abuela, y mucho menos que Juliana pudiera ser mamá.

Le explicó que no fue una violación, que lo paso aquel día fue

sincero. Juliana describió a Juan como un gran amor sincero y fuerte, y que a veces fue incomprendido. Que lo único que quería era gozar de aquellas horas eternas con los amigos y con un amorío que solo nadaba en su cabeza, haciendo referencia a Emilia quien no había llegado aún. Lucia abrazó a su hija sugiriendo que debía abandonar la universidad al término del ciclo, para mantener en reserva el embarazo. Todos vestían de negro. Todos llevaban rosas blancas.

En ese momento, los 2 carros llegaron a tiempo para presenciar el descenso del ataúd. Emilia bajó del carro y vio a lo lejos a la multitud que estaba alrededor del féretro. Apresuró el paso. Ya habían cerrado el cajón y los enterradores estaban listos. Todos giraron cuando notaron a Emilia con Gonzalo. Su padre y Rafaela vieron que estaba muy afectada y que le hacía cada vez más difícil guardar la compostura porque era de quebrarse fácil en momentos como este. Juliana y Milena no lo podían creer.

- ¡Maldita! ¡Tú lo mataste! ¡Él te amaba!. ¡Quería estar contigo y lo ignoraste! Era por eso por lo que no quería que este contigo, porque lo ibas a hacer sufrir. Y tienes el descaro de venir con Gonzalo....¡No tienes sangre en la cara! – dijo Juliana gritando. Lucia trato de calmar a su hija quien rompía en llanto en sus hombros y gritaba por Juan.

Emilia fue vista de mal manera y ni que decir de Gonzalo, quien se regresó a su carro para alejar todas las miradas. Luis Felipe llevo a su hija a una zona distancia para no interferir con la ceremonia.

- ¡Señora! Por respeto a mi hijo, controle a su hija. – dijo Doña Vero a Lucia

Los señores procedieron a descender el féretro. Doña Vero y Carmen se acercaron al frente para dejarles las flores que el organizador les había dado. Lentamente, el féretro se acercó a la tierra, tierra donde también estaba su padre. Los dos Zavaleta se encontraron. Los estudiantes se acercaron alrededor a dejarles las flores y uno que otra foto de recuerdo. Le echaron tierra, le pusieron el pasto y la placa de difunto.

Doña Vero recibía los pésames de todos lo que se encontraban en aquel sitio. Estaban conmovidos porque hasta ahora no se creían que su amigo Juan se iba ido de este mundo a la fuerza. Emilia no se atrevió a

dirigirle la palabra por vergüenza y se fue a la camioneta a seguir llorando. Al momento de hablar, Juliana le dijo las cosas más profundas a su mamá. Y le pidió que si pudiera ir a conversar con ella porque tenía una cosa que decirle. Doña Vero aceptó con todo gusto. Terminó todo y la gente se fue a su casa. El nicho estaba debajo de 3 pinos que le tapaban del sol. Doña Vero y Carmen partieron a su casa junto con Juliana y Lucia.

Al llegar, Juliana vio el sofá donde Juan y ella hicieron el amor. Carmen invitó a Juliana a que se sentara. Ella estaba nerviosa. Veía a su madre de reojo, pensando en algún momento que quizá era un error decirlo. Pero posiblemente no se repita cierta ocasión.

- Voy a tener un hijo de Juan – dijo ella – Tuve con él una aventura. A Juan yo siempre lo amé y siempre quise lo mejor para él. Sentía una atracción por él. Disfrutaba de las conversaciones, de las juergas con los amigos, de las veces que fuimos nuestras casas en el bus. Esto no fue planeado, lo sé perfectamente. Pero para mí es muy importante decírselo a usted.
- ¿Cuándo te enteraste?
- Ayer me hice una prueba. A mí no me gustan los niños – comenzó a lagrimear – Pero ¿Sabe una cosa? Me tranquiliza que sea de Juan y no de cualquiera. Vine aquí para comentarlo, porque ustedes tienen el derecho de saber sobre el bebé. Y también vine aquí para pedirle, sobre todo a usted señora, permiso para ponerle Juan a mi hijo, en caso de que sea hombre.

Doña Vero se encontró conmovida. A su edad, es un poco complicado recibir noticias de esta índole, pero no esperaba que después de tantas cosas trágicas que habían pasado en las últimas horas, surja una noticia buena.

- ¿Voy a tener un nieto? – preguntó ella. Juliana dijo si moviendo la cabeza sin parar de sonreír – Mira hija. A mi edad, esto es muy difícil de procesar. Juan se fue y ya se encontró con su papá. Carmen por favor, abre la puerta. – dijo ella al escuchar el timbre – No sé si ustedes llegaron a tener una relación de pareja. Juan nunca me hablo de nadie. Mi hija y yo pensábamos que él estaba enamorado de Milena...Hijita. Justo estábamos hablando de ti.
- Señora, vine a verla como estaba. Creo que era lo mejor quedarme con usted, al menos por esta noche. – dijo ella saludando a Juliana.
- No te preocupes hija, Estoy bien y tranquila. Ya Juancito está descansando. Juliana, espero poder conocernos mejor. Me has dado

una buena noticia. Señora, por favor manténganos en contacto. Mi hija trabaja en la clínica Ricardo Palma. Me gustaría que hicieran chequeos y todo relacionado a su embarazo. Hazme ese favor.

- ¿Embarazo? ¿Estás embarazada? – dijo Milena sorprendida
- Por favor, no lo comentes en la universidad. Termina el ciclo y me retiró para darle tiempo al bebé. – Milena expresó su felicidad abrazando Juliana, y a pesar de que no hablaban mucho, supo notar que ella sentía algo sincero por Juan.

Todos siguieron conversando en la mesa del comedor a tomar algo, que ya se acercaba la tarde. Se sirvieron un café, un té y se pusieron a conversar sobre de la vida, de la universidad, cosas sobre Juan y demás. Hasta que llamaron a la puerta. Milena fue a atender.

- Emilia – dijo ella con perplejidad.
- Hola. He venido con Gonzalo. Disculpa el atrevimiento, pero le dije que siguiera el carro porque necesito hablar con la madre de Juan.
- Emilia, yo no sé si sea un momento oportuno. – dejó la puerta a un lado y llamó a Carmen. Dígale a su mamá que está aquí Emilia y que quiere hablar con ella, señalo.

Carmen fue hacia ella y le dijo en su oído, para que Juliana no se altere. Se paró y fue hacia la puerta. Juliana no podía ver la entrada porque había un separador entre la sala y el comedor.

- Buenas tardes, señora.
- Buenas tardes. – dijo Doña Vero
- Quería primero pedirle perdón por lo que pasó en el entierro. No espere esa reacción de Juliana.
- No hija. Yo le grité a la mamá para que la controlara. De hecho, esta aquí conversando con nosotros. ¿Quieres pasar?
- No señora. Así está bien, gracias. – dijo ella – Yo quería mucho a su hijo. El cariño que yo le tenía a él era muy grande. Conversamos seguido, nos hicimos muy buenos amigos. Y yo lo quería mucho. Lo lamento, en serio.
- Muchas gracias, hija. Gracias por tus deseos. ¿Te puedo hacer una pregunta?
- Claro.
- ¿Mi hijo estaba enamorado de ti? Te lo pregunto por cómo se puso

- Juliana en el entierro – Emilia se puso pálida al oír esa pregunta
- Parece que sí. Me dijo que estaba enamorado, pero nunca me imaginé que sería yo.
 - Juancito es muy reservado en esos temas. Siempre quise yo que tuviera una enamorada en su universidad. Él era un chico muy bueno. Muy tímido para con las chicas, pero en el fondo muy bueno. Nunca tuvo una pareja en su colegio y en verdad quería que tuviera en su universidad, porque a veces como madre, uno le da pena que nuestros hijos a cierta edad estén solos. Pero veo que no lo encontré, o quizá nadie lo pudo ver. – Juliana se había parado y había ido a la ventana. Vio que era Emilia. Pidió permiso a Milena quien seguía en la puerta. Milena trato de evitarlo, pero fue en vano.
 - Señora Verónica. ¿Desea que le caliente su té? – dijo esto tras mirar de pésimo gusto a Emilia.
 - Hijita. Por favor. No quiero ninguna pelea en mi casa. Ha sido un día muy largo. Ella ha venido educadamente a conversar conmigo, no contigo. Por favor entra que no puedes hacer rabietas. Come algo. Yo ahorita voy. – Juliana aceptó y entró, no sin antes mirar de mal gusto a Emilia.
 - Tengo que irme hijita. ¿En serio no quieres pasar?
 - No señora, esta todo bien. Gracias por oírme. ¿Usted cree que pueda venir otro día?
 - Conociste por mucho tiempo a Juan, y él siempre me hablaba de ti. Ahora que él no está, me gustaría conocerte a ti.

Doña Vero no era de rencores. Ya había pasado el altercado en el cementerio y no quiera otra discusión. Se despidió de ella e ingresó a la casa. Milena aún permanecía en la entrada, pero decidió mantenerse al margen de todo y volvió al comedor. Emilia se encontraba resignada. Quería ingresar, pero no sentía misma fuerza para enfrentar ese callejón oscuro que era la familia de Juan, liderada por Romagnoli. Fue hacia el carro de Gonzalo y se subió.

- ¿Todo está en orden amor? ¿Todo bien?
- Todo está bien Gonzalo. Vámonos.
- Tu tranquila. Se cómo te debes sentir.....
- No, no tienes idea de cómo me siento.

- Tranquilo amor. Estás conmigo – dijo Gonzalo sobándole la pierna y dándole una especie de ánimo. Emilia se lo quedo mirando.

El carro prendió. Emilia se echaba la culpa. Esa frase que Gonzalo había pronunciado “*Estas conmigo*” deseaba que la pronunciara Juan. Ahora tenía una cruz que cargar, al menos por un largo tiempo. Todo cambio aquel día. Emilia era la misma por fuera, pero algo se rompió por dentro. El carro de Gonzalo estaba estacionado a una cuadra de la casa, avanzó y Emilia se persignó al pasar por la casa de Juan.

Juliana nunca se había separado de la entrada, y salió para ver el vehículo donde estaba Emilia. Había invadido cierta parte de la calzada que, al momento de pasar el carro de Gonzalo, Juliana le sacó el dedo medio.

Emilia lo vio y Gonzalo maldijo a la chica que había hecho eso. Doña Vero la había llamado para que ingrese. *Estaremos bien* dijo ella agarrando su vientre con dirección a la entrada. En el otro lado de la calzada, al frente, había una pareja joven de la edad de ella que cargaban a una niña de un año aproximadamente. Juliana los vio con felicidad, quizá imaginando como sería su vida si Juan estuviese vivo, ilusión que ya no va a ser posible. Secó sus lágrimas y les cerró la puerta.

